

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
DIRECCION DE BIBLIOTECAS
ADQUISICIONES
FECHA: 16-04-08
FORMA DE ADO: Deposito Legal
PROVEEDOR: Alfaguara
ORDEN: _____ CONTRATO: _____
PRECIO: 13.900
UBICACION: B. eucha
SYS: 694689

© 1987, El Áncora Editores
© 1987, Alfredo Molano
© 2006, El Áncora Editores

© De esta edición:
2006, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Calle 80 No. 10-23, Bogotá (Colombia)
www.puntodelectura.com

ISBN: 958-704-443-6
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Fotografía de cubierta: Archivo fotográfico Santillana
Diseño de cubierta: Ana María Sánchez

Diseño de colección: Punto de lectura

Impreso en el mes de septiembre de 2006
por Editorial Nomos S.A.

Todos los derechos reservados.
Este libro no puede ser reproducido por ningún medio,
ni en todo ni en parte, sin el permiso del editor.

M717se
e.1

ALFREDO MOLANO

Selva adentro

Una historia oral de la colonización
del Guaviare

Introducción
I PARTE	
CAPÍTULO I	
La colonización popular: el Guaviare y el Vaupés (1920-1950)
CAPÍTULO II	
La colonización armada: El Guayabero
CAPÍTULO III	
La colonización campesina: el Guaviare y el Ariari
II PARTE	
CAPÍTULO IV	
De Calamar a Puerto Nuevo
CAPÍTULO V	
Puerto Nuevo

sys 644689

Contenido

Introducción.....	13
I PARTE	
CAPÍTULO I	
La colonización rapaz: el Guaviare y el Vaupés (1920-1950).....	21
CAPÍTULO II	
La colonización armada: El Guayabero	37
CAPÍTULO III	
La colonización campesina: el Guaviare y el Ariari	51
II PARTE	
CAPÍTULO IV	
De Calamar a Puerto Nuevo	89
CAPÍTULO V	
Puerto Nuevo.....	117
III PARTE	
A manera de conclusión.....	137

Introducción..... 11

I PARTE

CAPÍTULO I

La colonización temprana
el Guaviare y el Vaupés (1920-1950)..... 21

CAPÍTULO II

La colonización tardía
El Guaviare..... 31

CAPÍTULO III

La colonización campesina
el Guaviare y el Acaí..... 41

II PARTE

CAPÍTULO IV

De Calamar a Puerto Nuevo..... 51

CAPÍTULO V

Puerto Nuevo..... 61

III PARTE

A manera de conclusión..... 71

Deseo hacer público reconocimiento del apoyo de la Corporación de Aracataca del señor Jorge Holguín y de DAINCO para llevar a cabo este trabajo. Las orientaciones y guías de los señores Francisco Ruiz, Hernando Pérez y Manuel... constituyeron soporte de gran importancia para el resultado final. Fernando Razo Montoya, por último, quien con su aliento, estímulo y aguda observación me acompañó en buena parte del trabajo de campo y sobre todo, en el arduo empeño de elaborar y escribir lo que ustedes y yo hemos denominado los conceptos básicos de la investigación y sus conclusiones y recomendaciones.

Para
Pacho Correa,
Arno Ambrosius y
Humberto Rojas.

Agradecimientos

Deseo hacer público reconocimiento del invaluable apoyo de la Corporación de Araracuara, del Convenio Colombo-Holandés y de DAINCO para llevar a cabo el presente trabajo. Las orientaciones y glosas de Geert Van Vliet, Francisco Ruiz, Hernando Pérez y Marianela Esguerra constituyeron aportes de gran importancia para el resultado final. Fernando Rozo Montejo fue, por último, quien con su aliento, estímulo y aguda observación me acompañó en buena parte del trabajo de campo y, sobre todo, en el arduo empeño de elaborar y escribir lo que vivimos y conocimos juntos. Naturalmente, los conceptos, juicios, observaciones y conclusiones son sólo responsabilidad el autor.

Alfredo Molano

Introducción

La corporación de Aracacuara, conocedora del carácter de la estructura social sobre la que actúa, se ha propuesto iniciar un recuento histórico de la colonización del Guaviare que contribuya a dar bases ciertas a sus programas de desarrollo social y económico. Todo intento de modificación de una realidad que no se inspire en el rumbo que la determina conduce necesariamente al fracaso.

El trabajo que aquí se presenta es una contribución a la historia de la colonización, basada —por ello es importante— en los relatos que numerosos colonos nos hicieron sobre su vida. Es, en realidad, la sistematización de biografías individuales contadas de una manera directa, que recogen en su conjunto la trayectoria de una experiencia colectiva.

La colonización del Guaviare, como toda colonización, tiene por ejes centrales las vías de comunicación, los ríos, los caños, las trochas. Por ellos llegan los nuevos colonos y a sus márgenes se fundan. Para ellos es vital la relación con el camino que los trajo y con la ente que dejaron atrás. En el caso que nos ocupa, los ríos Guayabero y Ariari han sido las arterias que nutren al Guaviare en cualquier plano que esto se entienda. Más abajo, el Vaupés es un ho-

rizonte que también ha sido una fuente. Entre estos dos nudos fluviales se abre la colonización del Guaviare. Un triángulo que tiene su base en el Guayabero y el Ariari y su vértice principal, su punta de lanza, en el Unilla y el Itilla, es decir, en las cabeceras del Vaupés.

La recolección de la información fue lenta y ardua pero al mismo tiempo llena de emociones. Comenzamos —grabadora y cuaderno de campo en mano— a conversar, así, sencillamente, con los colonos más antiguos del Guaviare en San José. Ellos nos contaron con modestia y sin altisonancias toda su vida, paso a paso, haciendo gala de una memoria extraordinaria, la memoria de los aventureros ya viejos. Sobre esta base pudimos reconstruir lo que hemos llamado la colonización rapaz: la época de la balata, del tigrilleo, de la pesca; los comienzos del comercio, el exterminio de los indígenas, la actividad de la Rubber Corporation, el papel de la postguerra en la cacería de tigres y el de la Semana Santa en la pesca. La violencia con que se tejió esta historia y la otra violencia, la de los años cincuentas, que puso fin a esta etapa e inició otra, más agrícola, más ganadera, llevada a cabo por refugiados que querían echar raíces en aquellas selvas.

Se abrió entonces una distinción. Los colonos que llegaron hacia los años cincuentas y sesentas por el Guayabero no eran los mismos que llegaban por el Ariari. Los primeros eran sobrevivientes de la guerra del Sumapaz; los otros, sobrevivientes de la guerra a secas. Ello entrañaba una diferencia profundísima que da origen a dos tipos de colonización: la colonización armada¹ y la colonización cam-

¹ William Ramírez acuñó con fortuna la categoría *colonización armada*: «El esquema guerrillero elaborado en las regiones de influencia de las FARC se

pesina espontánea. Siguiendo la huella de sus protagonistas remontamos el Ariari y el Guayabero y obtuvimos un enorme botín para la historiografía contemporánea representado en cientos de páginas de testimonios, un material vivo que encierra buena parte de la historia del campesino colombiano: la Guerra de los Mil Días; la turbulencia agraria de los años treinta; el 9 de abril; la reforma agraria, su fracaso, el hambre; la marihuana, la coca; y la violencia, siempre pegada a cada paso y siempre jalonando el siguiente.

Luego, tratando de reconstruir el recorrido de estas formas de colonización, de capturar su evolución y de entrever su futuro, bajamos por el río Guaviare, fuimos a Caño Mosco y a La Fuga, volvimos a El Retorno, conocimos Calamar, navegamos por el Unilla e hicimos amistad con colonos de Cerritos y Acacías. Lo que nos contaron en cada sitio es lo que estas páginas recogen, dejando por fuera lo mejor: la vivencia del lenguaje².

Metodológicamente hablando, optamos por lo que se ha llamado, en brutal traducción, «historias de vida», y no

inscribe más como un novedoso diseño de colonización armada que como un planteamiento político de sustitución del Estado y mucho menos aún de demolición del capitalismo». Ramírez, William, «La Guerrilla Rural en Colombia: una vía hacia la colonización armada», en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 4, No. 2, mayo-agosto, 1981, p. 205. Véase también Alejandro Angulo, «Comentarios a la ponencia de W. Ramírez: “La guerrilla Rural. Una vía hacia la colonización armada”», en la misma publicación, p. 207, y la reseña de William Ramírez al texto «los Bombardeiros del Pato», de Alfredo Molano y Alejandro Reyes (CINEP, 1980), en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 3, No. 3, septiembre-diciembre, 1980.

² Se encuentra en preparación una colección de relatos sobre las principales etapas y formas de colonización del Guaviare, Ariari, Guayabero y Vaupés que aparecerá publicado bajo el título *Los círculos del Confín*.

sólo porque el Guaviare carece de una historia escrita sistemáticamente, sino porque es el único camino que sin traicionar los principios de la disciplina posibilita reflexionar sobre procesos vivos. El resultado es un gran fresco.

La colonización es siempre un apasionante episodio que se alimenta del futuro. El colono es un hombre que busca desesperadamente dejar atrás su pasado, y hay en él una silenciosa conciencia de que sus privaciones serán recompensadas. Vive de esa esperanza. Asume su adversidad cotidiana con la entereza de quien se sabe un pionero. Todo paso que da es siempre una primera piedra. En sus soledades, la creencia de estar escribiendo un libro abierto lo sostiene y lo acompaña. Todo colono registra escrupulosamente los sucesos, grandes y pequeños, que hilvanan su mundo; sabe quién fue el primero que llegó, el primero que trajo un becerro, el primero que sembró un níspero. Vive al acecho de un viajero para hacerle un recuento de sus andanzas y desventuras, porque un viajero es siempre el reconocimiento que por fin llega. Es un fundador y por ello el historiador rústico de una experiencia que no tiene historia. Sólo algunos curiosos que llegan de tarde en tarde osan echar una mirada sobre el mundo que comienza, pero nunca lo hacen —no lo pueden hacer— como expertos. No hay herramientas para ello. Lo miran y lo cuentan como curiosos, como aventureros; la crónica no es en estos casos sólo un recurso adicional, sino el único recurso posible. El cronista es un historiador de su contemporaneidad que se aventura —y utilizo aquí el término una vez más— a escribir sobre algo que vive directamente, sin cuidarse del método, ni de las premisas, ni de la teoría.

El ensayo está compuesto de tres partes, complementarias en el objeto de estudio pero diferentes en cuanto a la

forma de exposición. En los capítulos sistemáticos hemos adoptado un lenguaje objetivo, introduciendo una distancia que a la postre resulta pírrica entre el observador y lo observado, manteniéndonos siempre en el plano de la simple descripción. Son los capítulos sobre la colonización rapaz, sobre la colonización campesina y sobre la colonización armada. La segunda parte, que reseña la situación y la dinámica de las dos fuerzas actuales de la colonización —la coca y las guerrillas—, está expuesta como una crónica en la que el analista se torna de alguna manera también actor y en que la distancia de marras se borra, porque se interesa más por lo que ve, oye, siente y vive, volviéndose un observador confeso de lo que lo rodea. Y la tercera parte, a modo de conclusión, es un ensayo interpretativo de todo lo anterior que termina en puntos suspensivos.

La colonización rapará
el Guaviare y el Vaupés (1920-1950)

I PARTE

Los colonos más viejos cuentan que cuando llegaron
levis el territorio por el camino de la trocha que
unía (por mapa) que comunicaba a San Juan de Araya
con San Martín y Villavicencio —en los años treinta—
San José del Guaviare era un punto al que se llevaban
algunos los indígenas a cambiar picos, faldas y pescado
por pantalones, perfumes y sal. Desde la Colonia
la trocha ramonera fue utilizada para sacar el ganado de
los hacendados que los jesuitas habían fundado en el siglo XVII.
Hacia 1950 había todavía grandes rancharos en San
Juan y en San Martín que transportaban Villavicencio y
Bogotá con el ganado de Araya. Desde el Ariari a Villavicencio
se gastaba ocho días y de Villavicencio a Bogotá otros
cinco. El ganado llegaba a Bogotá siendo la mitad del que

1. Cfr. Pacheco, Juan Manuel S. J., *La Jiribá en Colombia* (1964),
1964-1966. Museo de Santafé; Rodríguez Borge, Diego, *El
Vaupés y el Guaviare*, Bogotá, 1950; y Llanos Aguero, Indalecio,
Los grandes conflictos raciales en Colombia, Bogotá, 1950.

La colonización rapaz: el Guaviare y el Vaupés (1920-1950)

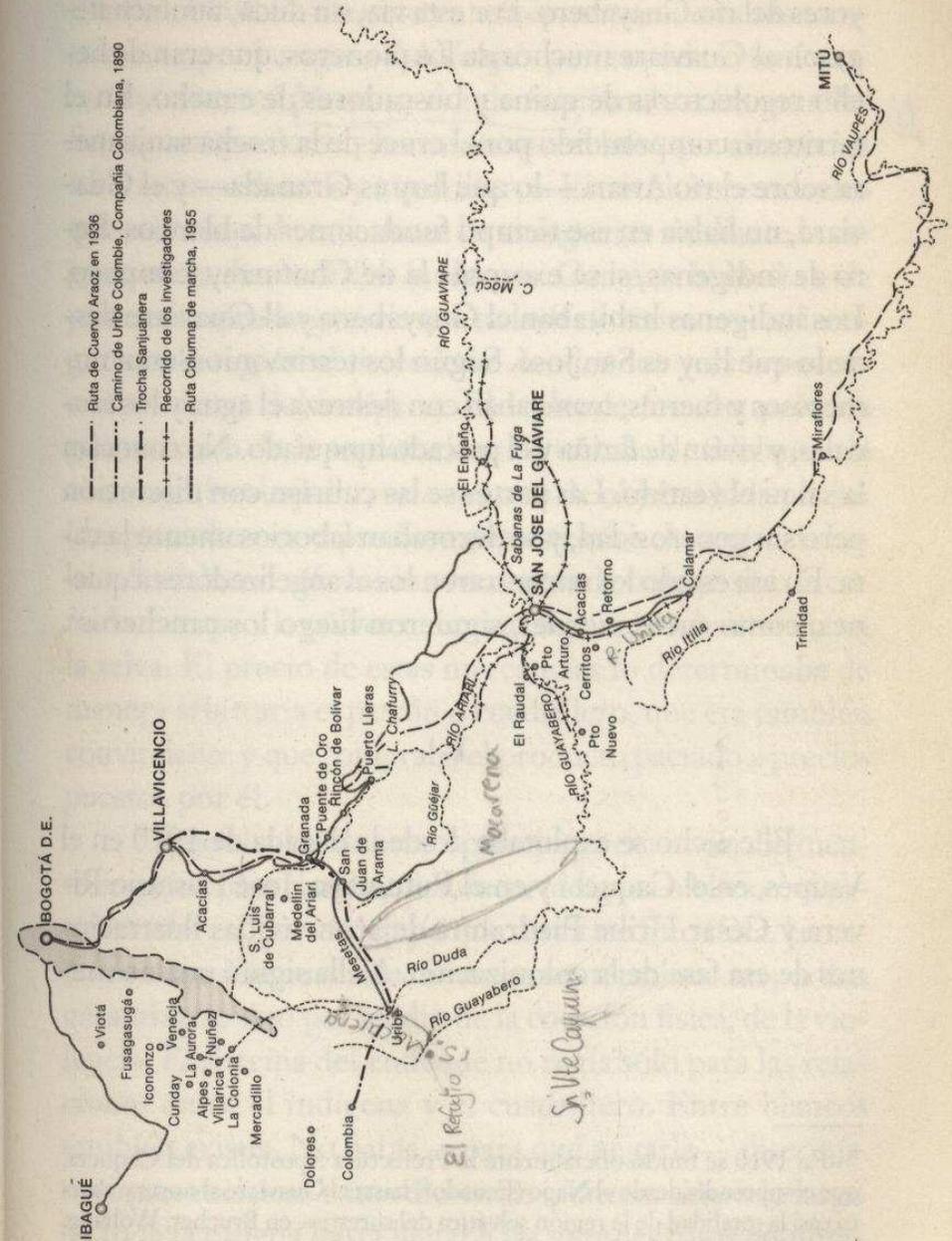
Los colonos más viejos cuentan que cuando llegaron desde el interior por el río Ariari, partiendo de la trocha sanjuanera (ver mapa) que comunicaba a San Juan de Arama con San Martín y Villavicencio —en los años treinta—, San José del Guaviare era un punto al que se acercaban cautelosos los indígenas a cambiar pieles, fariña y pescado moquiado por pantalones, perfumes y sal. Desde la Colonia la trocha sanjuanera fue utilizada para sacar el ganado de los hatos que los jesuitas habían fundado en el siglo XVII³. Hacia 1950 había todavía grandes rebaños cerreros en San Juan y en San Martín que competían en Villavicencio y Bogotá con el ganado de Arauca. Desde el Ariari a Villavicencio se gastaba ocho días y de Villavicencio a Bogotá otros tantos. El ganado llegaba a Bogotá siendo la mitad del que

³ Cfr., Pacheco, Juan Manuel S. J., *Los Jesuitas en Colombia*, Tomo II, 1654-1696, Hijos de Santiago Rodríguez-Burgos, Bogotá, 1962, pp. 353 y ss., y Liévano Aguirre, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Editorial Tercer Mundo, Bogotá, 1972, Vol. I, Capítulo XI.

había salido de Villavicencio, y esta mitad pesaba la mitad del peso con que había salido de los Llanos de San Juan. Muchos de los primeros colonos fundadores conocieron muy bien ese camino porque eran oriundos de San Martín. Miraflores y Calamar fueron fundados por hijos díscolos de viejas familias de la localidad. También por Tolimenses y, naturalmente, por antioqueños. Los tolimenses, sobre todo, eran numerosos por cuanto del Tolima partía un camino real que llegaba a San Juan cruzando la cordillera por las faldas del Sumapaz⁴ (ver mapa). Por este camino también se sacaba ganado hacia el interior, dando lugar a las célebres ferias de El Guamo, lugar donde obligatoriamente el ganado debía descansar y recuperarse. Posteriormente fue transitado por quineros y se fundó el pueblo de

⁴ El antiguo camino entre San Juan de Arama, Uribe, en el Meta, y Colombia, Huila, fue construido por la famosa Compañía de Colombia, firma constituida por los señores Francisco Antonio Uribe y Bernardo Herrera Buendía. «La extensión de la Compañía de Colombia era enorme y exportaba grandes cantidades de caucho y quina y mantenía muchas cabezas de ganado. A sus expensas se construyó el camino ente Colombia y San Juan de Arama en una extensión de 100 kilómetros... El hato de San Juan de Arama se fue acabando porque cuando llegaba una guerrilla liberal decía: "Ah, esto es del Arzobispo, así es que tráguense los ganados", y mataban unas cuantas reses. Cambiaban el color político del ejército y llegaban los conservadores y decían: "Tráguense el ganado, que es de los liberales, esos Herrera nos tienen jodidos". La Compañía de Colombia, muertos sus propietarios y fundadores, fue vendida a la H. y U. Rubber and Coffee States Ltda., sociedad constituida en Londres en 1910». Herrera, Roberto y Carrizosa Umaña, María, *75 años de fotografía 1865-1940*, Editorial Presencia, Bogotá, 1978, pp. 138-39-40.

Para mayor información sobre la importancia de este camino en la Guerra de los Mil Días consúltese a París Lozano, Gonzalo, «Los guerrilleros del Tolima», *Revista de las Indias*, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 215 y ss. Hay una reedición de El Áncora Editores, 1984.



Uribe, sobre el cañón del Duda, uno de los afluentes mayores del río Guayabero. Por esta vía, sin duda, también llegaron al Guaviare muchos de los pioneros, que eran de hecho recolectores de quina y buscadores de caucho. En el territorio comprendido por el cruce de la trocha sanjuaneña sobre el río Ariari —lo que hoy es Granada— y el Guaviare, no había en ese tiempo fundaciones de blancos. Pero de indígenas, si se exceptúa la de Chafurray, tampoco. Los indígenas habitaban el Guayabero y el Guaviare desde lo que hoy es San José. Según los testimonios, eran numerosos y fuertes; manejaban con destreza el agua y los raudales, y vivían de fariña y el pescado moquiado. No conocían la sal ni el vestido. Las partes se las cubrían con discreción pero sin generosidad, y se decoraban laboriosamente la cara. En ese estado los encontraron los evangelizadores a quienes, como suele suceder, siguieron luego los caucheros⁵.

1

El caucho se explotaba desde la década de 1910 en el Vaupés, en el Caquetá y en el Putumayo. José Eustasio Rivera y César Uribe Piedrahíta dejaron vívidas ilustraciones de esa fase de la colonización. A ella siguió una no me-

⁵ «En 1910 se fundó oficialmente la Prefectura Apostólica del Caquetá, que comprendía desde el Napo (Ecuador) hasta el Guaviare al norte y abarca casi la totalidad de la región selvática del sureste», en Brucher, Wolfgang, «La colonización de la selva pluvial en el Piedemonte Amazónico de Colombia», Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Bogotá, 1974, p. 34.

nos dramática marcada por el episodio de la guerra con el Perú en 1930. El látex era en esa época sacado fundamentalmente por las aguas del Vaupés y su comercio tenía como epicentro a Manaos, donde funcionaban las grandes firmas compradoras y las casas comerciales que abastecían a los intermediarios y cuadrilleros. Estos últimos eran los que utilizaban directamente las siringueras mediante la organización de cuadrillas indígenas. Con esta bonanza —la primera de una larga serie que todavía no termina— se inaugura en la región el sistema del «endeude» y de la reducción violenta del indígena. El endeude fue una práctica generalizada de la explotación. Se trataba de adelantar al «socio», al trabajador, un conjunto de objetos indispensables para obtener el producto, en este caso el caucho, la balata. Se daba no sólo los instrumentos de trabajo sino la comida, la ropa y la pólvora necesarias para la subsistencia en la selva. El precio de estas mercancías lo determinaba de manera arbitraria el patrón o cuadrillero, que era también comerciante y que compraba el producto pactado a precios puestos por él.

Como el saldo de estas operaciones era invariablemente negativo para el trabajador, fuera indígena o blanco, el patrón ataba así, por el tiempo que resultase fructífera, la mano de obra a su cuadrilla. Semejantes términos no podían garantizarse sino por medio de la coerción física, de la violencia. El sistema del endeude no regía sólo para las relaciones entre el indígena y el cuadrillero. Entre blancos también existía. No había —para qué negarlo— discriminaciones raciales. Y no sólo entre blancos, sino a lo largo de toda la cadena hasta llegar a las grandes casas compradoras de Manaos. El endeude se institucionalizó como la

modalidad económica de producción del caucho. La conclusión obvia de este sistema fue la drástica reducción de la población indígena y la desaparición de ciertos colonos blancos que se «tragó la manigua», como Arturo Cova. El Estado colombiano tomó conciencia del desastre y nombró unos delegados indígenas cuyo oficio consistía en velar que los términos del contrato no fueran desfavorables para los más débiles. Se agregó entonces a la institución del endeude otra, la del soborno.

La explotación del caucho originó el establecimiento de puntos de compra sobre las márgenes de los ríos que con el correr del tiempo se transformaron en pequeños puertos sobre el Unilla, el Itilla, el Vaupés, el Inírida. Calamar fue designada capital del Vaupés y se fundaron Miraflores y Mitú⁶. Estas fundaciones contribuyeron a alinderar terri-

⁶ Mitú fue fundado en la postrimerías de 1935. «El entonces Jefe de la Administración seccional del Vaupés, ingeniero Francisco Anzola, asesorado del pionero de la aviación colombiana, capitán Camilo Daza, realizó las gestiones ante la Presidencia de la República para que se ordenara trasladar la capital de la comisaría al sitio que hoy ocupa, teniendo en cuenta la cercanía a la frontera con el Brasil.

»Esta idea fue bien acogida por los colonos e indígenas de la región, quienes apoyaron al comisario Anzola y al capitán Daza para que solicitaran al Presidente, doctor Eduardo Santos, erigir la nueva capital en el sitio denominado «Remanso de Paujil».

»La respuesta del jefe del Estado no tardó. El estudio del sitio mencionado lo hizo el secretario de Gobierno comisarial Miguel Navarro Bonilla, quien decidió que «Remanso de Paujil», en las orillas del río Vaupés, fuera la sede administrativa de la comisaría.

»Infortunadamente, el comisario Anzola pereció antes de la fecha en que se instauró la nueva capital comisarial al estrellarse el avión que lo llevaba al centro de salud de Tres Esquinas, en el Caquetá. Quedó encargado el secretario Navarro Bonilla, quien el 5 de octubre de 1936 puso en funcionamiento las dependencias administrativas.

torialmente la nación y a facilitar la presencia del Estado en esas, hasta entonces, soledades. Pero la bonanza del caucho también estimuló apetitos territoriales tanto del Perú⁷ como de Brasil. Este último intentó trazar la frontera aguas arriba de Mitú, determinación que dio lugar —según los testimonios— a un enfrentamiento entre los caucheros colombianos y las autoridades brasileñas. De todos modos, las caucherías y los caucheros eran la única forma de presencia real de la nación, función que se hizo explícita en el conflicto con el Perú, cuando los pequeños puertos se convirtieron en puntos de apoyo logístico del ejército colombiano.

»A fines del mismo año llegó como comisario en propiedad Miguel Cuervo Araoz, confirmó el lugar y dio el nombre de Mitú, que en dialecto indígena (yeral), significa «salud», para luego iniciar la construcción de las casas fiscales que aún existen». *El Tiempo*, octubre 12, 1986.

⁷ La célebre Casa Arana fue el motor de los apetitos territoriales del Perú sobre Colombia. «Sin encontrar obstáculos penetraron los agentes y empleados de la compañía cauchera peruana», Casa Arana, en esta región y la dominaron por completo, según Salamanca y Uribe Uribe, con el apoyo del ejército y de las entidades de Iquitos. Colombia perdió con esto no solamente una producción de caucho anual de mil toneladas, sino que además perdió prácticamente la soberanía sobre este territorio.

La casa Arana impidió cualquier intento de colonización propiamente de la altiplanicie, dominó hacia 1920 una región de casi seis mil kilómetros cuadrados y bloqueó el comercio con el Amazonas. En la zona que estaba bajo la influencia de la Casa Arana, los peruanos secuestraron, esclavizaron y asesinaron ya en 1908 por lo menos veinte mil nativos, según Uribe Uribe. Brucher, *op. cit.*, est, p. 37.

Es interesante observar que el área dominada por la explotación de caucho hacia 1920 es aproximadamente la misma en que hoy se cultiva la coca. El papel del Perú en la explotación del caucho y de la coca es sin embargo diferente. Ayer Iquitos era el epicentro; hoy lo son Leticia, San José del Guaviare y Puerto Asís. Si ayer el caucho colombiano era drenado por el Perú, hoy el dinero de la coca peruana es drenado por Colombia.

El conflicto con el Perú obligó al Estado a mirar hacia el sur. El presidente López diseñó una política de colonización de fronteras y de poblamiento de la Orinoquia y de la Amazonia. Calamar dejó de ser la capital del Vaupés y fue sustituida por Mitú. El coronel Cuervo Araoz, uno de los personajes más emprendedores de la colonización, condujo personalmente una volqueta desde Villavicencio hasta la nueva capital para facilitar la construcción de un aeropuerto. La travesía duró tres meses por tierra y la línea aérea entre Bogotá y Mitú quedó de hecho inaugurada (ver mapa). Dentro de este mismo espíritu de frontera se nombraron autoridades en los puntos de mayor tráfico relativo, autoridades que no sólo debían cumplir una función legal sino que paralelamente tenían como misión aclimatar y promover la colonización. Así, por ejemplo, hacia finales de la década del cuarenta es nombrado en San José el primer inspector de policía. Además de resolver los contados conflictos que se presentaban entre los pocos vecinos del puerto, el inspector debía iniciar la agricultura y estimular la ganadería entre blancos e indígenas. Para ello el gobierno lo proveyó de capital de trabajo y lo autorizó para dividir su tiempo entre la inspección y su empresa personal, que cumplía a la vez funciones de extensión agrícola y asistencia técnica. A la postre, el señor inspector prosperó notablemente, fundando una de las mejores ganaderías de la región mediante formas asociativas con colonos blancos. A los indígenas, por su parte, de muy poco les servían las indicaciones del empleado. Los que no estaban endeudados con los caucheros, se vieron endeudados al poco tiempo con los comerciantes de pescado.

La Segunda Guerra Mundial marcó un nuevo auge de la economía cauchera, con la instalación de la Rubber

Corporation en Miraflores y Calamar. La compañía construyó cómodos campamentos para ciento ochenta empleados directos y estableció puestos de compra a lo largo de los ríos Unilla e Itilla donde, según sus estudios, existían los bosques más ricos. A cambio de su explotación prometió al gobierno de Eduardo Santos la construcción de una carretera entre San Martín y Calamar. El régimen de producción que adoptó fue el mismo que existía tradicionalmente: el endeude de los comisionistas, que a su vez endeudaban a los contratistas, quienes de manera similar ataban a los siringueros y éstos a los indígenas o a los colonos blancos. La Rubber desplazó naturalmente a las casas alemanas localizadas en Manaus y atrajo el tráfico del caucho hacia Colombia, donde las condiciones eran inmejorables. Eduardo Santos se había acogido a la política del «buen vecino», mientras que Getulio Vargas en el Brasil ponía condiciones onerosas a las empresas foráneas. Se dice incluso que aviones norteamericanos bombardearon los siringales y las instalaciones de las compañías alemanas que competían con la Rubber o que ocasionalmente permitían el contrabando de caucho hacia Europa.

La compañía explotó la siringa y a los siringueros a su antojo y por parejo. Construyó aeropuertos y una trocha entre San Martín, boca de Monte (hoy Granada), San José y Calamar, trocha abierta por cuadrillas de obreros enganchados por la Rubber en el Tolima. Muchos de estos trabajadores se convirtieron con el tiempo en colonos después de haber servido como contratistas, pero cuando cayó Berlín la compañía declaró sorpresivamente que el caucho se había acabado en el Amazonas. Comunicó al gobierno colombiano que había hecho mal los cálculos sobre el potencial cauchero y que, por lo tanto, no podía cumplir el com-

promiso de construir la carretera entre San Martín y Calamar, pero que, en cambio, dejaba ahí la trocha entre San José y Calamar. Dejó también endeudados unos con otros a los contratistas, a los cuadrilleros, a los siringueros, a toda esa cadena que a la postre reposaba sobre la población indígena y sobre los colonos recién llegados, atraídos por la fama de la bonanza.

Sin embargo, la crisis del caucho afectó sólo temporalmente al Vaupés. Muchos de los trabajadores vinculados a esa explotación regresaron por donde habían venido sin dejar en la zona nada diferente a sus propias ilusiones. En realidad no se habían fundado en el sentido económico del término. No habían abierto selva, no habían sembrado ni cosechado, simplemente porque no era necesario. Los aviones de la Rubber surtían de víveres y vestuario a toda la población desde Bogotá, o desde Villavicencio y aun desde los Estados Unidos. La compañía misma fijaba los precios de venta de estas mercancías y naturalmente los precios de compra de la balata. Era el negocio. Durante la prosperidad sólo la fariña y en parte el pescado eran objeto de producción local; los demás artículos eran todos importados del interior o del exterior, incluida la carne. Aunque en San José ya se había formado un hato considerable, en aquel momento se traía la carne de afuera mientras el ganado de San José era sacado hacia Bogotá en avión.

2

Aun así, muchos se quedaron. Sobre todo los que habían logrado una cierta acumulación y vieron en el comercio con los indios y con los trabajadores ambulantes y ce-

santes la base de empresas con futuro. En el Guaviare se conoce ese período de transición como «los días del tigrillo». La reactivación de la vida económica en los Estados Unidos y en Europa creó un gran mercado suntuario después de las penalidades de la guerra. La demanda de pieles de tigrillo, de perro de agua, de caimán, de chigüiro, de plumas y demás adornos exóticos conoció un gran salto. De otro lado Colombia, en plena Violencia, reafirmó con la celebración del Año Santo (1954) la tradición católica del país, y el ayuno y la abstinencia hicieron del pescado una mercancía altamente valorada y profusamente consumida. Coincidentalmente —cosas de Dios—, la Semana Santa y la subienda caían —o caen— en la misma época. Comienza una nueva bonanza sobre la base de idénticas prácticas comerciales y económicas. El pescador pescaba y el cazador cazaba con los adelantos que el patrón les hacía: pólvora, armas, redes, botes y dinero. A los tres o cuatro meses los cazadores y los pescadores regresaban con las pieles y el pescado. Se evaluaban los productos mediante reglas muy estrictas de calidad y se descontaban los adelantos. Los excedentes —si había— se destinaban a calmar las privaciones de los meses de brega en las cantinas, que ya para ese entonces eran numerosas. Negocios que, dicho sea de paso, eran propiedad de los comerciantes de pieles o de pescado. Los cazadores y los pescadores quedaban de nuevo en la misma situación que los había obligado a aceptar el círculo cerrado del endeude con los caucheros.

Prosperaron por aquellos años los comercios ambulantes. Grandes barcasas o falcas cruzaban los ríos de puerto en puerto, comprando pieles y pescado, pero sobre todo tasando puntualmente los endeudes. Miles y miles de

animales fueron muertos. Un solo cazador llegó a matar 1.500 tigres y más de 2.000 dantas. Los «salados», donde las dantas van a buscar sal, se convirtieron en verdaderos campos de exterminio masivo. Las aguas de los «rebozaderos» permanecían semanas tintas en sangre de los grandes y pequeños saurios cuyas pieles iban directamente a las vitrinas de la Place Vendôme. También los micos sufrían los estragos de la bonanza puesto que servían de señuelo para los tigres. Ni los güños escaparon del exterminio porque eran secados como el pescado y vendidos como tal, sin que los inescrupulosos comerciantes tuvieran en cuenta los sentimientos cristianos de sus fieles consumidores. Por lo demás, la iglesia nunca se ocupó —por desconocer las leyes del «rebusque» que nos rigen— de discutir si la culebra era causa de las apetencias pecaminosas que evitaba el pescado. Con los grandes exterminios llegaron —algo desconocido en una selva— los chulos. Y con los chulos —providencialmente— los chulavitas, la Violencia.

3

La Violencia, como es sabido, se generalizó en el país a raíz del asesinato de Gaitán. En el Guaviare este hecho pasó inadvertido. Las pésimas comunicaciones hicieron que sólo tres o cuatro días después los colonos se informaran. El suceso tuvo poca resonancia. El Guaviare era un país muy diferente en ese entonces.

No obstante, el Guaviare es la prolongación del Llano y en el Llano la guerra había comenzado pocos días después del 9 de Abril con la toma de Puerto López, dirigida

por Eliseo Velásquez. Hacia 1951 San José, que no tendría a la fecha más de diez o veinte casas, un hato y muy poca agricultura, fue invadido —para decirlo de alguna manera— por las guerrillas comandadas por Palma y Morales, lugartenientes de Álvaro Parra. Hernando Palma y el comandante Héctor Morales se habían hecho relativamente fuertes en las cercanías de San Martín y en 1951, precisamente, se habían tomado a Boca de Monte. Es muy posible que en el repliegue de esta acción Palma haya llegado hasta San José. Morales, por la misma fecha, huía hacia el Duda. Sea como fuere, Palma y sus veinte hombres, mal armados, se establecieron en cercanías de San José y sus pocos habitantes —la mayoría liberales y tolimenses— los acogieron y los respaldaron económicamente. No se demoró en el pequeño puerto pero mantuvo la región como una retaguardia fiel y una zona de abastecimiento logístico, y los contados dueños de hatos se vieron obligados a pagar impuestos, como solía hacerse en todo el Llano, tanto a la guerrilla liberal como al ejército nacional.

Era la guerra. Aparece así, por primera vez, lo que unos llaman extorsión y otros impuesto de guerra. Sabedor el ejército de la colaboración que San José prestaba a la guerrilla liberal, decidió tomar el puerto y realizar un escarmiento. El general Muñoz Palacino Pedro A., jefe civil y militar del Llano, aterrizó allí a mediados del 53, precedido de un amago de bombardeo que obligó a los vecinos a esconderse asustados y perplejos en la manigua. El ejército castigó a la población y estableció un puesto militar de control permanente. El general convocó a los colonos y les pidió que como una muestra de buena fe y respaldo al gobierno debían vender al ejército una determinada canti-

dad de pescado a precio fijo: cincuenta centavos la libra. En ese entonces el kilo estaba a cinco pesos. Cada semana el avión del ejército llegaba puntual por el impuesto de guerra y los guerrilleros no tardaron en señalar el acto como una extorsión. Por lo demás, el ejército se acuarteló en los viejos campamentos de la Rubber.

Decretada la amnistía en 1953, los impuestos se acabaron y la paz retornó. Con ella una ola de desplazados del Tolima y del piedemonte llanero llegó a San José. Es el período de la primera inmigración campesina. Entre el 58 y el 59 el puerto creció notablemente. Ya no eran diez casas, sino treinta o cuarenta. El pueblo se trazó con todas las de la ley: con topógrafo y piola. La iglesia comenzó a construirse y llegó la Caja Agraria. El tráfico automotor dejó de ser una aventura y los motores fuera de borda reemplazaron a los de hélice central, los «peque-peque». Hacia 1959 hay una nueva amnistía respaldada por el programa de Rehabilitación Social y Asentamientos Campesinos que estimula la ola colonizadora. En este lapso llegaron progresivamente cientos de familias. Las menos, en aviones de la FAC; las más, por el Ariari o por el Guayabero, abriendo mejoras en las vegas, sembrando maíz, plátano, yuca y criando cerdos. De San José siguieron río abajo, siempre sobre las vegas. Las sabanas, con ese aporte de mano de obra que trabajaba y sobre todo que consumía, se abrieron a la producción y los hatos ganaderos se ampliaron. Ya no se mataba una res mensual; ahora el mercado comenzaba a ser semanal.

La agricultura continuaba siendo, en términos generales, de autoconsumo; los excedentes no eran notables y el transporte sumamente costoso. Las líneas comerciales

de producción eran los cerdos y el cacao. Los cerdos por razones intrínsecas a una economía precaria; el cacao, por una causa diferente: en épocas remotas —cuentan—, los misioneros se impusieron la tarea de botar a las orillas de los ríos semillas de cacao que luego los micos —curiosos y ávidos— dieron en expandir en toda la región. Así, el cacao se daba —y se da— silvestre, y el colono no solamente aprovechó esta circunstancia sino que decidió cultivarlo logrando márgenes de utilidad que para una economía cerrada y especulativa debieron aparecer como una exótica ganancia⁸.

Sobre estas bases se inició en el Guaviare, en el Alto Guaviare, la colonización campesina en sentido estricto. Ciertamente, el comercio de pieles y de pescado no desapareció. No sólo no desapareció sino que creció y se amplió. El colono recién llegado, castigado por la violencia y sin dinero, entró sin reticencias en el sistema del endeude. Cazaba y pescaba, le adelantaban la pólvora y la sal y después le compraban las pieles y el pescado en los mismos términos y con idénticos resultados a los conocidos. Las cantinas se multiplicaron, los comercios prosperaron, los intermediarios de pescado y de pieles se consolidaron. Fue una época de verdadera bonanza puesto que el sistema tradicional se vio apuntalado por los nuevos contingentes, la selva era inmensa y los ríos ricos. Sin embargo, una dife-

⁸ «Cobo anotaba que los monos tenían en el cacao su mejor alimento, esto lo hizo en 1652. Gumilla apunta que los monos, las ardillas y los papagayos buscaban los frutos del cacao. En los Llanos y la Orinoquia no sólo se cultivó sino que había enormes zonas en donde crecía silvestre. Según Simón, en el Ariari había cacao menudo, morado y graso». *El cacao en Colombia*, Suplemento de *El Espectador*, diciembre 26 de 1986.

rencia notable y definitiva comenzó a emerger: los colonos de estos años tenían tradición agrícola, llegaban escapando de la muerte como a una tierra de promisión y, sobre todo, venían a establecerse con sus familias. No eran ya los aventureros de *La Vorágine*, los antiguos sirringueros, aunque se vieran forzados por las circunstancias a aceptar el régimen de trabajo vigente. Si bien es cierto que con el producto de la cacería el nuevo cliente se emborrachaba ocho días seguidos, no por eso su familia, su vocación y sus sueños desaparecieron. Debía alimentarlos porque eran la base de su circunstancia y de su situación. La cacería y la pesca, aunque fuesen la principal fuente de sus ingresos monetarios, eran ocupaciones complementarias a su actividad como colono. Este hecho marcó una profunda diferencia con toda la tradición hasta entonces existente. La colonización campesina, aunque en sus orígenes se desarrolló supeditada a la economía extractiva, introdujo un rompimiento entre los dos órdenes que, con diversa suerte, se afianzará en el futuro.

CAPÍTULO II

Las colonización armada: El guayabero

La colonización del río Guayabero es desde muchos puntos de vista una colonización singular: un clásico ejemplo de colonización armada.

Como es sabido, en los años treinta y cuarenta comenzaron a formarse en el sur y en el norte del Tolima, pero también en Cundinamarca, en la región del Tequendama y del Sumapaz, lo que sus fundadores llamarían ligas y sindicatos agrarios⁹. Eran organizaciones de campesinos pobres que se rebelaban contra lo que en ese tiempo se conocía como «la obligación». «La obligación» eran los días que el campesino debía trabajar en la hacienda del patrono como equivalente por el usufructo de un pedazo de tierra. El pago era, pues, en trabajo, aunque en ese momento tendía a convertirse en pago en especie o en dinero. La reac-

⁹ Cfr., Gaitán, Gloria, *La lucha por la tierra en la década del treinta*, El Ancora Editores, Bogotá, 1984. Sánchez, Gonzalo, *Las ligas campesinas en Colombia*, Bogotá, 1977. Robinson, J. Cordell, *El Movimiento Gaitanista en Colombia*, Tercer Mundo, 1976. Fajardo, Darío, *Violencia y Desarrollo*, Suramérica, Bogotá, 1979.

ción contra ese sistema originó las ligas. Eran los días de la Revolución en Marcha, de la Ley de Tierras. Gaitán tuvo mucho que ver con el espíritu rebelde y justiciero que caracterizó al movimiento agrarista en sus primeros pasos. También el partido comunista, recién fundado, tuvo su parte en el impulso y orientación de ese espíritu, conduciéndolo al franco desacato de la autoridad, a las tomas de tierras y a la organización que se llamó «las colonias agrícolas».

1

Con acentos particulares, propios de cada región, este movimiento tuvo como epicentro a Chaparral y Villarrica en el Tolima, y a Viotá y Fusagasugá en Cundinamarca. En Chaparral los campesinos se enfrentaron a los poderosos intereses de familias que desde la Colonia mantenían un inmenso poder territorial: los Espinosa, los Caycedo, los Rocha. Esta última es interesante no sólo porque fue una de las que sostuvo una defensa agresiva de sus privilegios en Chaparral, sino porque contribuyó a iniciar la colonización empresarial del Llano hacia los años cuarentas. En efecto, los Rocha fundaron en las cercanías de San Martín (Meta) la famosa hacienda Candilejas, llevando allí sus ganados y peones desde Chaparral. Uno de estos últimos, Plinio Murillo, nieto del célebre guerrillero liberal de la Guerra de los Mil Días Tulio Varón¹⁰, se convertirá durante la Guerra del Llano en el Capitán Veneno, lugartenien-

¹⁰ Cfr., París Lozano, *op. cit.*

te de confianza de Guadalupe Salcedo y pependenciero compañero de Dúmar Aljure. Después de la Guerra del Llano Plinio se fundará en el Alto Ariari siguiendo instrucciones de Guadalupe, y allí se haría fuerte y se convertiría en un especie de gobernador local de estas tierras. El movimiento de Chaparral fue también interesante porque de una u otra manera era el heredero de la agitación indígena y agrarista que encabezó Quintín Lame¹¹.

En el caso del noroeste del Tolima la situación fue diferente. Ciertamente, en esta región existían grandes fundos de tiempo atrás, pero después de la guerra con el Perú el gobierno resolvió retribuir a la oficialidad sus buenos servicios mediante la asignación de baldíos. Era una práctica vigente desde la Conquista: pagar las guerras con tierras. Se estableció, entonces, una colonización cuyos participantes eran militares activos o militares en reserva que pretendieron trasladar a la vida económica, de por sí arbitraria, la disciplina castrense.

En el Sumapaz y el Tequendama el sistema de «la obligación» era particularmente servil. El poder del hacendado sobre el arrendatario no sólo abarcaba la actividad económica sino que se extendía a toda su familia y a su vida privada. Los abusos eran la norma y todo intento de desacato era severamente castigado por la policía municipal, un cuerpo que de hecho hacía parte de la heredad del señor. Contra estas instituciones se levantaron en el Sumapaz Juan de la Cruz Varela y, en el Tequendama, el partido comunista.

¹¹ Cfr., *En defensa de mi raza*, Manuel Quintín Lame, Comité de Defensa del Indio, Bogotá, 1971.

El movimiento, como se anotó, comenzó como una tímida reivindicación contra el sistema de «la obligación», pero progresivamente, a instancias de la agitación llevada a cabo por los partidos políticos de izquierda, se transformó en un desafío a la propiedad misma sobre la tierra. Le sucedieron, entonces, las célebres tomas de las haciendas y la fundación de colonias. Se promulgó la Ley 200 de 1936 y muchas de aquellas ocupaciones de hecho fueron sancionadas y los invasores convertidos en propietarios de derecho. Las asociaciones de campesinos se transformaron en verdaderas organizaciones sólidamente fincadas en los intereses de los agricultores y disciplinadamente dirigidas.

La reacción no se hizo esperar. Primero la llamada «pausa de Santos» y luego la Ley 100 de 1944 impusieron un límite y, sobre todo, un precedente estatutario para echar atrás lo obtenido¹². En esta peligrosa contraposición de fuerzas (o por ella misma), estalló la Violencia. La policía municipal y las bandas armadas de los hacendados retomaron la iniciativa y atacaron frontalmente y sin subterfugios al movimiento campesino. Los atropellos arreciaron desde Cabrera hasta Chaparral, erizando la cordillera de muerte y desolación. El movimiento campesino fue desarticulado y después perseguido con saña y, por último, tendió a ser arrasado. El error se convirtió en política de Estado. En Chaparral las ligas fueron aniquiladas por cuadrillas de chulavitas; en Cunday y Villarrica los ex militares de la guerra del Perú volvieron a las armas, y en el Suma-

¹² Kalmanovitz, Salomón, «El Desarrollo capitalista en el campo», en *Colombia Hoy*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1978.

paz la policía se trasladó a vivir a las casas de las haciendas¹³.

Según los testimonios, la respuesta fue el desconcierto y la huida, pero poco a poco se tornó a la reorganización. Cada liga, por su lado, retomó la iniciativa y los campesinos huyeron al monte, donde no tenían una alternativa distinta que resistir. Se armaron con las pocas y rústicas armas que poseían e iniciaron, sobre la base de su debilidad, un movimiento defensivo que aumentaba día a día. Los perseguidos por el gobierno, por los chulavitas, por los conservadores, no eran solamente los campesinos organizados sino todo el pueblo liberal sin distinción de matiz o de clase. El partido conservador había decidido hacer retroceder definitivamente al partido liberal, y no sólo en las urnas: miles y miles de campesinos fueron desalojados y asesinados por el terror chulavita¹⁴.

En el monte recomienza la lucha. En el sur del Tolima, sobre la Cordillera Oriental, los campesinos se arman para proteger sus familias. Organizan un cordón guerrillero para poner a salvo las mujeres y los niños. Se esconden en cuevas, cocinan de noche y de día se desplazan lentamente hacia el norte. Son miles de familias que huyen masiva y organizadamente. Se hacen famosos los nombres de Resplandor, Vencedor, Diamante, Lister. Son ellos quienes forman una movilización que asciende por los páramos

¹³ Cfr., Fajardo, Darío, *op. cit.*, pp. 49 y ss. También el texto de Jacques Aprile, lamentablemente inédito «La Guerra de Villarrica», mimeógrafo, Cali, 1981.

¹⁴ Arrubla, Mario, presentación en *Colombia Hoy*, *op. cit.*, pp. 12 y 13.

hacia el norte, buscando unir su mermada fuerza con las ligas agrarias de Juan De la Cruz Valera, cuya influencia llegaba entonces hasta Villarrica y Cunday.

Paralelamente estalla en el Llano la insurrección liberal acaudillada por Eliseo Velásquez, por los hermanos Bautista, por los Calderón, por los Fonseca, por Guadalupe Salcedo¹⁵. En Sumapaz Juan De la Cruz Varela arma sus ligas y se hace fuerte en el páramo. Villarrica y Cunday, Cabrera e Icononzo son escenarios de guerra. Rápidamente la autodefensa se transforma en un conflicto abierto y se suceden combates de una magnitud inesperada. En los Llanos las guerrillas emboscan un convoy militar y dan de baja a 96 regulares; en Sumapaz se toman el puesto militar de La Aurora y obligan a la guarnición a rendirse. La aviación del gobierno conoce sus primeros fracasos en Venecia y Paquiló, episodios de triste recordación en los anales oficiales.

El 13 de junio de 1953 los militares asaltan el poder público y con ello se detiene la guerra civil que se cernía sobre el país. Se decreta la amnistía y una paz relativa vuelve al campo. El movimiento del Llano se evapora sin contraprestación alguna. El movimiento de Sumapaz, más avezado y ladino, más campesino, suspende apenas la acción y esconde la mayoría de las armas. Los guerrilleros tornan al campo por poco tiempo. En 1955 Rojas rompe con el partido comunista, lo declara ilegal, ataca a Sumapaz y se toma a Villarrica después de un violento bombardeo aéreo y terrestre. La guerra, esta vez regular y masiva, se reinicia.

¹⁵ Franco Izasa, Eduardo, *Las Guerrillas del Llano*, Círculo de Lectores, Bogotá, 1986. El libro de Franco sigue siendo no sólo el pionero en el tema sino la más completa y rica obra sobre este movimiento.

Con la legítima aspiración de salvar sus familias los campesinos de Sumapaz —región donde se habían refugiado durante la primera ola de violencia gentes de Tequendama, Chaparral, Líbano— emprendieron uno de los episodios más dramáticos y paradójicamente menos conocidos de aquellos negros días: La Columna de Marcha (ver mapa).✶

La Columna de Marcha tenía por objeto evacuar a la mayoría de la población no apta para el combate primero hacía los páramos y, luego, bajo el inclemente fuego del ejército, hacía el cañón del Duda y el Llano. Según testimonios, tres mil personas iniciaron la penosa marcha, acosadas por el ejército, el hambre y el frío. Fue como comentó un viejo guerrillero, «lo mismo que Bolívar hizo, pero de para abajo»¹⁶.

Las mujeres y los niños iban en el centro, organizados en varios contingentes. A los lados, adelante y atrás, el anillo guerrillero los defendía y los guiaba. El desplazamiento era muy lento y el hostigamiento muy fuerte. Con todo, tres o cuatro meses después de haber salido de Villarrica y de Cabrera, la Columna de Marcha llegó al cañón del río Duda. Allí echó raíces como colonia: se fundó. Al fusil se le agregó el hacha. Abrieron la selva, sembraron y cosecharon colectivamente. La organización militar y partidista permaneció y se profundizó. Con el correr de los días, la gran

¹⁶ Es muy posible que la ruta que siguió la Columna de Marcha de Sumapaz al Llano hubiese sido la que condujo a Federman del Llano a Bogotá. «Llegado al Alto Guaviare (Papamene) por el mes de febrero de 1953,

colonia resolvió ampliar y consolidar la colonización no sólo por razones económicas sino como estrategia para afianzar la autodefensa. Salieron, entonces, contingentes de colonos armados y organizados hacia El Pato, hacia Uribe, hacia El Caguán, hacia El Ariari y, por fin, hacia el Guaya-bero (ver mapa). En El Pato y en el Caguán encontraron colonias de campesinos desplazados también por la violencia que habían huido y se habían fundado individualmente. En Uribe encontraron un poblado deshabitado, recientemente saqueado y quemado por Dumar Aljure, en un intento por mantener su soberanía militar sobre el Llano; Uribe era tan sólo el punto de tránsito entre San Juan y Colombia, el viejo camino de los recolectores de quina, por donde los Rocha habían llevado sus reses bravas a Candilejas. En el Ariari, en cambio, encontraron una colonia organizada. Plinio Murillo, el Capitán Veneno y Pastor Ávila, campesino de Sumapaz, habían organizado allí una colonización. Fundaron así a Medellín del Ariari, distribuyendo equitativamente las tierras del piedemonte. Allí, la colonia desprendida del Duda encontró abrigo, prosperidad y paz. Una paz defendida por Plinio, Ávila y su gente.

Medellín del Ariari, por sus condiciones peculiares, se convirtió en el punto de apoyo de la colonización de la

Federman resolvió atravesar la cordillera hacia el occidente porque supo que el oro encontrado en la localidad se adquiriría de los medios de la otra banda de la sierra. Se dirigió a Pasca por la alta cordillera de Sumapaz, en cuya travesía gastó 40 días de los cuales 22 iba por tierras completamente despobladas, los llanos del río Ariari, pasando después por su páramo despoblado frigidísimo donde se le murieron 46 caballos de frío. De 300 hombres que sacó, se le murieron bien setenta hombres». Friede, Juan, *Invasión del País de los Chibchas*, Tercer Mundo, Bogotá, 1966, p. 81.

Macarena y del bajo y medio Guaya-bero: una colonización dirigida por una organización campesina de autodefensa que conquista en esas tierras el derecho a trabajar libremente.

Si bien es cierto que la colonización que se desprendió del Sumapaz se asentó inicialmente en Uribe, en donde según algunos testimonios hasta se llegaron a celebrar reinados de belleza, fue en el Alto Ariari donde se consolidó. Hay una razón para explicar este hecho. Dumar Aljure, el veleidoso guerrillero liberal, aspiró por mucho tiempo a controlar la salida al Tolima por la depresión de Colombia, aun después de la entrega propiciada por la amnistía de 1953. En realidad, Aljure nunca se entregó ni podía hacerlo, siendo como era considerado por el ejército un desertor. Pero Aljure odiaba a los comunistas y éstos le respondían con la misma moneda. En repetidas ocasiones atacó las avanzadas de Juan De la Cruz Varela y alguna vez logró pasar las líneas y actuar en el Tolima, en el Huila y en el Caquetá con adversa suerte. De todos modos, Uribe era un punto vulnerable para las ligas de colonizadores. Más aún, Plinio Murillo había roto abruptamente con Aljure. Entre ellos existía un encono profundo que se hizo irreversible cuando Murillo encabezó un comando que persiguió a Aljure hasta San José y las sabanas de La Fuga en el Guaviare. Plinio se fundó, como queda dicho, en el Alto Ariari, acatando órdenes de Guadalupe y aceptando la división territorial que el general había decretado entre sus lugartenientes más importantes para evitar enfrentamientos entre ellos. Al capitán Giraldo, alias El Tuerto, se le asignó la región de Boca de Monte o Granada y a Aljure Rincón Bolívar y Fuente de Oro (San Antonio). Murillo

se unió con una hija del fundador de Medellín del Ariari, antiguo colono procedente del Sumapaz, y allí sumó su experiencia militar y su prestigio a esta corriente temprana de colonización. De suerte que el Alto Ariari fue un refugio seguro para los colonos desprendidos de la Columna de Marcha¹⁷.

La base de esta colonización comenzó a prosperar económicamente y a extenderse hacia el sur por el piedemonte llanero y sobre las estribaciones de la Serranía de La Macarena para encontrarse con la corriente colonizadora que hacía suyas las tierras del Alto Guayabero y del Caguán¹⁸. Como expresión de este proceso aparecieron Lejanías, Vistahermosa, Mesetas y El Refugio (hoy La Macarena). Días después, el Plan de Rehabilitación instrumentado por Lleras Camargo en 1959 y la reforma agraria en los años sesentas legitimaron la ocupación territorial. El proceso no se prolongó hacia el nordeste porque San Luis de Cubarral, Guamal y Acacias, poblaciones conservadoras, lo impedían.

En estos términos, el triángulo formado por Medellín del Ariari, el Alto Guayabero-Duda y la Serranía de la

¹⁷ Estos testimonios demuestran lo mal informados que estuvieron Ernesto Guhl y W. Brucher al afirmar que Medellín del Ariari fue un centro de colonización espontánea. Cfr., Brucher, *op. cit.*, y Guhl, Ernesto, *Colombia: Bosquejo de su geografía tropical*, Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura, Bogotá, Tomo II, p. 262.

¹⁸ Nuevas investigaciones adelantadas por el autor dan cuenta de la existencia de otra Columna de Marcha dirigida por los comandantes Richard y Mayusa, alias Gavilán, que salió por la misma época del norte del Tolima, recorrió los municipios de Dolores y Baraya y se refugió en el Alto Guayabero, donde también encontró gente de Aljure, Mayusa y otros. Archivos del autor.

Macarena se transformó en el territorio de la nueva colonización, que progresivamente se expandió aguas abajo del Ariari y del Guayabero hasta el Guaviare.

3

El régimen de esta amplia zona es idéntico al que impera en todas las colonizaciones agrícolas: desmonte, quema y cosecha. El ciclo se repite y se amplía sobre fundamentos muy simples: ausencia de recursos monetarios, herramientas elementales, técnicas primitivas y carencia de vías de comunicación. En consecuencia, la economía tiende al autoconsumo y es complementada por actividades marginales como la caza, la pesca y la recolección. Los excedentes mercadeables son limitados y los beneficios ocasionales. Las rudimentarias técnicas de producción tienden al agotamiento de la tierra y a la vuelta de cinco o siete años el rendimiento suele ser negativo. El secreto de la persistencia de este régimen se encuentra en la utilización de mano de obra familiar, en el autoconsumo y en variadas modalidades de asociación colectiva entre vecinos. Naturalmente, sólo a costa de grandes privaciones y sacrificios el colono puede sobrevivir y reproducir su ciclo. Sin embargo, bien vistas las cosas, lo que el colono reproduce es un estado de zozobra e inestabilidad tan vulnerable que cualquier accidente lo puede derrotar.

Con todo, le queda la tierra abierta. Es el único medio de ahorro y de acumulación posible en condiciones tan adversas. Las mejoras son el testimonio y, a la vez, el único producto estable del trabajo y, como tal, objeto de las apertencias más inescrupulosas de los comerciantes en tierra,

que suelen ser los mismos que comercian con otros productos de la colonización. Los colonos entran en frecuentes bancarrotas que aparecen como saldos en rojo en los cuadernos de contabilidad de los comerciantes. Es el mismo sistema del endeude que señalamos en otro capítulo, salvo que en el caso que nos ocupa la dependencia de los colonos en torno a los comerciantes se disimula bajo la forma del libre intercambio. En síntesis, las mejoras entran de la mano del comerciante en el mercado de tierras, de donde las rescata el ganadero, que si no es también el mismo comerciante es por lo menos su socio más solidario. Por esta vía las mejoras se transforman, agregándose unas a otras, en haciendas ganaderas. Vendidas las mejoras y pagadas las deudas, el colono busca un nuevo punto donde fundarse para reiniciar el ciclo de colonización en condiciones enteramente similares y con los mismos resultados, o bien se coloca como jornalero en las haciendas que lo siguen a la zaga.

Los elementos estructurales básicos de este proceso han regido también en las colonizaciones del Alto Ariari, del Guayabero, del Caguán y de La Macarena. Con una salvedad que las distingue y las caracteriza: los colonos estaban vinculados a grupos de autodefensa armada. La misma organización que los salvó de caer asesinados por los chulavitas en el año 1950, que les permitió enfrentar al ejército en 1955 y que les garantizó la vida durante la Columna de Marcha les permitió, en los años sesentas y setentas, limitar el avance del latifundio¹⁹.

¹⁹ «(La colonización armada) es la colonización de campesinos que se hacen acompañar de sus armas no porque orienten éstas contra las bases del

Para analizar la lucha de los colonos de estas regiones contra el avance del latifundio hay que tener en cuenta varios hechos. De una parte, existía un principio de gran versatilidad y experiencia en el Partido Comunista, que contaba con una trayectoria de lucha por la tierra arraigada en las ligas agrarias del Sumapaz, el Tequendama, Villarrica y Chaparral; por otra parte, una tradición guerrillera y militar persistente y, por último, la necesaria y natural vocación colectiva y asociativa del trabajo colonizador.

En estas condiciones no es, pues, extraño que las organizaciones de autodefensa prosperen y busquen el control de vastas regiones, donde además emergen como la única forma de poder real, habida cuenta de la inexistencia o debilidad del Estado en ellas. La autoridad y fuerza de estas organizaciones de autodefensa, su legitimidad ante los ojos del colono, las constituyen en auténticas representantes de sus asociados y como tales actúan: el latifundio ocioso está vedado en estas zonas, lo mismo que los comerciantes e intermediarios inescrupulosos, y respaldando estas normas están las armas.

La colonización del Alto Ariari, del Duda, de La Macarena y del Guayabero se desarrolló sobre estas premisas. Por eso no puede sorprender que se hayan llevado a cabo movilizaciones masivas de campesinos como la pri-

Estado burgués, sino porque ven en ellas la garantía de una inscripción gananciosa dentro del sistema a cubierto de las violencias, las trampas y manipulaciones de que han sido víctimas desde que tienen memoria». Ramirez, William, *op. cit.*, p. 205. Véase también: Fedegán, «Bases para la formulación de una política de desarrollo en regiones ganaderas», mimeógrafo, Bogotá, julio 1982.

mera toma de San José del Guaviare, realizada en mayo de 1985 y dirigida por el Sindicato de Pequeños Agricultores, que dispuso la marcha ordenada de más de catorce mil personas que demandaron la desmilitarización del área como condición y garantía de los acuerdos de tregua firmados por el gobierno y las principales fuerzas guerrilleras del país²⁰.

²⁰ A finales de diciembre de 1986, una nueva marcha, esta vez de veinte mil campesinos, se volvió a «tomar» a San José demandando otra vez soluciones a los graves problemas sociales y económicos que azotan la región. En el momento de revisar el texto para la imprenta, el gobierno y los organizadores de la protesta habían llegado a un acuerdo que según las informaciones de *El Tiempo* consistía en la «aceptación por parte de los campesinos de la permanencia del ejército en la región por cuanto el gobierno notificó que en su actual lucha contra el narcotráfico no lo retiraría». «Las bases del acuerdo se refieren a garantías sobre la vida, honra y bienes de los moradores de la zona, así como a la ejecución de programas en materia de vías de comunicación, educación, salud y mejoras agrarias. Los campesinos recibieron también garantías de que no habría hostigamiento hacia ellos y que no se desarrollaría acción alguna contra el secretariado de las FARC y ninguno de los frentes que operan en el Guaviare. El gobierno aceptó tramitar el levantamiento de la reserva forestal para ampliar sus tierras de colonización y estudiar la posibilidad de hacer otro tanto con la reserva biológica de La Macarena. También promovería la creación de comisiones de titulación de tierras, el otorgamiento de créditos, la prestación de asistencia técnica y la fijación de precios de sustentación de productos como el maíz y el cacao para erradicar paulatinamente el cultivo de la coca». *El Tiempo*, diciembre 28, 1986, p. última A.

La colonización campesina: el Guaviare y el Ariari

La colonización del río Guaviare corre pareja con la del río Ariari, sobre todo en su curso alto y medio. Tienen los mismos ritmos, se desarrollan bajo idénticas modalidades y sus personajes sociales no difieren significativamente. En este proceso, como ya se ha dicho, hay que distinguir la colonización jalonada por la economía rapaz, que hizo del comerciante su agente, de la colonización agrícola propiamente dicha, desarrollada por el colono campesino.

La primera, como se vio, atravesó por dos fases bien marcadas, la del caucho y la de las pieles y el pescado. Rigurosamente hablando, la extracción del caucho no tuvo importancia en el Guaviare ni en el Ariari. Si hubo explotación, ella fue esporádica e irregular. No obstante, los ríos fueron arterias comerciales por las que pasaban el látex y las mercancías por las que éste se intercambiaba, de lo cual se derivó más una presencia que una colonización: la presencia de los comerciantes transportadores que abastecían la cadena del endeudamiento de la cual sacaban pingües ganancias.

Para mantener el tráfico y vincular la cuenca del Guaviare con la Amazonía fue necesario abrir una trocha que

uniera el Unilla con el Inírida en Caño Grande y con el Guaviare en San José, lugar éste donde confluían las aguas del Guayabero y del Ariari. Estas dificultades explican por qué Calamar fue escogida como capital del Vaupés y por qué fue fundada antes que San José. Después de la guerra con el Perú, y atenuada la explotación del caucho, el eje comercial se desplazó del Vaupés al Guaviare y al Ariari creando una ruta que luego fue utilizada por la Rubber.

Durante el período de las pieles y el pescado, el Ariari y el Guaviare se transformaron en vías obligatorias de esta economía, generando la aparición de pequeños puertos o puntos de afluencia de cazadores y pescadores. Con todo, Boca de Monte (Granada) y San José se mantuvieron divorciados durante mucho tiempo, por cuanto las dificultades de comunicación fluvial o terrestre entre ellas eran mayores que la comunicación de cada una con Bogotá o Villavicencio por separado.

De esta manera, San José se convirtió en centro de alguna actividad comercial. Allí llegaban las mercancías que los contratistas ponían como adelanto o «endeude» en manos de los cazadores y de los pescadores, y de allí salían las pieles y el pescado para Bogotá o Villavicencio. Este intercambio dio lugar a la época de oro del comercio por río. Grandes falcas surcaron el Guaviare y el Ariari, amarrando en atracaderos que con el correr del tiempo se volverían pequeños puertos; sus dueños eran a su vez los comerciantes y los contratistas que con el paso de los años fundarían haciendas ganaderas y se pondrían a la cabeza de las actividades económicas de la región.

El tráfico del caucho, de las pieles y del pescado dejó bien poco, si se exceptúa la riqueza acumulada y concen-

trada en dos o tres manos. El carácter extractivo y rapaz de estas actividades impidió el florecimiento de cualquier economía que no se sometiera a sus leyes. No obstante, las caucherías, la pesca y sobre todo la caza atrajeron hacia San José un primer contingente que exploró las selvas, recorrió los ríos, construyó puertos e hizo esporádicos descumbres donde cultivó el maíz y el plátano para alimentarse durante los días de escasez. Estos contingentes crearon algunas condiciones que luego otros pobladores, impulsados por la violencia, el minifundio y los primeros fracasos en la colonización del piedemonte llanero²¹, pudieron utilizar, inaugurando una agricultura estable y un régimen económico diferente.

1

A principios de los años cincuenta comenzaron a escucharse en el Guaviare los ecos de la violencia que encendía al país; llegaron campesinos del Tolima y del Huila, principalmente, pero también del Meta, de Cundinamarca y Boyacá. Venían huyendo. Muchos eran prófugos; otros buscaban defender su vida y comenzar una nueva. Los que contaban con suerte se contrataron como jornaleros en las sabanas de La Fuga; otros se volvieron cazadores o pescadores profesionales y, por último, los menos se establecieron por

²¹ Cfr., Molano, Alfredo, «De la Violencia a La Colonización. El Testimonio de Valentín Montenegro», en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. IV, No. 1, Bogotá, 1981.

cuenta propia en las vegas del Ariari y del Guaviare. Eran fundaciones pequeñas, frágiles, temporales, aisladas unas de otras por la selva y el agua.

El Guaviare o Guaviari lo forman dos ríos principales, el Guayabero y el Ariari. Curiosamente, por estos dos grandes afluentes entraron dos tipos de colonos y dos formas de colonización diferentes. Por el río Guayabero llegó la colonización armada; por el río Ariari, desprendiéndose del piedemonte, de Granada, de San Martín, de Acacías o bien directamente del interior del país, a través de Bogotá, la colonización espontánea. Ambas son campesinas y se han originado en la violencia, pero el camino que han recorrido es enteramente distinto. La primera es una colonización campesina organizada, que responde a un mando y a un propósito común y deliberado; la segunda es inorgánica y, más que metas explícitas, acaricia sueños difusos.

Estas formas de colonización llegaron paralela e independientemente. Se encontraron en un vasto territorio, huérfano de una trayectoria agrícola o ganadera y con un colono que más que campesino era un trotamundos. Por ello, y naturalmente por su origen campesino, las nuevas modalidades de colonización se asentaron en las vegas de los ríos, abriéndose así un período de reacomodo entre las tres fuerzas de la vida social de la región. Los viejos colonos, algunos ricos, que controlaban el comercio de pescado y pieles y el comercio de abastecimiento, vieron con desconfianza pero con esperanza a los recién llegados. Éstos, sin poder imponerse de entrada, debieron aceptar las reglas del juego establecidas: vender pescado y pieles a los comerciantes del río. Sin embargo, al lado de la caza y la pesca, los nuevos colonos comenzaron a desarrollar una activi-

dad hasta entonces despreciada y, por despreciada, un tanto insólita en aquellos parajes: la agricultura. Por primera vez se observaron a lo largo del Guaviare quemas de bosque, «descumbres» que con el tiempo se convertirían en «mejoras». En este sentido no existieron diferencias apreciables entre los colonos llegados por el Guayabero y los colonos llegados por el Ariari. Prácticamente las dos vertientes de colonización se fundieron y amalgamaron. Quizá los colonos del Guayabero desarrollaron con más ahínco formas colectivas de trabajo y se propusieron desde el principio metas más claras.

La lucha contra la selva se inició, naturalmente, tumbándola, quemándola y sembrando. Cada año se alcanzaban a abrir dos descumbres, a hacer dos sementeras, o dos «suertes», como llaman también los colonos cada cosecha. La «suerte» de marzo se echaba en las cenizas todavía calientes de las quemas de febrero. Esta cosecha se recogía en junio o julio y se llamaba la «suerte caliente». La «suerte seca» se echaba en agosto, durante un veranillo, sobre el descumbre en seco, es decir, sin quema, y se recogía a finales del año. Cada lote era diferente y no podían obtenerse cosechas en el mismo sino después de cuatro o seis años, según el ritmo con que el rastrojo volviera a cubrir el «claro». El colono sembraba, pues, dos lotes diferentes cada año y cada lote era siempre, por ser trabajado con base exclusiva en el trabajo familiar, de menos de cinco hectáreas. Es decir, no laboraba más de diez hectáreas anuales. Lo cual significaba que necesitaba cincuenta hectáreas como mínimo para lograr una base reproductiva: una finca de cincuenta hectáreas equivalía en producción anual a una superficie productiva efectiva de diez hectáreas, o sea, de

una quinta parte. Sobre estos cálculos los colonos alinderraron su tierra, pero como llegaron a quedarse con su familia y esperaban que sus hijos heredaran su trabajo y, por lo tanto, se perpetuaran, hicieron picas para marcar posesiones entre doscientas y trescientas hectáreas. Así se fundaron. Eran los años sesentas.

La superficie alinderada por los colonos dice mucho. Habla, en primer lugar, de las condiciones de producción en que se debate, más que se desarrolla, una colonización. Se cuenta, ante todo, sólo con el trabajo familiar. El intercambio de brazos entre familias es simplemente una forma de afianzar esta modalidad, por cuanto permite acometer tareas colectivas como la tumba o la recolección, que deben hacerse en períodos de tiempo fijos y generalmente cortos. Los colonos reúnen entonces a sus vecinos para realizar la tarea y luego devuelven los brazos prestados en la misma forma. Hay naturalmente mil oficios en que los brazos se prestan. No es solamente para descumbrar y recolectar; también para empacar y transportar, para vender, para cuidar. Aunque la responsabilidad de la cosecha, de la «suerte», es siempre individual, o mejor, familiar, el trabajo que conlleva es necesariamente colectivo.

Esto habla a su vez de la fragilidad técnica en que se desenvuelve la colonización campesina. Se debe recurrir a los vecinos porque no existe una base de capital, porque no se puede comprar fuerza de trabajo. Aunque el intercambio de brazos es un intercambio de equivalentes, no es un intercambio de mercancías propiamente dicho. El vecindario es, pues, una prolongación de la familia en toda colonización campesina.

Por otra parte, la carencia de recursos obliga a que el colono, para producir y reproducir, apele a la utilización as-

tuta de las fuerzas y ciclos naturales. Un árbol tumba en su caída otros. La selva abatida es la energía del sol y la fertilidad natural dirigida a un fin determinado. Los ciclos de verano e invierno hacen lo demás. La semilla se guarda de cosecha en cosecha. La reproducción de la fuerza de trabajo familiar se basa en el excedente de las «suertes», del cual es necesario descontar lo indispensable para reemplazar las herramientas que no son capaces de fabricar, los complementos alimenticios que no pueden producir y, desde luego, las pocas drogas que necesitan. En otras palabras, el trabajo del colono consiste esencialmente en utilizar su medio natural, la selva, y su familia, de la manera más económica posible. La base de esta reproducción es, por supuesto, en extremo precaria, y el excedente eventual sólo perceptible a través de varios ciclos que se compensan.

El tamaño de «la pica» expresa, por último, sus sueños. Hay una mezcla de sabiduría y de ternura en las aspiraciones del colono: no alindera más tierra de la que sabe que él y su familia pueden poner en producción. Habida cuenta de la franja de montaña que siempre reserva como manto protector del agua y de la leña para el fogón, el colono sabe que le son suficientes doscientas o trescientas hectáreas en el Guaviare para con sus hijos echar raíces en una tierra nueva y quizás próspera.

Durante los primeros tiempos los colonos siembran maíz. No lo venden, sino que en su mayoría lo consumen. El excedente lo invierten como alimento para marranos y aves de corral. La cría de marranos y gallinas, el ahorro propiamente dicho de la familia, corre por cuenta de la mujer, y junto con la caza y la pesca, mitad consumo y mitad dinero, que es responsabilidad del hombre, constituyen las líneas de producción esenciales, la división del trabajo y la

posibilidad de gestación de excedentes. Al lado se cultivan unas pocas matas de yuca; otras, también contadas, de plátano, y ocasionalmente se siembra cacao y árboles frutales.

Posteriormente se inicia el cultivo del arroz. La suerte de este cereal supone un horizonte comercial más despejado y ello implica e implicó en el Guaviare atenuar las enormes dificultades de transporte. Durante mucho tiempo el colono sacaba sus cosechas a San José. Las arrimaba, como dicen, al borde del río, donde las negociaba con los comerciantes que en barcas recorrían el río desde El Raudal hasta las Bocas del Inírida.

Con todo, se comenzó a producir arroz y después plátano, pero las dificultades de transporte no terminaban en San José. Realmente, allí principiaban. El consumo local era muy reducido, aunque creciente. Las cosechas había que sacarlas hasta Puerto Lleras y Granada, a donde llegaban regularmente los camiones para transportarlas a Villavicencio o Bogotá, centros reales del mercado. A esta dificultad se sumaba otra, esa sí determinante e insuperable: en Granada y en todo el piedemonte hasta Villavicencio se producía arroz y plátano, que competían exitosamente con la producción del Guaviare. Total, sólo ocasionalmente el arroz, el plátano y el maíz lograban cubrir los costos del transporte y, por lo tanto, competir con el maíz, el plátano y el arroz cultivados en el Ariari o en Acacías.

2

Hasta fines de la década del sesenta la colonización de las márgenes del río Guaviare fue muy débil tanto en el plano demográfico como en el plano agrícola. Prácticamen-

te sólo el pescado y las pieles tenían mercado y constituían los renglones comerciales. En 1968 se inició la colonización de El Retorno (antes Caño Grande) y ello le proporcionó un inesperado impulso tanto a San José como al proceso que se adelantaba en el bajo Ariari y en el Guaviare.

La colonización de El Retorno tuvo un origen *sui generis*. Comenzó a ser movida por un programa de radio dirigido por Orlando López Contreras. El programa se difundía a las cinco de la mañana y fue ganando un vasto auditorio compuesto de campesinos inmigrantes a las ciudades, sobre todo a Bogotá. El objetivo de López Contreras era descongestionar los centros urbanos de inmigrantes, señalando nuevas alternativas como la colonización de los Llanos Orientales. Su iniciativa fue acogida por el gobierno y se seleccionó al Guaviare y específicamente a Caño Grande como zona de recepción. En pocos días, gracias al apoyo decidido de la Fuerza Aérea Colombiana y de la Comisaría, comenzaron a llegar cientos de colonos provenientes de Bogotá, Cali, Pereira, Tunja. Con ellos se inicia el experimento de una colonización «dirigida a distancia», que progresivamente echó raíces y prosperó.

En un principio se cultivó el maíz y el arroz. Se civilizaron pedazos de vega, se hicieron atracaderos y se levantaron ranchos. En los pocos ratos libres que las labores agrícolas dejaban, los más duchos construían canoas y todos, sin excepción, pescaban y cazaban para obtener en San José por el pescado seco y las pieles el dinero necesario para comprar sal, manteca, pólvora e instrumentos de trabajo. El gobierno y la empresa privada se asociaron a la iniciativa y los políticos la vieron como una gran oportunidad de crear un coto electorero. En pocos meses la colonización,

medio dirigida, medio espontánea, era un hecho. Un Agrimensor pagado por la Comisaría medía las cincuenta hectáreas que reclamaban los recién llegados. Un pueblo se levantó de la noche a la mañana a orillas de Caño Grande. Sus habitantes derrumbaron la selva y a la vuelta de semanas se producía maíz y se engordaban cerdos. Pero, también paralelamente, venían los primeros fracasos y los primeros desengaños. La selva —como comentaba el célebre locutor— selecciona a sus hijos. Muchos fueron expulsados. Algunos volvieron a El Retorno, otros engrosaron la tropilla de aventureros y pícaros que habían dejado como resaca las bonanzas del caucho y de las pieles. Sin embargo, los colonos que resistieron y echaron raíces obtuvieron en medio de dramáticas circunstancias los primeros triunfos: las cosechas de maíz y arroz llenaron las casas, las calles, las pocas escuelas y puestos de salud establecidos, los bares, las cantinas, la iglesia. Los comerciantes no dieron abasto en el IDEMA (INA en la época) tampoco. La tierra era buena pero lo que ella y el trabajo daban lo negaban las vías de comunicación, y la crisis sobrevino. Al poco tiempo el INCORA legalizó las tierras y mejoró la trocha entre El Retorno y San José, constituyéndose desde entonces en el eje de la colonización agrícola del Guaviare.

Se evidenció aquella vez la vocación agrícola del Guaviare y, a su turno, la incapacidad de la estructura del mercado para dar tránsito y complementar el esfuerzo de los productores. Esta experiencia dejó a cientos de colonos pero, sobre todo, los precipitó al desasosiego; les hizo evidente que si bien la tierra era agradecida, las condiciones generales no correspondían a los sueños de prosperidad que los habían traído al Guaviare. En concreto, la crisis mos-

tró o, mejor, pudo haber mostrado que en el Guaviare, habida cuenta de las dificultades de transporte, una cosecha abundante es tan ruinoso como una mala. Al campesino no se le escapó, desde luego, la disyuntiva, y cayó en un pesimismo bien fundado. Por su parte, el Estado fue incapaz de corresponder a los esfuerzos y al sacrificio del colono, y en los años ochentas lamentaría este vacío y lo pagaría caro.

A su turno, el colono continuó produciendo maíz, arroz, cerdos, más por inercia y costumbre que por negocio. Duramente aprendió a relacionarse con el mercado local y con su espasmódico ritmo. El frenesí de haber hallado la tierra prometida dio paso a un mesurado realismo. Producía poco, lo que el mercado era capaz de absorber. Comenzó entonces un proceso de búsqueda y experimentación de otros renglones productivos. Sembró caña, construyó unos pocos entables, plantó cacao con la esperanza de atenuar el problema del transporte. Ensayó la pequeña ganadería. Cultivó plátano, yuca y unos pocos frutales en pequeña escala, con la timidez y prudencia derivadas del fracaso mayúsculo del maíz. Todo mostraba a su vez, que el resultado no correspondía al trabajo invertido. Y como nada cambió, tampoco los colonos pudieron cambiar. Quizás en las vegas del Guaviare el único cultivo que tuvo un relativo y esquivo éxito fue el cacao.

3

En estas condiciones de nervioso pesimismo se conoció el cultivo de la marihuana. A la Serranía de La Macarena llegaron pilotos con semillas que distribuyeron gra-

tuitamente. Instruyeron de manera superficial al colono, alzaron el vuelo. Regresaron cuando ya las primeras matas producían generosamente. Pagaron bien el experimento y los campesinos volvieron a sembrar, esta vez en grande. A la vuelta de dos años la Serranía de La Macarena comenzó a rivalizar con la Sierra Nevada de Santa Marta. Los circuitos comerciales, los compradores, eran los mismos, al igual que las variedades y las condiciones del tráfico. El éxito se regó como la pólvora y a la vuelta de pocos meses el cultivo se extendió siguiendo el curso de los ríos que bajan del piedemonte: el Güéjar, el Guayabero, el Ariari y, finalmente, el Guaviare. Una nueva bonanza, como la del caucho, las pieles y el pescado, se anunciaba. El colono olvidó el fracaso del maíz y la semilla de la marihuana cayó en el campo abonado de sus privaciones y esperanzas. Las vegas del Guaviare comenzaron a agitarse con la perspectiva. Se hacían «abiertos» afanosamente y los compradores regalaban la semilla, daban instrucciones, quedaban de volver. Volvían pocos meses después a los atracaderos donde ya esperaban listas las pacas de yerba, pagaban de contado y pagaban bien. A San José empezaron a llegar nuevamente colonos, aventureros, comerciantes, prostitutas. Los viejos caucheros y los viejos cazadores leían en la febril y pululante actividad los síntomas de una nueva bonanza²².

Todos, sin embargo, se engañaban. La bonanza fue efímera. La crisis de la marihuana, de la que la siembra en los

²² Cfr., Patiño, Víctor Manuel, *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia: aspectos históricos*, Biblioteca Básica Colombiana, Bogotá, 1972, pp. 315 y ss. Henman, Anthony, *Mama Coca*, El Áncora Editores, 1980.

Llanos no era sino una de sus manifestaciones, había comenzado. De la bonanza en la Sierra Nevada sólo llegó a la Serranía de La Macarena y al Guaviare el aletazo. El proyecto se quedó en ciernes y miles de toneladas tuvieron que ser botadas literalmente al río, porque los compradores no cumplieron. Los «abiertos» se quedaron hechos; los comerciantes, esperando; los recolectores, las prostitutas y los policías, sin oficio.

No obstante, había sido el ensayo general. Todo se preparó para la bonanza pero ésta no llegó. Pasó sembrando ilusiones más que realidades, aunque una realidad quedó: la voluntad del colono y del comerciante de no dejarse ahogar en esas soledades por la miseria o por la abundancia. La ocasión no tardó. El optimismo de la frustrada bonanza de la marihuana no había perdido su impulso cuando apareció la coca o, mejor, el comercio de la coca, porque la hoja se conocía desde siempre en el Guaviare. Los indígenas la cultivaban y la consumían ritualmente. Sabían todos los secretos de su cultivo. Lo que llegaba ahora eran las fórmulas para su procesamiento industrial y la red para su comercialización.

Cuentan que en un comienzo, allá por 1978, se hicieron las primeras «chagras», muy en secreto, y se trajeron las primeras semillas. Pronto, sin embargo, se verá que la variedad vernácula también era rentable. Unos dicen que los primeros cultivos comerciales fueron contratados con los indígenas. Otros afirman que los primeros fueron colonos. Siempre suele pelearse el origen como una paternidad para esbozar un mérito o para evadir una responsabilidad. Lo cierto es que la misma red de traficantes que había visto frustrados sus negocios con la marihuana introdujo

el cultivo comercial de la hoja. Era una infraestructura que no podía improvisarse. Hubo simplemente un desplazamiento del cultivo, pero la técnica del tráfico, la red y los actores centrales eran los mismos.

A la vuelta de pocos meses, cientos —léase bien— de toneladas de semilla fueron distribuidas de mano en mano, gratuita y afanosamente, y al poco tiempo las primeras cosechas estaban listas para ser «raspadas». Como todo estaba preparado no hubo necesidad de experimentación ni de efectos demostrativos. Muchos cultivadores llegaron de fuera. Otros, los colonos, se hallaban más que dispuestos, preparados y «ensayados». Los traficantes habían diseñado una estrategia de control que era, a su vez, una de las llaves para explotar no sólo la hoja sino a sus cultivadores: el secreto del procesamiento industrial. Celosamente quisieron reservarse la fórmula alquímica como medio para controlar el proceso. Compraban la hoja y la transportaban a lugares discretos y apartados a donde llegaban unos señores muy serios y displicentes que, mediante fórmulas y trasvases que parecían mágicos, procesaban la hoja y producían la base. El sigilo con que se efectuaba esa operación no tenía nada que ver con la policía; por el contrario, estaba destinado a garantizar el control de la producción, monopolizando el secreto del procesamiento. Así se podía pagar el precio que se quisiera, sobre todo si el mercado llegaba a saturarse. Los cultivadores no tuvieron más remedio que aceptar esta condición: vendían la hoja y los señores que la procesaban se llevaban la pasta.

Con todo, el negocio era fabuloso para el cultivador. Una hectárea sembrada de coca producía en una cosecha todo el dinero junto que no había visto pasar por sus ma-

nos en la vida. Todo el dinero que había dejado de ganar con el maíz, el arroz, el cacao. Los sueños de tierra de promisión que los colonos habían perseguido en el Guaviare se hacían, por fin, realidad tangible y sonante. La vida volvió a San José, se extendió a las vegas del Guaviare y, con ella, llegaron miles de personas: un abigarrado ejército de desempleados, aventureros, trujamanes, comerciantes de todo género, mujeres, niños, jóvenes, viejos... Era la bonanza de la coca. La esperada. El kilo de base llegó a pagarse a un millón de pesos en 1979²³.

El comercio fue, naturalmente, el primer sector que experimentó un vigoroso salto. Las pequeñas tiendas de abarrotes se transformaron en grandes depósitos de distribución. Los instrumentos para el procesamiento de la hoja —plásticos, palanganas, mangueras, baldes— conocieron precios fabulosos. Los elementos para la subsistencia en la selva y las herramientas para derribarla —hachas, drogas, machetes, mosquiteros, pilas, anzuelos, hamacas, sombreros, botas, motores fuera de borda y, sobre todo, alimentos— adquirieron valores que de no ser por lo que

²³ La coca y la marihuana se producían ya a principios de la década del 70 a guiarnos por un informe de comisión redactado por el entonces jefe del DAS, general José Joaquín Matallana: «Recomendaciones al Ministro de Defensa Nacional»:

«F) Apoyar al comando de la séptima brigada con un helicóptero de reconocimiento para que con la participación de la policía prosiga las actividades de reconocimiento de la región, localización de campos aéreos clandestinos, cultivos de marihuana y coca y verificación de actividades de instituciones y ciudadanos extranjeros de los cuales ya tuvo conocimiento general la comisión». Informe de la comisión a Lomalinda, Instituto Lingüístico de Verano, mimeógrafo, 1974 (?).

la coca producía hubieran sido simplemente inaccesibles. Al lado de las grandes misceláneas comenzaron a prosperar los negocios más disímiles y más exóticos para un medio dominado por la manigua: salones de belleza donde se hacían sofisticados tratamientos y alambicados cortes; casas de moda y confección que vendían el último grito de la revista *Vanidades*; salones de cine que presentaban ininterrumpidamente películas mexicanas, francesas y norteamericanas que exaltaban las *French Connections*, la Piedra de Jalisco, el Potro de Zacatecas y el Carro Rojo; almacenes de calzado, fruterías, bizcocherías, papelerías y, naturalmente, discotecas, bares, whiskerías, restaurantes, estaderos y prostíbulos reservados, hoteles y moteles, residencias. La propiedad raíz se disparó. Se improvisaron todo tipo de construcciones, se montaban toda suerte de ventorrillos. Para abastecer la inmensa demanda, los vuelos comerciales a y de San José se regularizaron primero y se intensificaron después. Ya no había tres o cuatro aviones semanales; esta frecuencia se había tornado diaria. Satena, la empresa del Estado, era insuficiente. Se abrieron líneas particulares no sólo desde Villavicencio sino también desde Bogotá y Medellín. El transporte terrestre también se intensificó: de Granada, Villavicencio y Bogotá llegaban en verano a San José treinta y cuarenta buses diarios. Miles de camiones, transportando los más disímiles géneros de mercancías y superando los más formidables obstáculos, se hicieron dueños y señores de las carreteras, las trochas, los caminos, los atajos. No sólo transportaban mercancías, claro está, sino pasajeros que aspiraban a inaugurar negocios, a recolectar la hoja, a abrir «chagras», a transportar base, a vender gasolina, sal liviana. Nadie vio frustradas sus esperan-

zas. Todos coronaron sus sueños: el desempleado de las ciudades y el empleado oficial, el profesional sin oficio y el policía, las prostitutas, los matones, los campesinos, los arrendatarios, los culebreros, los vendedores y los compradores, los chóferes, los paleteros, los chalanos. Para todos había oficio bien remunerado, magníficamente remunerado.

Por su extensión, por su especialización y por su voluntad de hacer fortuna, este formidable ejército era no sólo la red que producía la «base» sino la red que la transportaba y permitía llevar al Guaviare los insumos técnicos para el procesamiento de la hoja: gasolina, sales, ácidos. La red que hacía posible el negocio, que lo facilitaba, que lo hacía rentable y productivo. Entre las diferentes facetas del gran prisma había una armonía de funciones y ópticas, como en una piedra preciosa, que hacía factible el negocio. Todo el mundo era solidario con la prosperidad a rodos porque todo el mundo se beneficiaba de ella. Nadie era una excepción, cada cual cumplía su papel a fondo, todos disciplinados por el buen precio, la fortuna fácil y el sigilo y desde el campesino hasta el traficante, pasando por las autoridades, todos se convirtieron en piezas de una misma máquina que funcionaba a la perfección.

4

La coca atrajo al río Guaviare una nueva ola migratoria. Si bien es cierto que ésta comenzó con los traficantes de marihuana, continuó con los traficantes oriundos del interior, sobre todo de Boyacá y Cundinamarca. Eran hombres ricos y experimentados en el negocio. Muchos de ellos comerciaban originalmente con esmeraldas y tenían una

«clientela» personal, económica y política, numerosa y solidaria.

Contaban también con una trayectoria delictiva que transformó sus «clientelas» en «cuadrillas». Con ellas principiaron a actuar: a distribuir la semilla, a sembrar directamente la hoja y, luego, a procesarla y a transportar la mercancía hacia el interior o hacia los grandes laboratorios que para la fecha comenzaron a funcionar en el Llano, verdaderas fábricas llamadas «trabajaderos» o «fábricos» donde se volteaba la «merca», es decir, donde se convertía la «base» (clorato) en «cristal» (clorohidrato). Esas cuadrillas constituían grupos al servicio exclusivo de un «capo»; cumplían profesionalmente las tareas, de manera disciplinada e incondicional, y actuaban siempre en representación de su jefe. Eran un conglomerado de paisanos obedientes al «patrón», trabajadores de su misma región de origen y sus fieles políticos, cuyo conocimiento personal garantizaba su absoluta lealtad.

De esta manera terminaron siendo instaladas en el Guaviare colonias de nuevos trabajadores dirigidos por sus jefes. «Patadegansa», para traer un ejemplo, tenía una larga y siniestra historia que se remonta a los tiempos de Efraín González, alias Siete Colores, llamado así por su habilidad para disfrazarse y de quien «Patadegansa» había sido guardaespaldas y heredero de la inmensa fortuna que dejó al morir. Efraín González fue el clásico bandolero a quien las circunstancias y las condiciones condujeron a la violencia²⁴. Convertido en uno de los caudillos más célebres de

²⁴ Sánchez, Gonzalo, *Bandoleros, gamonales y campesinos*, El Áncora Editores, Punto de Lectura, 2006.

su tierra, Jesús María (Boyacá), logró una vasta audiencia para sus andanzas y una gran influencia sobre un sector de esmeralderos de Piedras Blancas (Boyacá). Llegó inclusive a ser el minero más rico del sector y a tener marcada injerencia en la comercialización de gemas. «Patadegansa» fue su persona de confianza en esta actividad. Muerto Efraín González, heredo los hilos de toda la maquinaria y el capital que, a la vuelta de pocos años, aumentó considerablemente al diversificar sus operaciones delictivas y ejercer una autoridad indiscutible en el mundo del hampa. A la postre, después de mil y una aventuras y desventuras, «Patadegansa» reapareció en el Guaviare no sólo con su dinero, su prestigio y su experiencia sino, por supuesto, con toda su gente: unos se ubicaron como cultivadores, otros aparecieron como propietarios de lanchas, otros como comerciantes, algunos como autoridades, etc. La cuadrilla, o las cuadrillas de fieles, eran una pieza que cambiaba de renglón pero no de modalidades, salvo, claro está, aquellas derivadas de requisitos técnicos propios de la producción de coca. «Patadegansa» se fundó en el Guaviare. Sembraba directamente o hacía contratos de asociación con pequeños cultivadores a quienes, como en la época del caucho o de las pieles, adelantaba dinero para luego comprarles la hoja. Así sembró o controló, según dicen, cientos de hectáreas²⁵.

El caso de «Patadegansa» no es singular. Sirve para ilustrar, así sea a vuelo de pájaro, lo que hicieron y hacen numerosos traficantes. Sin embargo, lo que en principio se

²⁵ En el momento de escribir estas líneas se conoció la muerte de «Patadegansa», ocurrida en el sur de Bogotá.

quiere resaltar con esta historia es que a la región llegaron hacia fines de la década del sesenta cuadrillas organizadas a cultivar la hoja y que allí se establecieron como colonias de cosecheros. Y así, a lo largo del Guaviare, se pueden identificar las colonias de Pacho, de Topaipí, de Borbur, de Chiquinquirá, de Coscuez, de Jesús María y también, genéricamente, de antioqueños, caldenses, vallunos, etc.

Estas colonias de paisanos que tienen tras de sí una historia común y seguramente responden a una forma de organización se sobrepusieron a las otras olas migratorias existentes que, como hemos visto, ostentaban un doble origen: la colonización armada y la colonización espontánea. Hacia fines de los años setentas se agregó, pues, esta nueva modalidad de colonización, una colonización de enclave, calculada dentro de la estrategia de producción de coca, una forma organizada de colonización con fines particulares y una estructura jerárquica bien definida.

5

La bonanza de la coca también trajo en sus redes un nuevo tipo de colono, regularmente de origen o con una gran experiencia urbana y, por lo tanto, de alguna manera desempleado o afín. A su lado llegaron, asimismo, campesinos acosados por el minifundio y colonos derrotados. Se trataba de una corriente migratoria espontánea e individual en busca de fortuna. Ninguno de estos nuevos colonos arribó, por ejemplo, a sembrar cacao. Desde el comienzo sabían a qué venían. Todos consideraban el cultivo de la hoja como una actividad transitoria cuyo verdadero fin era el logro de un capital.

Los diversos orígenes, espíritu, orientaciones, época y formas de colonización se han homogeneizado en el cultivo de la coca. Quien más, quien menos puede cultivar también cacao o maíz, o tener un pancoger. Existen algunos rasgos marginales que diferencian estas formas de colonización sin que ello reste fuerza al común denominador vigente. Tales rasgos cobran importancia según sea el ritmo y los avatares de la producción de coca, que al fin y al cabo es el propósito principal, la actividad fundamental en que se hallan empeñados hoy por hoy casi todos los pobladores del Guaviare.

Al principio, como se vio, el cultivo de la hoja propiamente dicho tuvo dos fuentes. De un lado estaba la población indígena que la sembraba, en pequeña escala, con fines ceremoniales. El colono no requería, pues, sino prestar atención a la forma como procedía el indígena. La semilla vernácula, llamada «amarga», mostró pronto sus limitaciones productivas y fue desplazada por una semilla importada del Perú²⁶. Con ella llegaron también pautas agrícolas más técnicas, como el uso de fertilizantes y plaguicidas. Ésta fue, entonces, la segunda fuente: los traficantes que importaron todo un «paquete tecnológico» del Perú y de Bolivia y que de pronto lo divulgaron y fomentaron en el Guaviare. La hoja peruana tiene la característica de reproducirse por los esquejes y ello dio al comienzo un cierto control a los importadores de la nueva variedad, pero con la multiplicación de cicales pronto perdió importancia. En

²⁶ Sin embargo, la coca amarga, la nuestra, posee excelsas virtudes para el «corte» de otras variedades más puras y por eso alcanza precios aceptables.

resumen, hubo una fuente local y una fuente externa en cuanto a semillas y prácticas de cultivo se refiere; estas últimas, con el tiempo, llegaron a ser idénticas.

El otro punto determinante fue el control sobre el secreto del procesamiento de la hoja para obtener la base. Naturalmente, una parte de la clientela de los capos era al comienzo la encargada exclusiva de sacar la base. A quienes realizaban esta labor se les conocía como «los químicos» o «los alquimistas». En esencia, el secreto se refería a los elementos utilizados y al procedimiento para obtener el producto por medio de extracción por precipitación.

Al cultivador se le pagaba la hoja al peso y al contado, y hasta ahí llegaba su participación. El capo, a su turno, terminaba la operación llevando la hoja a sus propios «trabajaderos». De allí salía la base para Medellín, Bogotá, Cali y Villavicencio.

Posteriormente, en la medida en que el cultivo se iba generalizando, aparecieron químicos particulares que también pretendieron trabajar con base en secreto. Ellos cobraban al cultivador por «el salto», es decir, por la transformación de la hoja en «mercancía». Sin embargo, el fundamento del secreto era endeble. Primero porque la popularización del cultivo entró en contradicción con el control de una operación tan elemental y, segundo, porque en el mundo del tráfico ilegal todo tiene un precio y al final los químicos cedieron y vendieron el secreto, que en manos del campesino dejó de serlo. La astucia por sobrevivir se hizo aquí virtud productiva. El «rebusque» no conoce fronteras, por más técnicas que ellas sean, y el cultivador, más temprano que tarde, se transformó en químico y pudo procesar la hoja en su propia chagra al lado de su mujer y de sus hijos.

Perdidos estos dos puntos del control estratégico de la producción —el suministro de semillas y el proceso químico—, los capos se atrincheraron en dos barricadas, ellas sí más difíciles de romper: de una parte, el control de las materias primas para el procesamiento, lo que implicaba una base de capital muy amplia y sólida, y el manejo de los hilos que permitían sobornar a las autoridades; de otra parte, el control de la red de comercialización de la «merca», bien para venderla como base o para obtener el cristal de cocaína, lo que también implicaba un gran capital y asimismo la manipulación del soborno. Estas dos herramientas del tráfico corrían parejas: a mayor capital mayor era el control sobre las autoridades y, por lo tanto, mayor era la ganancia. Las autoridades no eran indiferentes a ésta y solían dejar pasar al gran traficante y retener al pequeño, puesto que los grandes eran sus aliados naturales en la medida en que la cuantía del soborno era mayor. Si caía en sus manos una cantidad considerable de base, por ejemplo, era síntoma de que no se había llegado a un acuerdo con los mandamases del negocio o que un grupo de ellos había dejado caer un cargamento con el fin de mejorar los precios. De esta manera, los grandes traficantes mantenían al pequeño y al mediano cultivador fuera del circuito comercial y lo imposibilitaban para tejer su propia red.

Lo anterior sugiere que en este aspecto han existido dos etapas claramente diferenciadas en términos cualitativos y cuantitativos: la etapa en que los capos iniciaron el negocio controlando la producción y la comercialización, y la etapa en que, habiendo perdido el manejo de la primera, aunque sin renunciar a su participación, se concentran en la segunda. Dicho cambio significó no sólo la pérdida del

control sobre la producción sino, lo que es más grave, la pérdida del control sobre los productores. El proceso puede ser incluso fechado: la primera etapa cubre los años 1979-1981, cuando se plantan las primeras siembras comerciales de coca, y la segunda va desde entonces hasta el día de hoy, cuando todo hace pensar que se avecina una nueva etapa de resultados impredecibles para el Guaviare y para el país.

6

Para poder explicar estas nuevas transformaciones, es necesario volver de nuevo sobre las formas básicas de colonización.

La colonización armada y la colonización campesina espontánea de los años cincuentas y sesentas mantuvieron tensas relaciones, dadas sus diferentes trayectorias y propósitos. Sin embargo, poco a poco la hostilidad de la selva, las privaciones y obstáculos compartidos tendieron a disolver las disparidades y a dar preeminencia a la colonización armada sobre la espontánea, puesto que en aquella existían formas de organización colectiva que actuaban como poder local. De esta manera, la colonización armada fue subordinando al colono independiente.

Cuando llegó la coca este proceso estaba prácticamente terminado y ya no era viable distinguir entre las dos formas de colonización. Es presumible, sin embargo, que la colonización armada hubiera tenido motivos para oponerse al régimen impuesto por la coca, sobre todo por cuanto éste representaba la aparición de una fuerza que giraba en torno a un nuevo y distinto poder.

La experiencia de la colonización armada con la producción de marihuana en la Serranía de La Macarena debió ser determinante. Si sus dirigentes se oponían a un cultivo tan rentable corrían el riesgo de verse abandonados por las bases campesinas, pero aceptarlo equivalía a cambiar de proyecto, y sobre todo de esquemas políticos, puesto que la prosperidad del colono modificaba sustancialmente su carácter. Al final, la colonización armada encontró un tercer camino: no oponerse al cultivo, pero tampoco participar directamente en él; dejar a los campesinos al libre albedrío, pero intensificando el trabajo organizativo. El fin de la era de la marihuana impidió constatar los efectos de esta opción, que pronto se vería de nuevo puesta a prueba, esta vez en el Guaviare, con la bonanza de la coca.

Cuando los primeros cultivos aparecieron el problema se volvió a poner de manifiesto: oponerse o participar. El pragmatismo, aquí, se salió con la carta ganadora, y a medida que se fue generalizando el cultivo la colonización armada se vio obligada, para no perder su clientela, a participar a su manera y a intensificar su acción proselitista.

Al comienzo, el Guaviare fue tierra de nadie. La colonización armada tenía influencia, pero también puntos de apoyo débiles. El trabajo de organización era rutinario en aquellas soledades y casi esporádico. Los capos madrugaron e impusieron su ley, que se reducía a la ley del más fuerte: para obtener mayores y más expeditas ganancias recurrían a eliminar a los cultivadores con el objeto de no pagarles la hoja, y lo mismo hacían con los recolectores y con todos los trabajadores de la emergente empresa. Pero, naturalmente, éstos, a su vez, se defendían con las mismas armas; asesinaban a los comerciantes, a los «químicos», a

la policía. Se generalizó una violencia indiscriminada que llegó a nutrirse de su propia dinámica: se mataba porque se había matado. Todo saldo, toda deuda, todo desacuerdo se resolvía a plomo limpio. Los protagonistas del negocio, cualquiera que fuera la escala, la jerarquía o el papel que desempeñaran, se vieron amenazados o sufrieron el rigor de la llamada «Guerra del Guaviare»: en San José, la morgue amanecía atestada de cadáveres; sólo las cuadrillas armadas podían transitar, y con suma dificultad. Hoy quedan miles de historias sobre esta guerra de vendettas, de bandidaje que, dicho sea de paso, se acopló fácilmente a la tradición de violencia que ha regido desde los caucheros.

La generalización de tal estado de cosas, de esta ley del revólver, de la mansalva y del asalto corrió pareja con la propagación del cultivo, y ambos procesos se implicaban por momentos. La popularización de las siembras se traducía, se tradujo al final, en sobreproducción y, por tanto, en envilecimiento del precio. Si al principio el kilo de bazuco se pagaba a un millón de pesos, hacia 1982 llegó a pagarse a ochenta mil pesos. La tendencia de esta crisis estimulaba, por supuesto, la violencia entre unos y otros: se negociaba a un precio y se pagaba a otro; las palabras empeñadas no se cumplían. Los débiles eran las víctimas. Las autoridades también vieron reducir radicalmente su participación al incumplirse los pactos basados en el soborno diferido. El asalto se intensificó como medio de obtener el dinero necesario o el dinero prometido o el dinero soñado. Así, el negocio de la coca se vio amenazado no solamente por la sobreproducción sino por la inseguridad. Nadie obtenía ya la tasa de ganancias esperada o acostumbrada; en ciertos momentos ni se cubrían los costos, y nadie estaba seguro de poder conservar la vida en medio de aquel infierno.

La crisis de sobreproducción, efecto en buena parte de la tolerancia calculada del gobierno, se tradujo en emigración. Los colonos nuevos, es decir, llegados o atraídos por la bonanza, sobre todo aquellos que no pertenecían a las clientelas de los capos y que se desempeñaban como cultivadores independientes, fueron los primeros en abandonar el Guaviare y regresar a su punto de partida social y geográfico. Con la profundización de la bancarrota de los grandes capos se retiraron del negocio y sus fieles, los que aún quedaban vivos, tuvieron que hacer lo mismo. Todo quedó abandonado en el campo. Por su parte, el comercio lícito o semilícito también sufrió las consecuencias, y San José entró tan rápidamente en decadencia como rápida había sido su prosperidad.

Sólo lograron permanecer los colonos, los viejos y los recién llegados, que sabían vivir de otra manera. Muy pocos habían abandonado definitivamente la agricultura y tenían, de todas formas, sus lotes de maíz, sus palos de cacao, sus matas de caña, su plátano, su arroz, su «pancoger». Una sabiduría silenciosa y curtida los había puesto al amparo de la catástrofe. Abandonaron sus pretensiones de prosperidad y volvieron a echar «suertes»: a sustituir la coca por el maíz, por el arroz, por el cacao. Así, sin aspavientos. Este momento, importantísimo en la colonización, fue aprovechado con suma astucia e inteligencia por la colonización armada para ganar el terreno perdido a favor de la mafia, para avanzar en la organización de los campesinos supervivientes de la avalancha, para crear un poder local sólido. La situación de miseria y dolor dejada por la bonanza favoreció el propósito y la atmósfera de paz que impulsaba el gobierno por aquellos días completaba el cuadro.

Vino luego el asesinato de Lara Bonilla. Los precios de la coca, debido a la represión, se dispararon de nuevo: ochocientos mil pesos el kilo de bazuco, cuando ocho días antes se cotizaba apenas a ochenta mil pesos.

La bonanza retornó, pero ya los dueños del campo no eran los mismos porque la colonización armada había hecho avances sin precedentes. Los campesinos colonos se habían organizado en juntas de acción comunal, en sindicatos de pequeños agricultores, en sindicatos de pequeños comerciantes, en cooperativas. Los traficantes y los grandes cultivadores habían perdido no sólo el control sobre la producción sino sobre los productores y además habían perdido un tiempo precioso. Ahora las condiciones del negocio las imponían los colonos. No sólo las condiciones sino las reglas del juego, y estas reglas favorecían el poder creado a instancias de la colonización armada.

¿Cuáles eran, en esencia, estas nuevas condiciones y reglas del juego? La primera y más importante era el cambio de carácter de la colonización armada. De grupo de autodefensa que había sido originalmente, desde los años cincuentas y sesentas, la organización era ahora orientada por un frente guerrillero, hecho que tuvo profundas repercusiones. Hacía su aparición un grupo armado permanente, con una ideología orgánica, articulado a una organización de cobertura nacional que cumplía —y cumple— todas las funciones propias de una fuerza política: legisla e impone mediante la coerción sus normas y su voluntad de propósito. Las normas eran las mismas que regían en el Guayabero y que progresivamente cobraron fuerza de ley en todo el Guaviare, el Unilla y el Inírida: unas hacían referencia a la seguridad del grupo armado y a la defensa de

su legitimidad emergente; otras estaban orientadas estratégicamente hacia un cambio gradual de los cultivos de coca; unas terceras tendían a impedir el surgimiento de latifundio y, por último, no pocas eran de carácter tributario o financiero, según el ángulo desde el cual se las mire.

Los colonos no tenían —ni tienen en la actualidad— una opinión homogénea sobre la naturaleza de las «normas económicas» ni sobre la participación de las guerrillas en los beneficios de la bonanza. Para muchos dicha participación, que oscila entre un ocho y un diez por ciento del precio de venta de la mercancía, constituye una contribución voluntaria y legítima y equivale a lo que en un sindicato, junta de acción comunal o partido político se llama la «cuota de afiliación o de sostenimiento», es decir, una determinada proporción de las ganancias o del salario que se destina a la organización. Para otros, no pocos, se trata de una contraprestación en dinero efectivo a cambio de la cual obtienen seguridad personal y orden para los negocios. Para el resto, por fin, la participación en las utilidades es un impuesto de guerra abusivo e injustificable porque castiga las ganancias.

Estas disímiles opiniones reflejan, por supuesto, la relación que cada grupo tiene con la organización armada. Es apenas lógico que los colonos que de una u otra manera venían apoyando de tiempo atrás la autodefensa, o que han llegado progresivamente a identificarse con las banderas de esa lucha, vean en la participación una norma lícita y paguen una cuota gustosa y puntualmente. Otros, más pragmáticos, la consideran una contraprestación, también legítima, o un servicio que a todas luces actúa como condición de producción en un negocio ilegal. Haber termi-

nado con la inseguridad, con «los matones y los sapos», con «la guerra del Guaviare», equivale, en general, a obtener mayores utilidades, porque se conserva no sólo la vida sino el producto del trabajo. Habiendo una autoridad que medie y solucione los conflictos, la ley de la «justicia por mano propia» queda abolida y es sustituida por un «nuevo pacto social», como siempre ha sucedido.

La reflexión que se hace el colono sobre el tributo y su contraprestación es, como se dijo, muy simple y pragmática: en un medio donde el negocio ilegal de la coca es una realidad, toda autoridad, cualquiera que sea —las guerrillas o Estado, la Iglesia o el ejército—, se beneficia con ella. Es decir, participa de las ganancias de una u otra manera. Las autoridades dedicadas a la represión del narcotráfico, en toda su gama e instancias —salvo excepciones—, se lucran de su función, y se lucran particularmente, es decir, no como institución. Los comerciantes de gasolina, de sal liviana, de ácidos, permanganato, plásticos, recipientes, etc., de todos los insumos y elementos necesarios para el procesamiento, se ven obligados a pagar sobornos desde Villavicencio hasta el último lugar donde existe retén, elevando así los costos de producción, incremento que naturalmente debe ser cargado al precio final o, si se quiere, deducido de las ganancias, haciendo grandemente apetecible el más infeliz y anodino nombramiento de empleado público.

Sin embargo, la cadena del soborno no para allí. En la comercialización y transporte del bazuco, el precio vuelve a ser incrementado a causa del cohecho. Se paga en los retenes y en los aeropuertos; se le paga al policía, al corregidor, al inspector, al alcalde de cualquier pueblo. Es también una forma de participación en el negocio del nar-

cotráfico. La diferencia radica en que cuando los funcionarios del Estado intervienen no se obtiene la seguridad necesaria a cambio del soborno. No hay normas fijas y claras que reglamenten el soborno porque éste es un lucro personal y particular regido por la ley de la oferta y la demanda, por la ley del máximo lucro posible. En cambio, las tarifas de las guerrillas son fijas y las contraprestaciones, claras e inflexibles, son una ley: el diez por ciento a los agricultores, el ocho por ciento a los comerciantes.

Vistas así las cosas no sorprende que la mayoría de los productores, y más si éstos son colonos campesinos que tienen una ancestral antipatía por la policía y el ejército, prefiera pagar el impuesto de guerra a la guerrilla a cambio de seguridad, y no el soborno a los funcionarios del Estado sin contraprestación alguna.

Por último, aquellos que opinan que el impuesto es un abuso son por lo general los grandes capos cuyas relaciones de complicidad con las autoridades les permiten un mayor beneficio, sobre todo a nivel de la comercialización de la mercancía, pues de todos modos están gravados doblemente: deben pagar el tributo a las guerrillas y el soborno de transporte a la policía. No obstante, este grupo de capos ha ido siendo lentamente desplazado por la guerrilla a raíz de la crisis de sobreproducción. Antes de ésta eran ellos los que manejaban los hilos apoyándose en las autoridades venales del Estado o, preferiblemente, en sus propias armas. Los capos eran los que se beneficiaban y los que, por tanto, instituyeron la ley del revólver para zanjar a bala todo conflicto, diferencia o deuda. Naturalmente, la emergencia de un poder que los sustituyó y los desplazó atentaba contra el orden de producción que ellos habían establecido.

En otro lugar de este trabajo se han descrito otras normas que la guerrilla ha impuesto y que son complementarias con la cuestión tributaria. Hay un punto que, sin embargo, debe ser profundizado aquí, y es el que se refiere a la llamada sustitución de cultivos decretada por las FARC.

A raíz de la crisis de sobreproducción, cuando los precios se desplomaron, el colono experimentó en carne propia el abuso del derroche. El colono carga sobre sí un hambre acumulada durante años, y se ha visto privado aún de los bienes más necesarios no sólo para su subsistencia sino también para la producción, términos que en su caso son sinónimos. Es explicable que cuando la bonanza de la coca tocó a sus puertas, cuando en un mes de trabajo obtuvo lo que en su vida no había logrado acumular, se desbocara en él un ansia de consumo sin límites, una especie de consumo retaliatorio que algunas veces rayaba en lo ridículo, otras en lo ingenuo y, la mayoría de las veces, en lo desafortado. Así, durante la primera parte de la bonanza, cuando se creía que era eterna, el colono derrochó ostentosamente sus ganancias, pero con la crisis de sobreproducción «escarméntó». De la noche a la mañana debió regresar con las manos vacías a sus privaciones habituales y a sus afanes cotidianos. Volvió a cultivar. Luego, cuando el negocio de la coca se reactivó, trabajó en condiciones diferentes. No dejó de cultivar y, es más, las guerrillas entraron a convencerlo de la conveniencia de impulsar los cultivos legales más allá de las necesidades básicas de supervivencia. Coincidían de esta manera sus propios intereses de colono con los intereses estratégicos y tácticos de la guerrilla.

Los resultados de la iniciativa son todavía difusos, fundamentalmente porque no han sido recibidos ni aceptados

por todos los pobladores de la misma manera. En el sector de los colonos campesinos, la sustitución de cultivos es producto de su propia experiencia y no guardan dudas sobre su oportunidad y utilidad. Han sembrado cacao, arroz, maíz, y se encuentran en la búsqueda de líneas de producción rentables, habida cuenta del cuello de botella que el transporte, los costos de producción, la mano de obra y los insumos imponen²⁷.

De otro lado, el cultivo de la coca representa, por todo lo anterior, un obstáculo formidable para la producción empresarial en la zona. La producción agrícola sólo es viable sobre la base de una economía campesina de alcance local. Por esas razones también, los grandes cultivadores de coca consideran que la sustitución de cultivos es una dilapidación caprichosa que distrae la fuerza de trabajo en una actividad estéril. Es explicable y justificada su actitud, puesto que su proyecto económico es muy distinto al de los colonos campesinos. Su actividad complementaria y legal no está en la selva sino en San José, Bogotá, Villavicencio, Medellín, Miami, París, Suiza.

²⁷ Esta situación parece, por fin, haberla comprendido el gobierno. El día en que se firmó el acuerdo que puso fin a la movilización campesina del Guayabero y del Guaviare, Carlos Ossa, consejero del presidente Barco para estos asuntos, afirmó: «Dentro de los planes del gobierno debe dársele un gran énfasis a la incorporación de estas zonas a través de vías de comunicación, carreteras, caminos vecinales, programas de producción de otros cultivos que le den un ingreso estable al campesino y ojalá cultivos permanentes como el caucho, palma africana, cacao, con el debido apoyo del Estado. En la medida en que les demos nuevas alternativas a los campesinos los vamos a ir sacando de esta tenebrosa y nefasta actividad como es la producción de cocaína». *El Espectador*, 28 de diciembre de 1986.

Por último, la situación y la evolución general de las condiciones de producción existentes en las vegas del Guaviare no son distintas de las que existen en el río Unilla, el Inírida o La Fuga. Mas aún, no existen peculiaridades locales que hoy ameriten tratamientos particulares. El negocio de la coca ha homogeneizado el régimen de producción y disuelto algunas singularidades que se habían desarrollado a partir de la historia local, la calidad de los suelos o el acceso a las vías. Hoy por hoy, estas diferencias han desaparecido.

El Guaviare es sin duda alguna una de las zonas más explosivas del país en la actualidad. Es explosiva por cuanto en ella se cristaliza la contradicción de un conjunto de fuerzas sociales e históricas que exige para su solución un tacto y un tino difícil de alcanzar. De una parte están los campesinos, los comerciantes, los transportadores, es decir, la población civil, que ha encontrado en el negocio de la coca la realización de sus sueños. De otra parte están las guerrillas, con un proyecto político en mente y una experiencia militar que no ha sido estratégicamente derrotada, que han logrado el reconocimiento de gran parte de la población como autoridad local y que sobre todo han conseguido hacer compatibles sus metas políticas con la economía predominante en la región, lo que no es sencillo. La tercera fuerza está representada por los narcotraficantes, que oscilan entre la alianza con las guerrillas y los acuerdos con los funcionarios del gobierno, de cualquier jerarquía. Por último está el Estado: tolerante unas veces, brutalmente represivo otras, pero presionado siempre por el gobierno de los Estados Unidos y por un sector considerable de la opinión pública. Habría que agregar a esta contradictoria

constelación las «bandas armadas» de confuso origen y turbio financiamiento.

Ahora bien: es natural que, como lo sostienen los campesinos y no pocas autoridades civiles y lo testimonia la crisis de sobreproducción del 83, la solución más radical contra el cultivo de coca sería la libertad de producción. Ello acarrearía el envilecimiento actual de los precios y la vigencia plena de la ley del valor, pero por razones políticas o éticas ni los Estados Unidos ni buena parte de la opinión pública permitirían esta solución. Mas aún, los mismos narcotraficantes la rechazarían. Nada más grave para ellos que la libertad de producción, o la tolerancia franca del Estado. Paradójicamente, pues, dichas presiones son las que mantienen elevados los precios y hacen del negocio de la coca una actividad altamente rentable. Esto se traduce a la postre en la capacidad que ostentan los colonos de pagar las cuotas de impuestos a las guerrillas y en la influencia que ellas ejercen sobre la población, al ser solidarias con su régimen productivo. Y esa es, en síntesis, la contradicción central.

CAPÍTULO IV
De Calamar a Puerto Nuevo

II PARTE

Sentados en una mesa del café La Bohème, bajo un árbol del festival cuando llegamos a San José de Guaviare, esperábamos pasar, mi compañero y yo, un domingo lento e inútil del mes de octubre de 1985. Era la tarde de la mañana y el calor ya era sofocante. Mientras pasaba el tiempo nos distraíamos con las siete versiones sobre la muerte de Dionisio Garzón que nos habían contado la noche anterior. Unos decían que a Nairo lo habían matado de un tiro en la nuca cuando se había volteado para alcanzarle una gaseosa al asesino; otros negaban que fuera una gaseosa y sostenían que este lo que había pedido era una cerveza; había quienes afirmaban que el tiro no había sido en la nuca sino en la cara, en el pómulo izquierdo; otros veían esta mera alegoría porque no romaba en cuenta la detonación de los tiros sino el hecho de que Garzón hubiera no desayunado, ya un testigo lo que le impresionó,

1. Véase el libro de Fernando Roca, "El caso Garzón: un testimonio de algunos personajes que aparecen en esta segunda parte del libro".

De Calamar a Puerto Nuevo*

Sentados en una mesa del café La Bohème, bajo un afiche del festival cinematográfico de Cannes, en San José del Guaviare, esperábamos pasar, mi compañero y yo, un domingo lento e inútil del mes de octubre de 1985. Eran las diez de la mañana y el calor ya era sofocante. Mientras pasaba el tiempo nos distraíamos con las siete versiones sobre la muerte de Dionisio Garzón** que nos habían contado la noche anterior. Unos decían que a Nisio lo habían matado de un tiro en la nuca cuando se había volteado para alcanzarle una gaseosa al asesino; otros negaban que fuera una gaseosa y sostenían que éste lo que había pedido era una cerveza; había quienes afirmaban que el tiro no había sido en la nuca sino en la cara, en el pómulo izquierdo; otra versión era menos legista porque no tomaba en cuenta la localización de los tiros sino el hecho de que Garzón hubiera o no desayunado, y a un testigo lo que le impresionó,

* En colaboración con Fernando Rozo.

** Los nombres de algunos personajes que aparecen en esta segunda parte son ficticios.

y así lo hizo constar en su declaración, fue que Nisio, siendo conservador, había muerto con una camisa roja. En lo que todas las versiones coincidían era en que el asesinato había sido a las seis y cuarenta de la mañana: a esas horas, añadían, la muerte sorprende más.

Caíamos ya en un largo silencio, como lamentándonos de haber usado el mejor cuento recogido la noche anterior apenas a las diez de la mañana de un día tan largo, cuando el dueño de La Boheme, director, fundador y a la vez el único escritor profesional del periódico *El Otro*, cuyo logotipo en letras gótica es idéntico al de *Le Monde*, se nos acercó en compañía de Alberto Rojas Puyo, a la sazón miembro de la Comisión de Verificación y actual senador por el Huila. El día anterior, es decir, cuando mataron a Dionisio Garzón, habían instalado la Comisión de Verificación en Puerto Nuevo, en cumplimiento de uno de los acuerdos logrados por el Sindicato de Pequeños Agricultores del Guaviare en la primera toma de San José, un mes atrás. Detrás de ellos venían, justamente, el presidente del sindicato y el presidente de la recién instalada comisión. El primero, Luis Eduardo Betancour, tiene el ojo derecho entrecerrado como si siempre estuviera apuntando hacia una diana. Es flaco y seco. El segundo, Miguel, es un miembro del partido comunista que no bien se había sentado cuando nos contó, a boca de jarro, que la cachucha que tenía puesta se la había regalado monseñor Belarmino Correa después de la instalación de la comisión, pero que ahora ya la había bautizado o, mejor, dijo sonriendo, colonizado, colocándole una pequeña efigie dorada de Lenin

La conversación comenzó trivial y forzada. No conocíamos en realidad sino a Luis Córdoba, el director-fun-

dador de *El Otro*. Rojas Puyo sabía, sin embargo, de un libro que recientemente yo había publicado sobre la violencia y de allí nos agarramos con mi compañero como náufragos a una tabla. Luis Eduardo y Miguel se mostraron interesados en el texto y nosotros, para obviar explicaciones, les regalamos el único ejemplar que teníamos. Aprovechando el interés que mostraron y el desconcierto causado por el regalo, pensamos que era el momento de comunicarles nuestra intención de entrevistar a «los muchachos», nombre con que a los guerrilleros se les conoce familiarmente. En nuestro trabajo de campo la cuestión de guerrillas nos saltaba a cada rato, a cada paso. La gente se daba mañas para hablar de ellas sin nombrarlas y la importancia de este factor en la colonización del Guaviare era cada vez más evidente. Mas aún: en cierta ocasión pudimos establecer un diálogo con un miembro de ellas, que a la postre se transformó en un sermón ideológico mal hilvanado sobre la lucha de clases. Desde luego, nuestra intención iba más allá de registrar un discurso vacío que habíamos oído desde la universidad. Queríamos adentrarnos en su mundo real, en las verdaderas y concretas razones de su lucha y, sobre todo, en la historia de ella.

Los «compañeros» —como de ahí en adelante llamamos a Luis Eduardo y a Miguel— se mostraron interesados en principio —subrayaron— en nuestro propósito. Sin embargo, a renglón seguido nos dijeron que el único obstáculo era que ellos tenían que viajar a Calamar —que es la sede del trabajo de Luis Eduardo— antes de poder solicitar a «los muchachos» una entrevista. Nos sentimos derrotados al pensar que teníamos que esperar ahí, en San José, dos, tres o cuatro días a que los «compañeros» vol-

vieran sobre todo después de haber «liquidado» el caso de Dionisio Garzón. Hicimos silencio. Miguel comprendió nuestra frustración y nos dijo: «Bueno, pero si quieren pueden acompañarnos a Calamar y así conocen».

Salimos a las cuatro de la tarde rumbo a La Libertad. Contratamos un Carpati, compramos una botella de aguardiente y nos embarcamos en una aventura que ahora queremos contar.

1

El viaje hasta La Libertad es, sobra decirlo, aburridísimo. La única diversión, para nosotros al menos, la constituían los «enterraderos», largos y profundos barrizales que se deben pasar a toda costa. El desafío crea un silencio entre los pasajeros que sólo es interrumpido por el ruido irregular del motor y las groserías que suelta el chofer en cada cabriola que el barro le obliga a hacer. Al salir del paso, todos felicitan al chofer con golpecitos en los hombros y éste, invariablemente, relata otro paso, ese sí el más difícil de su vida.

La Libertad es una cruz. Una calle larga sigue la dirección de la carretera y otra calle cruza perpendicular la anterior. A medida que nos fuimos acercando a La Libertad, Luis Eduardo se tornaba más y más locuaz, hacía observaciones sarcásticas sobre los personajes que íbamos a encontrar, sobre el paisaje, sobre el campero, sobre las mujeres que pasaban y sobre las que no pasaban. Comenzó a referirse a él mismo como Alto Comisionado de Paz. Miguel, en cambio, caía poco a poco en el mutismo y respon-

día con una aprobación de mala gana cuando Luis Eduardo hacía sus comentarios. Entendimos sin mucha dificultad que La Libertad era territorio de Luis Eduardo. Él es «el que la monta», me comentó entre comisuras mi compañero. Y era cierto.

Por la noche Luis Eduardo nos invitó a oír «música de cuerda», ya que no habíamos encontrado manera de continuar hacia Calamar. Nos encantó la invitación, temiendo tan sólo por nuestros menguados bolsillos, pues el expreso a La Libertad nos había castigado sin compasión.

Nos acomodamos en la mesa larga de una cantina. Cuando llegamos ya habían tomado asiento el señor inspector de policía, recién nombrado, un periodista de *La Voz del Guaviare* y otras autoridades. Espontánea o calculadamente nos ubicaron en el centro de la mesa. Nos presentaron como «los doctores de Bogotá que vienen a conocer esto». Dado que la Comisión de Paz y Verificación se había instalado el día anterior, quienes no nos conocían asumieron que nosotros también habíamos estado en Puerto Nuevo. Dejamos prosperar el equívoco porque era más difícil explicar públicamente a que veníamos y quienes éramos.

Los ejecutantes de la «música de cuerda» eran una familia: de eso no nos cupo duda desde el principio. El problema era descubrir la relación exacta entre ellos. Quien tocaba el tiple, a todas luces la cabeza familiar, nos pareció demasiado viejo para ser el marido de la cantante, quien también rasgaba el tiple con el clásico desdén del acompañante. Su voz era alta, templada y, por momentos, cálida. En ciertas ocasiones era reemplazada por una niña de escasos 8 años —ella tendría 36— a quien miraba con infinita dulzura. De vez en cuando el que servía el aguardiente se unía al conjunto con la guacharaca y hacía la tercera voz.

Al principio cantaron rancheras, más exactamente corridos, como corresponde a la primera botella. Oímos el Ojo de Vidrio, Juan Charrasquiado, el Caballo Blanco, Adelita, Heraclio Bernal y todas aquellas canciones que no escuchábamos desde que radio Metropolitana dejó de emitir, hace unos quince años. Después de las rancheras vinieron las canciones colombianas: El Bunde, la inefable Señora María Rosa, El Barcino. A continuación los tangos. El conjunto atendía primero las solicitudes de los que estábamos sentados, como corresponde a las más elementales reglas de urbanidad. Observamos, sin embargo, que el público estaba dividido. Unos sólo aplaudían los corridos; otros llegaban al éxtasis con las colombianas, y algunos sollozaban con los tangos.

Mi compañero y yo tratamos al principio, es decir, durante las primeras diez o quince tandas, de hacer observaciones sociológicas para nuestros adentros. Descubrimos cosas interesantes, sin duda. Había una gran colonia boyacense, que poco después terminó bailando corridos. Había una numerosa colonia tolimense, que pedía una y otra vez El Barcino. Había una miscelánea de origen urbano, medio lumpenizada, que acompañaba con golpecitos de pie y ademanes caprichosos, que se les antojaban ejemplarizantes, los tangos. A las diez de la noche la primera voz del conjunto pidió silencio y, dirigiéndose muy respetuosamente al señor inspector, le dijo: «Son las diez de la noche». Nosotros no entendimos muy bien la ceremonial tautología pero el público sí. El señor inspector se hallaba ante un verdadero compromiso, puesto que era su primer día como autoridad, pero sus invitados ya estaban borrachos y querían seguir oyendo «música de cuerda».

Apeló, entonces, a la otra autoridad, a la verdadera, a Luis Eduardo. Al fin y al cabo, éste era quien había decretado el cierre de las cantinas a las diez de la noche. Descansó con la luminosa idea, aunque en el fondo tal endoso equivalía a un reconocimiento explícito y público de su debilidad.

Luis Eduardo, naturalmente, esperaba semejante venia como el cazador que ve ir a su presa directamente a la trampa. Satisfecho pero displicente, hizo un gesto de aprobación con su mandíbula siempre lista a dar órdenes y mandó continuar hasta donde —y lo dijo echándose el sombrero para atrás— fuera necesario. Con el correr del aguardiente nuestras observaciones frías se hicieron más y más agudas y el público más explícito: los boyacenses pedían el corrido de Efraín González y los tolimenses el Barcino, lo que ha llegado a equivaler al himno de las FARC. Nosotros descubrimos que los componentes del conjunto musical eran todos hermanos pero que las malas lenguas decían que la niñita menor era hija de los dos mayores, a quienes nosotros habíamos asignado gratuitamente los papeles de padre y madre del grupo.

La noche pasó sin saber como. Nos esperaba una jornada extenuante: diez kilómetros a pie y después, nos aseguraron, veintiséis en carro. «Si se deja coger», añadió Luis Eduardo, haciendo gala del más puro humor caleño, como buen valluno. Había comenzado su lucha como cortador de caña en el ingenio La Manuelita. Su primer problema lo tuvo no por razones economicistas, nos subrayó, sino por principios ideológicos: un gringo de un noticiero norteamericano lo quiso fotografiar para mostrarlo por la televisión estadinense, lo cual le pareció a Luis Eduardo una verdadera afrenta al país y le dijo al camarógrafo: «Salga

de aquí con esa cámara si no quiere que se la parta a machete». El gringo se fue sin decir palabra y a Luis Eduardo lo despidieron al otro día del ingenio.

2

El primer tramo del recorrido entre La Libertad y Puerto Chorizo —otros dicen Puerto Morcilla y otros, los más antiguos, la Loma de las Pavas, sitio que, dicho sea de paso, divide aguas entre la Orinoquia y la Amazonia— es realmente abrumador. No sólo por la cantidad y variedad de barro que hay, sino por la cantidad de gente que lo recorre o por las dos cosas, que se implican mutuamente.

Uno está acostumbrado a pensar en los Llanos y en la selva como unas inmensas y silenciosas soledades tan sólo interrumpidas por el gorjeo de los pajarillos y el rumor de los riachuelos cristalinos. Pues no. El camino hacia Calamar es exactamente lo contrario. Más parece un camino de romería que condujera a algún lugar sagrado si no fuera por las imprecaciones a gritos de los arrieros y la descomposición febril de los rostros de los transeúntes. Aunque no se puede hablar exactamente de transeúntes. Eso se queda para la carrera séptima de Bogotá. Por este camino se corre y se salta, no sólo para no hundirse en el barro sino porque cada minuto perdido es un minuto que se deja de ganar dinero. La carga se lleva en un solo sentido, hacia Calamar. De Calamar no se saca nada, por lo menos visiblemente, pero se debe llevar todo. Todo lo que los cultivos de coca necesitan y lo que los hombres requieren para atenderlos. La mayoría de los cargueros son jóvenes sol-

teros entre los dieciséis y los veinticinco años. Sobre sus hombros llevan gasolina, yuca, permanganato, cerveza, gaseosa, arroz, sal, urea, ácido, frijoles, etc. Cargan en promedio unas tres arrobas cada uno y habitualmente logran hacer tres recorridos completos entre La Libertad y Calamar, de día o de noche, porque la actividad no se suspende sin luz. Cobran dos mil o dos mil quinientos pesos por cada viaje. De los seis mil pesos diarios que ganan, unos mil los gastan en recuperarse de la deshidratación. Un vaso de avena vale cien pesos, una gaseosa vale ciento cincuenta pesos y una cerveza doscientos. La comida cuesta otros mil pesos y la cama una suma similar. Digo la cama, aunque en realidad lo que cuesta es el espacio donde se puede acostar el huésped, que se arrienda por metros como en un edificio de oficinas en la Avenida de Chile. En resumen, a estos muchachos les quedan libres unos tres mil pesos diarios. Casi sin excepción ese ahorro lo gastan «en la zona», donde una mujer vale siete mil pesos y cada trago, no importa de qué, quinientos pesos. Las mujeres que sirven en Calamar son verdaderas profesionales; sus atuendos extravagantes y el uso de cosméticos finos podrían hacer pensar que se trata de niñas de Crazy Horse si no fuera por la cantidad de oro que se cuelgan en forma de collares, pendientes y anillos.

Los «coteros», o transportadores a hombro, proceden de todo el país, aunque no necesariamente de los estratos más bajos. Hay bachilleres, universitarios a medias, ex-empleados y ex-desempleados. Han llegado persiguiendo la fortuna, dispuestos a cambiar su energía por la mayor cantidad posible de dinero, no importa qué deban hacer para ello. Aunque sólo excepcionalmente logran ahorrar algunos pesos para iniciar por su cuenta un negocio, los gastos

cotidianos, el ambiente de libertinaje que se vive, los accidentes y las enfermedades suelen obligarlos a retornar a sus casas como el pobre Michín. Es perfectamente posible que algunos logren su empeño, pero son casos singulares. Al igual que los «raspadores», es decir, los recolectores de hoja, se ganan las mismas sumas y las consumen de la misma manera.

Todos ellos, pues, constituyen la base de una inmensa pirámide que termina en el extranjero.

A lo largo del camino hay ventas de bebidas, de almójabanas, de tamales; vendedores de cachivaches, de zapatos, alimentadores de coteros y arrieros. La arriería o, mejor, el transporte en mula, dicho sea de paso, no es tan frecuente como la carga a hombro. Es más cara, más dispendiosa y, sobre todo, los coteros representan una fuerte competencia.

Distraídos por la observación de este mundo, decíamos, llegamos a Puerto Chorizo. Allí, según nos habían prometido, iríamos a encontrar vehículo para continuar hacia Calamar. En realidad no nos engañaban. Había camiones, sorprendentemente viejos, la mayoría «déchets militaires» conseguidos quién sabe dónde o con quién. La mayoría «hechizos», es decir, armados con piezas de segunda por ingeniosos mecánicos vernáculos. Uno de los camiones nos llamó particularmente la atención. Era un REO, año 60, que de REO, como decía su orgulloso propietario y constructor, no tenía sino el cascarón. Todos los demás elementos eran de otras marcas y de otros modelos que habían sido ensamblados *in situ*. El motor era un Ford 70; las transmisiones de Dodge, y los cigüeñales de Chevrolet. La explicación que nos dio su dueño fue tan refinadamente precisa y técnica que por fortuna la olvidamos. A este vehículo lo llaman

El Bogie o El Rey. Su propietario, entre explicación y explicación, nos prometió, para que constatáramos su extraordinario funcionamiento, llevarnos hasta Calamar gratuitamente, y después de una hora de espera nos hallábamos sentados sobre las canecas de gasolina que El Bogie transportaba. Mientras lo cargaban, su dueño se había emborrachado. El viaje prometía ser agitado por aquel barrizal.

El Bogie, más que andar, se desplazaba majestuosamente sobre sus doce grandes y anchas ruedas. Comunicaba una fuerza y una seguridad que nos tranquilizó, borrando la posibilidad de volver a caminar. Pero estábamos equivocados: el camión también podía correr, ¡y a que velocidad! El paso de un puente sin barandas puso nervioso a Luis Eduardo, el más frío de la comitiva, y éste decidió con su mandíbula que era más prudente caminar.

Luis Eduardo era un hombre realmente frío y duro, acostumbrado a la lucha en los medios más hostiles y en las condiciones más adversas. Un hombre dispuesto a dar la vida por su partido, pero no a cualquier precio. Después del incidente con el gringo de las cámaras en el ingenio La Manuelita, trabajó en una fábrica de hielo donde, en compañía de su padre, fundó un sindicato. Pasó luego, cuando lo despidieron, a la fábrica de jabón de los Lloreda. Allí fundó uno de los primeros sindicatos de industria; luego se afilió al Partido Comunista y se destacó en la organización de sindicatos agrarios. Fue perseguido y ha estado preso en varias oportunidades. Contribuyó a la organización de los sindicatos de Vistahermosa en plena bonanza de la marihuana. De allí debió huir a raíz de la toma de la población por las FARC, en 1978. fue dirigente nacional de la Federación Nacional Sindical Agropecuaria y, hoy, presidente del Sindicato de Pequeños Agricultores del Guaviare.

A los lados de la trocha había «abiertos», pequeñas mejoras y selva. Hay que tener en cuenta que la colonización del Guaviare ha avanzado a partir de las vías, y que la trocha por la que transitábamos fue abierta en los años treinta, cuando Calamar era la capital del Vaupés. Sin embargo, el cultivo de la coca ha cambiado este esquema de colonización. Los «abiertos» para cultivar la hoja se hacen en medio de la selva, lejos de los caminos y de los caños, como medida de seguridad. Cuando regresábamos vimos desde la avioneta que las «chagras» estaban dispersas como parches multiformes en una enorme extensión, sin comunicación entre unas y otras y, claro está, sin relación directa con las vías de comunicación terrestres.

Las fincas ganaderas no eran pocas, pero el ganado sí. Algunos potreros tenían pastos mejorados. El cultivo de la coca estaba subsidiando directamente la colonización ganadera y la formación de empresas. Una de las grandes fincas que existían en el trayecto era de los hermanos Garzón, primos de Dionisio, sobre cuya muerte pensábamos especular mi compañero y yo durante todo el fin de semana.

Los Garzón fueron en esta región pioneros de la coca. Se enriquecieron rápidamente y establecieron con otros esmeralderos la ley del terror. Sin ellos no se movía un bulto de sal ni salía un gramo de base. Oriundos de Otanche, habían trasladado al Guaviare el esquema acostumbrado para la explotación de esmeraldas y, desde luego, su ley. Más aún, los primeros cosecheros de hoja hacían parte de la cuadrilla que los Tudela tenían en la zona esmeraldífera; obedecían ciegamente a su mentor, al «jefe», como lo llaman, y eran solidarios con él en las buenas y en las malas. A cambio de esta obediencia y solidaridad, los patrones permi-

tían la explotación de las esmeraldas. Realizaban cualquier negocio lícito y cometían las arbitrariedades que tuvieran a bien. En el fondo se trataba de una modalidad de trabajo armado profundamente arraigado en la zona esmeraldífera de Boyacá y luego llevado al Guaviare, donde la naturaleza de la actividad económica permitió su adopción. Los jefes de estas cuadrillas eran invariablemente los dueños del capital y, a su vez, quienes monopolizaban el comercio de gemas o de bazuco.

Trasladado todo el aparato a Calamar, los jefes comenzaron por adelantar dinero a las cuadrillas para sembrar coca. El sistema no sólo era idéntico al utilizado para la explotación de esmeraldas sino el mismo que en la región se había adoptado para la explotación del caucho, las pieles, el pescado. No sólo trajeron las cuadrillas sino también la semilla, la «tecnología», las formas de comercialización. Al «cuadrillero» se le adelantaba el dinero para hacer la chagra, se le asesoraba técnicamente en la producción y en el procesamiento de la hoja y luego se le compraba la mercancía, mientras los gastos y ganancias se distribuían equitativamente entre los factores capital y trabajo, como en cualquier empresa. Estas formas de asociación no sólo fueron las iniciales sino que aún perduran. Más aún: existen cientos de agricultores y ganaderos, pequeños y grandes, no solamente del Llano sino del Tolima, del Huila y de Cundinamarca, que subsidian sus actividades agropecuarias mediante esta forma de participación en el negocio de la coca.

El desarrollo amplio y rápido de la economía de la coca impuso el uso de las armas y la violencia. Las armas, en un principio, eran la condición de la reproducción y de la comercialización, pero poco a poco su uso tomó otros rum-

bos y otros objetivos: liquidar a quien se oponía a un desafuero o a quien hubiera logrado una acumulación sustantiva de dinero o capital líquido, lo que desató una guerra de todos contra todos. Por los caminos no se podía transitar porque proliferaban los asaltantes, y se robaba todo elemento que sirviera para la producción: gasolina, sal, comida, armas, dinero. Los patronos pagaban a sus trabajadores y luego los asesinaban para recuperar los pesos que les habían concedido; los comerciantes eran también asesinados y robados. Naturalmente, estos hechos daban lugar a venganzas y éstas a otras, hasta cuando la rueda loca de la violencia se desató y amenazó seriamente los rendimientos del negocio.

En esta situación encontró Luis Eduardo a Calamar en 1980. Cuando llegó, los Garzón, los Triana, los Olmos, ya habían impuesto el terror. Venía de la Serranía de La Macarena. Era un forastero. A excepción de su tío Carlos, nadie lo conocía. Carlos vivía en el Llano desde los años cincuentas. Había peleado al lado de Guadalupe en la toma de Orocué y luego regresó a las filas que Aljure y Veneno dirigieron hacia San Martín.

A raíz de la amnistía de 1953 se radicó en Fuente de Oro, pero siguió siendo fiel soldado del capitán Aljure. Posteriormente entró en conflicto con éste, se pasó a las filas de Santos Betancourt y, como tal, persiguió a su antiguo jefe hasta el Cuminía. Finalmente se estableció en San Juan de Arama y de allí pasó a Vistahermosa, donde desde 1970 ejerció su profesión de relojero y dentista.

Carlos y Luis Eduardo cuentan que la situación que existía en Vistahermosa en los años setentas era idéntica a la de Calamar cuando se inició la bonanza de la coca. Vista-

hermosa, en aquellos años, era la rival de San Pedro de la Sierra (Magdalena) en la producción de marihuana, tanto por su calidad como por su cantidad.

La «yerba» comenzó a ser difundida en la Serranía de la Macarena, en el piedemonte y en las vegas del Güejar y del Ariari a mediados de los años setentas. La llevaron comerciantes especializados en su tráfico, como el célebre Ricardo Concha, «Guadalajara», llamado así por su afición a los corridos y a los caballos, pero también algunos ganaderos de la zona, como los Ruiz. Ellos financiaban los cultivos y, luego, partían utilidades. En un comienzo se contó con las pistas de los hatos y con la experiencia de los comerciantes que importaron de la Sierra Nevada de Santa Marta cosecheros prácticos y trabajadores especializados en la conservación, empaque y transporte de la yerba. De esta región salían aviones cargados hasta con veinte mil libras. Tomaban la ruta del Putumayo, luego cruzaban hacia el Pacífico y, de allí, se dirigían hacia Panamá y las Bahamas.

Paralelamente, cuenta Luis Eduardo, la mafia «se incrustó» en Vistahermosa. A los campesinos se les pagaba a tiros, los comerciantes saldaban sus diferencias a bala. Los pistoleros eran los únicos que podían moverse a su antojo. La inseguridad y la violencia, la extorsión y el secuestro se enseñorearon de la región. La represión al narcotráfico contribuía al clima de violencia, puesto que las autoridades judiciales y de policía cedieron al soborno y se corrompieron vendiendo su investidura y sus armas al mejor postor. Aunque todos estuvieran de acuerdo en que su función permitía elevar los precios de la yerba, se llegó a excesos que traspasaron ese límite de tolerancia y, por lo tanto, esa función. De otro lado, el colono comenzó a corromperse, y no sólo

por el consumo de la yerba sino, lo que era más grave, por el exceso de utilidades. Compraba con los primeros excedentes un sombrero, luego un revolver y un reloj, después una voladora o un «Ranger», y frecuentaba asiduamente los más costosos prostíbulos de Villavicencio. Es comprensible que un campesino que tiene tras de sí años de privaciones y que de golpe se ve dueño de recursos que no había soñado tienda al despilfarro más escandaloso y al desinterés más absoluto por la lucha política. Luis Eduardo está convencido, por ejemplo, de que tanto la marihuana como la coca han sido «recursos estratégicos conscientemente utilizados por los Estados Unidos para envilecer al campesino, introduciendo la desmoralización y la desorganización en sus filas».

El aumento de la represión, la desmoralización y la persecución al campesino crearon las condiciones para el surgimiento de un frente de las FARC en la zona de Vista hermosa. Hay que recordar que la colonización de toda esta vasta región había sido organizada y controlada por los aparatos de autodefensa desde la época de la Violencia. Y así, el 7 de marzo de 1978 el séptimo frente de la mencionada organización se tomó a Vista hermosa e impuso una legalidad y un orden diferentes.

Poco tiempo después la bonanza de la marihuana entró en crisis y la agricultura de colonización tornó a Vista hermosa, dejando un latifundio ganadero hecho a la sombra del narcotráfico y de la compra forzada de mejoras. La crisis de la marihuana, «la destorcida» de la bonanza, obligó a cientos de campesinos a vender a menor precio sus mejoras y a abandonar el campo. Muchos, como Luis Eduardo, se dirigieron al Guaviare, donde la coca comenzaba a forjar un nuevo sueño.

Entre Puerto Morcilla y Calamar hay unos treinta kilómetros, seis horas largas a pie. Mientras Luis Eduardo nos relataba su historia, nosotros manteníamos un inquebrantable silencio, no sólo para oírlo sin perder palabra sino para ahorrar el máximo de energía en esa travesía que amenazaba por ser eterna. Poco a poco fuimos notando que la gente andaba armada sin disimulos. Cada transeúnte llevaba a la vista del público su pistola o su revólver. En los muchos fundos que bordean la trocha se leían avisos de rifas de una P-38, de una Walter, de un Smith. Los sorteos eran diarios y se observaban rigurosamente las reglas.

3

A las seis de la tarde llegamos a Calamar. La policía nos vio pasar sin inmutarse y sin interrogarnos. El vacío nos causó sorpresa puesto que desde la salida del mismo San José, en todos los retenes nuestro atuendo había llamado la atención y nos habían requisado minuciosamente. En Calamar la policía no acostumbra preguntar nada a nadie, nos explicaría con desdén alguien más tarde, porque ella se halla reducida —subrayaría— a cuidar el sitio donde duerme y a cobrar los impuestos de salida en el aeropuerto.

Frente al cuartel de la policía se levanta el barrio más agitado de Calamar: la zona de tolerancia. Se calcula que prestan sus servicios unas quinientas mujeres, de las cuales tienen carné de salud, porque lo exige el cliente, unas trescientas de ellas, nos ilustraba el médico. Ciento cincuenta tienen enfermedades venéreas. El último despacho de Cantrex que el Servicio Seccional de Salud hizo para Ca-

lamar fue de quinientas inyecciones. Esta droga es usada en casos crónicos considerados incurables por otro medio.

En Calamar todo sorprende, desde su nombre de molusco hasta los precios. Una gaseosa cuesta ciento cincuenta pesos; una cerveza, doscientos; un galón de gasolina, mil; una «bandeja», ochocientos, y una mujer diez mil. Es decir, exactamente diez veces el valor de estas mercancías en Bogotá. El jornal promedio es de tres mil pesos. Con este nivel de precios nadie puede extrañarse de que en la región sólo se pueda producir coca. El resto de los cultivos no son rentables con el nivel general de precios predominante en el mercado local. El transporte de una tonelada vale, de Calamar a San José, diez mil pesos.

Por otra parte, los precios vigentes en Calamar dan cuenta del efecto distributivo de la bonanza. No es sólo el cultivador de coca el que obtiene ganancias extraordinarias; son también los comerciantes de toda índole, los transportadores, los pequeños artesanos, los funcionarios públicos y todo el mundillo de pícaros que acompaña los auges económicos. Por esta razón, hay una complicidad tácita, una solidaridad a toda prueba con el negocio de la coca, al que nadie es ajeno. Hasta el cura decidió construir una iglesia nueva. Hay unos pocos colonos de estirpe campesina que cultivan plátano, maíz, cacao y en ocasiones crían cerdos, unas veces para vender a precios también exorbitantes, y la mayoría para amortiguar el costo de reproducción de la mano de obra familiar. Como en todas las zonas que visitamos, hay también algunos empresarios que han comenzado a reinvertir sus ganancias en la finca, haciendo potreros para la crianza y engorde de ganado, sobre todo a raíz de la crisis de la coca en 1983.

Cuentan que en julio de 1982 el kilogramo de base, que se estaba vendiendo a ochocientos mil pesos, llegó a pagarse a un millón de pesos. Precios excelentes, ya que los costos de producción por hectárea no excedían los doscientos mil pesos y una hectárea producía normalmente un kilo cada tres meses. Estas óptimas condiciones impulsaron la siembra masiva y rápida de cientos de hectáreas, pero seis meses después el precio comenzó a descender aceleradamente. Hacia enero del 83 se podía comprar bazuco a doscientos mil pesos el kilo y en mayo había bajado a ochenta mil. El negocio estaba en bancarrota, los cultivadores y los comerciantes en quiebra. Las chagras se abandonaban, el pueblo empezó a quedarse solo. El transporte aéreo, terrestre y fluvial se redujo drásticamente. Apenas salían cinco vuelos diarios. Los camiones no volvieron a llegar. Las canoas se balanceaban amarradas unas con otras en el puerto. Los depósitos de alimentos, los almacenes y las cantinas cerraron puertas. Las muchachas de la zona de tolerancia fletaron un avión para trasladarse a Bogotá. Los policías, según dicen, volvieron a cobrar sus sueldos regulares, que antes endosaban al jefe de personal de la institución como contraprestación por el nombramiento en Calamar. El desempleo y el hambre comenzaron a dibujarse en el horizonte y, como todo desajuste económico abrupto trae consecuencias sociales imprevisibles, la violencia, siempre presente, salió a la superficie. La escasez de dinero transformó los créditos en deudas morosas, que se saldaban a tiros; los asaltos, rencores y venganzas hicieron de Calamar un infierno.

La crisis permitió la compra, a gran escala y a precios bajísimos, de bienes raíces tanto urbanos como rurales. Lo mismo sucedió con los implementos que hacían posible an-

tes el florecimiento del negocio: motores, canoas, camiones, plantas eléctricas, equipos de sonido, mesas de billar, etc. Los pocos compradores hicieron su agosto. Los colonos vieron que se derrumbaba ante sus propios ojos una forma de producir dinero y de consumir que se les antojaba invulnerable. Debieron, como dice la Biblia, «arrepentirse» de no haber continuado sembrando el plátano, el maíz, la yuca, la caña. Los pocos que no habían concentrado todo su esfuerzo en la coca, y que eran los mismos que habían vivido y padecido la bonanza y ruina de la marihuana, sirvieron de ejemplo y de modelo: fueron los únicos que lograron sortear mal que bien la crisis. Con la rudeza de un golpe imprevisto, los colonos experimentaron en carne propia el peligro de una economía rutilante.

Sin embargo, el asesinato del Ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, y la política de represión al narcotráfico a que dio lugar, recuperaron los precios de la mercancía instantáneamente. El día que enterraron al ministro, el kilo se cotizaba a doscientos mil pesos; una semana más tarde, alcanzaba niveles de ochocientos mil pesos. El gobierno y las presiones del embajador de los Estados Unidos, sin proponérselo, reanimaron el cadáver del narcotráfico y le infundieron la vitalidad necesaria para un nuevo ciclo de manos llenas. La actividad febril volvió a Calamar.

Hubo días en que llegaron ciento cincuenta vuelos, uno cada cuatro minutos. Los locales urbanos volvieron a arrendarse por centímetros cuadrados, los motores de las canoas, de los camiones y sobre todo de las motosierras interrumpieron de nuevo el silencio de la selva. Los «abiertos» se transformaron otra vez en «chagras». Las «muchachas» volvieron con su provocadora algarabía. Los «muchachos» reanudaron su discurso político interrumpido.

Durante tres días hablamos en Calamar con mucha gente. Visitamos chagras, asistimos al procesamiento de la hoja que, entre paréntesis, se lleva a cabo en una esquina del desmonte y se realiza con los instrumentos y la tecnología más pedestres: unos metros de tela plástica, unos recipientes, sal liviana, gasolina o cemento, permanganato y agua. Estos son, nos decía un colono, «los sofisticados laboratorios —enfaticó sarcásticamente el adjetivo— que la policía nos coge. Lo que nunca dicen es que se roban la mercancía, el oro que uno tiene, los billetes que encuentran y hasta las gallinas que se les atraviesan». Los colonos carecen de malicia en el trabajo de la coca, lo hacen con naturalidad y no esconden secretos. Cualquier observador puede ver cómo circulan desaprensivamente llevando los «colinos», la gasolina, la sal. En general son francos y cordiales. Cuando saben que el interlocutor no es de la policía ni informante hasta llegan a invitarlo deferentemente a vincularse al negocio. En cambio, los empresarios, es decir, aquellos cultivadores o financistas en gran escala, son más recatados y ásperos. Suelen andar acompañados de escolta y no disimulan su agresividad. Muchos de ellos son agricultores o ganaderos de fuera de la zona, profesionales universitarios o comerciantes que se distinguen claramente del colono que ha arrastrado su miseria selva adentro.

No obstante, unos y otros accedieron a responder nuestras preguntas, «eso sí, sin grabadora». En general, los colonos de Calamar son de origen campesino. Algunos nacieron en áreas de minifundio, otros en zonas de colonización; casi todos han sido colonos fracasados y algunos pocos llegaron antes de la bonanza. Su aspiración manifiesta, sobre todo después de la crisis, es acumular un capital que les

sirva como «base» — así le llaman — de una economía más sólida. La coca la asumen como la oportunidad de hacer ese capital y, hoy, algunos han logrado acumular excedentes que han invertido en ganadería, cacao, caña, usualmente los únicos renglones que tienen arraigo en la región y que han arrojado utilidades en épocas de depresión y aun en forma complementaria al régimen económico surgido de la hoja.

A raíz de la crisis, las FARC adoptaron medidas destinadas a evitar que los colonos dilapidaran sus extraordinarios ingresos en actividades improductivas o en consumos suntuarios. También buscaron menguar el costo de reproducción de la mano de obra, ampliando el segmento del capital productivo y, por otra parte, impidieron que una baja radical de los precios se transformara en depresión generalizada, hambre y emigración. Los «muchachos» impulsaron, por ejemplo, que en los territorios por ellos controlados se cultivaran tres hectáreas de comida (yuca, plátano) por cada hectárea de coca. La determinación tenía, evidentemente, fundamentos políticos y militares, porque las guerrillas necesitan alimentarse y, además, ejercer influencia ideológica y organizativa sobre la masa campesina. Es su razón de ser. Pero, por otro lado, la medida expresaba la más genuina y astuta economía campesina de colonización, que implica «guardar comida para los ratos de hambre». El colono campesino conoce realmente la ecuación trabajo-subsistencia como ninguno; sabe que su reproducción económica, social y aun biológica depende de lo que sea capaz de arrancarle a la selva por medio del trabajo; conoce el valor de sus brazos, y ha sentido en su cuerpo los «garrotazos de la falta de sopa». Por esta razón, la medida ha sido acogida con fervor y entusiasmo por parte de ellos.

Los empresarios del narcotráfico, por el contrario, tienen reservas al respecto. Ciertamente, la medida rebaja el costo de la mano de obra o permite amortiguarlo, pero también limita la fuerza de trabajo disponible para las labores de la coca habida cuenta de la «obligación agrícola», como la denominan. Lo que se gana por allí se pierde por acá, dicen. Naturalmente, lo que rechazan es que deben también —y la coerción es un hecho fehaciente— cultivar comida y distraer, de esta manera, parte de sus recursos en inversiones que no tienen las mismas tasas de beneficio que la coca, por lo cual afirman que preferirían pagar un impuesto de guerra equivalente al costo de la obligación. En el fondo lo que los empresarios rechazan es, sin lugar a dudas, la existencia de normas de estricta observancia en un territorio sin dios, sin rey ni ley. Hay un no sé qué de reivindicación libertina detrás de la inconformidad, y en sus protestas se aloja una voz que reclama la presencia del Estado, que saben corrompible, para que ponga fin a «los abusos y recortes de la libertad» impuestos por las FARC.

Por último, para los comerciantes la medida es francamente abusiva. No sólo atempera la oferta de bazuco sino limita el mercado de alimentos. Porque el comprador de bazuco, como se sabe, suele ser el mismo vendedor de mercancías corrientes, de alimentos e insumos; la fuente de ganancia es doble y doble también la ganancia extraordinaria.

La violencia que generó la crisis llevó a las FARC a tomar otras medidas de inequívoca trascendencia en presencia de asambleas vecinales. Se prohibió el consumo del bazuco o el pago en especie, lo que era más o menos análogo, y se impuso el extrañamiento de «los matones, los ladrones y los sapos».

Antes de la crisis, el pago en bazuco a los raspadores era la norma. Los empresarios, para evitar el transporte de grandes sumas de dinero, pero también para rebajar los costos de la mano de obra, resolvieron pagar con la misma mercancía. Era una forma de atar al trabajador mediante su adicción a la droga que el patrón le proporcionaba y de obligarlo a caer en un círculo vicioso de deudas contraídas por la necesidad de dinero líquido. Cientos de raspadores fueron asesinados por romper esta cadena. La explotación de los trabajadores era despiadada. Las guerrillas reaccionaron ante esta modalidad de explotación no sólo por lo que ella significaba en términos de los principios que defienden, sino porque arruinaban física y moralmente a un sector social óptimo para el reclutamiento de sus cuadros.

La crisis, como se afirmó, desató una ola de violencia sólo comparable a la que existía en la época en que se inició el negocio, cuando se trasladaron al Guaviare las bandas de esmeralderos. La violencia inicial fue controlada a sangre y fuego por las FARC, debido a que la mayoría de las víctimas eran colonos fieles e inermes. Además, como se sabe, todo poder que aspire a perpetuarse debe comenzar ejerciendo el monopolio sobre la violencia. Este primer paso fue extremadamente sangriento y terminó con el predominio de las guerrillas frente a las «cuadrillas de Otanche», en cierta medida apoyadas por comerciantes locales. En muchos casos se llegó a pactos impuestos por los más fuertes y se hicieron acuerdos amistosos. No obstante, quedó el rescoldo y, con la crisis, el orden logrado se quebró y la violencia indiscriminada volvió a abrirse paso. El deterioro era evidentemente nocivo para las FARC y entonces se decretó la liquidación de los matones, medida aplaudida

frenéticamente por los comerciantes. Cuando aquellos se acabaron, la medida se cambió por la del extrañamiento. Hoy, ciertamente, todo el mundo anda armado, pero el fuego debe ser muy bien justificado y medido. En esto no cabe excepción. Tan es así que la policía prefiere salir desarmada a la calle para evitar problemas.

La inseguridad y el robo fueron desde el comienzo un problema grave que debían afrontar los cultivadores, los comerciantes y los transportadores. La movilización de grandes sumas de dinero, de bazuco y en general de mercancías se veía afectada y las ganancias menguadas. La solución fue, en un primer momento, la organización de grupos armados para garantizar el tránsito sin sobresaltos ni pérdidas. No obstante, la medida, además de costosa, no resolvía colectivamente el problema. El grupo era fiel a su mentor pero era un peligro inminente para el resto, porque una vez cumplida su misión las armas quedaban a discreción de sus portadores. Las FARC, asumiendo el control del orden y proscribiendo el robo, crearon una atmósfera y unas condiciones que redundaban en beneficio de todos. La seguridad es hoy en aquel medio tan hostil una de las características más sobresalientes de la región. Vimos contar miles y miles de pesos sobre las cojas mesas de un cafetín pletórico de parroquianos sin que nadie se inmutara. Por último, la persecución y eliminación de los llamados «sapos», miembros reales o supuestos del servicio de inteligencia del ejército y de la policía, no necesitan una mayor explicación. Siendo el negocio de la coca y las guerrillas actividades ilegales y teniendo, en este sentido, un enemigo común, es claro que unan esfuerzos para prevenir un ataque militar y que busquen ejercer el mayor control territorial posible. Es verdad

que la policía realiza un trabajo de hostigamiento e intimidación aérea frecuente. En ciertas oportunidades los helicópteros queman una plantación o incautan un cargamento, pero estas labores se asumen como costos rutinarios y, en algunos casos incluso deseables: contribuyen a limitar la producción y, por tanto, a impedir el abarrotamiento del mercado.

En otras palabras, las guerrillas en la región constituyen el poder local real, efectivo y cotidiano. El vacío que deja el Estado lo suplen inmediatamente los irregulares (que ya no lo son tanto). Estos tienden al monopolio del uso de la violencia, condición de legitimidad históricamente reconocida de todo poder. Hay, desde luego, un código que preside tal monopolio, cuyas normas generales han sido ilustradas, y existe también, necesariamente, un conjunto de penas y sanciones, un código penal sencillo y elemental. En general, la primera transgresión acredita un llamado público y severo de atención; la reiteración es sancionada con el extrañamiento, y la tercera amerita la liquidación física. Hay matices y, desde luego, un análisis casuístico y un tribunal que oye acusaciones, descargos y juzga; aún más, está establecido el derecho de réplica y apelación. Con todo, es por supuesto una justicia sucinta.

De otro lado, como todo régimen existente, las FARC tienen, como se anotó, un sistema tributario que, hasta donde nos fue dado establecer, funciona en un amplio círculo. Oficialmente se llaman aportes y, se sostiene, son voluntarios. Como es obvio, acreditan derechos: el derecho a la protección del poder local y a ser cobijado por su código y su tribunal. Sin embargo, para entender el sistema expuesto recuérdese que buena parte de la colonización del Guavia-

re fue realizada bajo la forma de autodefensa o bajo la forma de sindicatos agrarios, organizaciones que tienen una larga trayectoria y una legitimidad bien ganada como garantes de la vida y del trabajo del colono campesino²⁸.

No así la colonización empresarial, que se basa en fuerzas, dinámicas y alcances distintos. Dicho sea de paso, entre estas modalidades de colonización, por su naturaleza, métodos y composición social, existe un conflicto que aparece superficialmente zanjado. El ejército y la policía están ansiosos de participar en la bonanza, tienen las armas legales y reales para hacerlo y bien pueden entrar a terciar entre los colonos empresarios y los colonos campesinos a favor de los primeros para con esta fuerza caer sobre los segundos. La lucha contra el narcotráfico puede ser la oportunidad de desatar una guerra de consecuencias imprevisibles para el país. Esto queremos dejarlo claro y explícito, aunque sea hoy por hoy una voz solitaria e impopular.

Los días pasados en Calamar fueron extenuantes. Nos asomamos a un mundo alucinante y maravilloso. Vimos tantas cosas, oímos tantos relatos y vivimos tantas experiencias que pronto este cúmulo desbordó nuestras posibilidades de asimilación y nos sentimos abruptamente fatigados. Cala-

²⁸ «Las diversas acciones o delitos que la guerrilla emprende contra los grandes hacendados se presentan, así, como actos de reivindicación social que producen enorme impacto en las poblaciones campesinas y, dependiendo de las circunstancias, logran de ellas actitudes de simpatía, solidaridad y apoyo», dice Fedegán al analizar los factores de persistencia de la guerrilla rural en Colombia, sobre todo en zonas de colonización. Fedegán, «Bases para la formulación de una política de desarrollo en regiones ganaderas de violencia social», mimeógrafo, Bogotá, julio de 1982.

mar se nos presentaba como un verdadero país, como un país extraño y, sin embargo, nada nos era ajeno. Allí se encuentran las mismas fuerzas que estructuran el país total, al que estamos acostumbrados, pero se expresan con una nitidez y una desenvoltura que agobian y alarman. El futuro de las zonas de colonización, y de buena parte del país agrario, se desenvolverá dentro de las coordenadas básicas que enmarcan a Calamar. En el fondo fuimos testigos excepcionales del porvenir. Con esta certeza, nos despedimos de Luis Eduardo y de todos aquellos que contribuyeron a correr el velo.

CAPÍTULO V Puerto Nuevo

No nos costó trabajo conseguir cupo para viajar por avión de Calamar a San José: se contrató el viaje directamente con el piloto y se le pagó en efectivo. Había cuatro policías a quienes el pasajero debía mostrar la cédula. Ellos apuntaban los datos mientras preguntaban: «¿Para dónde va el señor?». Y como si se tratara de cualquier aduana: «¿Qué lleva el caballero?». Ignoro si es en ese momento cuando se hace el «arreglo» lo que sí es a todas luces manifiesto y extravagante es la cantidad de oro que se cuelgan los agentes: seis a ocho gruesas cadenas de oro, anillos en cada uno de los dedos y un reloj también dorado: 350 gramos por lo menos. Al oro lo llaman el achote y, según puede uno colegir, tiene varias funciones. De un lado, es un símbolo de prestigio evidente; de otro lado, es la confesión tácita de la complicidad con el negocio. El traficante corriente quiere decir con su oro en el cuello que está dispuesto a pagar con el metal cualquier soborno (impuesto, como se llama), y si el oro lo luce la autoridad significa su disposición a aceptarlo. Por lo demás, el oro resuelve algunos problemas técnicos: transportar dos millones en billetes es más difícil que llevar al cuello unas cadenas y regalar un dije es más sutil que pagar en dinero.

En el aeropuerto estuvimos veinte minutos, lapso en el cual salieron tres vuelos y llegaron otros tantos. Comprobamos que no era una cifra exagerada la que nos habían dado: de Calamar salían sesenta vuelos diarios. Si se tiene en cuenta que el pueblo no supera las trescientas casas, es decir unas dos mil personas, o menos, y que cada vuelo transporta tres o cuatro pasajeros, es decir, doscientas personas en promedio, se puede concluir que el diez por ciento de la población vuela diariamente. Esta relación en Bogotá significaría unos quinientos mil pasajeros diarios. Ahora bien: ¿para dónde van tantos vuelos? el setenta por ciento tiene como destino San José; el veinte por ciento Villavicencio, y el resto aterriza en aeropuertos privados, la mayoría situados en el Llano.

1

En San José nadie nos requisó. Pasamos frente al retén de policía y sólo nos preguntaron de dónde veníamos. Respondimos que de Calamar y nos hicieron una señal de aprobación y connivencia no exenta de respeto y hasta de cierta envidia. Contrasta esta conducta de la policía con la rigurosa inspección a que es sometido todo pasajero que llega de Bogotá.

En San José no nos detuvimos mucho tiempo. Miguel estaba ansioso de continuar el viaje. Mientras hacía los arreglos necesarios lo esperábamos en un bar al lado del río. A la hora estábamos cómodamente sentados en una voladora de línea, de fibra de vidrio, con un motor de ciento cincuenta caballos de fuerza, pasacintas y cuarenta asientos.

El pasaje hasta El Raudal, primera estación de nuestro nuevo itinerario, valía mil doscientos pesos y el viaje duraba menos de una hora: el *comfort* y la velocidad se pagan caro. Muchos pasajeros eran comerciantes de «merca». Se distinguían, como los policías sobornables, por la cantidad de oro que llevaban puesto y por un carriel, visiblemente lleno de dinero. Otros eran negociantes corrientes, y la mayoría campesinos colonos. Que un colono pueda pagar un ticket tan caro por un viaje tan corto lo convierte automáticamente en un posible cultivador de coca a ojos de cualquier desprevencido observador.

El Raudal es uno de los lugares más hermosos de la región y, sin duda, del país. El río Guayabero, que antes de entrar en la angostura tiene trescientos o cuatrocientos metros de ancho, queda reducido a cincuenta o sesenta. ¿Cuál es la profundidad del río en este paso? Algunos dicen que tiene cien o ciento cincuenta metros, aunque otros hacen cálculos más fantásticos. En el mapa de Recursos Hidroeléctricos del Instituto Geográfico Agustín Codazzi aparece en este sitio la posible presa de Yaikirán, con un potencial de 1.005 megavatios, es decir, una hidroeléctrica similar al complejo de Urrá; o, para decirlo de otra manera, una hidroeléctrica capaz de producir energía para una ciudad como Bogotá.

El pueblo queda situado a orillas del río pero sobre la falda de la serranía llamada de San José, que allá se interrumpe abriendo la formidable garganta, de manera que al llegar se ven las construcciones como colocadas en una galería. No hay, por lo tanto, calles regulares. Las vías forman un caprichoso laberinto a distintos niveles, cubiertos por palmeras. Casi desde cualquier casa se ve el río. No es gra-

tuito que los indígenas primitivos hayan escogido un punto tan bello para dejar sus testimonio en las pinturas rupestres²⁹.

A las once de la mañana, hora en que llegamos, todo era agitación. La gente se movía con rapidez; los interesados en el negocio eran muchos; se salía y se entraba de las casas con una frecuencia inusitada; en el puerto se cargaban y descargaban falcas y canoas a una velocidad sorprendente. En los bares, los altoparlantes gritaban a voz en cuello música mexicana, circulaban vendedores de buñuelos calientes, de baratijas, de relojes y cadenas de oro, de cosméticos, de boletas de rifas locales, de cigarrillos y paletas. Los vendedores casi todos eran niños: nadie debe dejar de ganar en este torrente de dinero.

Mi compañero y yo nos sentamos en un bar desde donde podíamos observar todo el movimiento de la colmena, mientras Miguel hacía los «contactos» necesarios para continuar el viaje. Al principio de la larga espera despertamos una gran expectativa. La gente creía que éramos dos nuevos comerciantes y pasaba a nuestro lado una y otra vez, invitándonos sigilosamente a que rompieran nuestra prolongada indiferencia con una oferta. Poco a poco el interés comercial que alebrestamos fue convirtiéndose en interrogante, dado nuestro mutismo. Nos fuimos transformando a sus ojos en sospechosos y su actitud, naturalmente, se fue tornando hostil. Ya no nos miraban de frente y el garitero dejó de atendernos. Nuestro prestigio inicial se erosionaba por segundos. Estábamos a punto de ser condenados

²⁹ Cfr., Mr. Bischeler, Helena y Pinto, P., «Pinturas y acuarelas rupestres en la Serranía de La Macarena», *Lámpara*, Nos. 14 y 15, 1959.

cuando apareció Miguel. Venía acompañado de un «compañero».

Nos presentó como dos «amigos» interesados en entrevistar a Hermides, el comandante del Séptimo Frente. Él, a su vez, se identificó como «Federico, un compañero más». Federico debía tener unos veintidós años. Alto, fornido, correctamente peluqueado y afeitado, camisa blanca impecable, pantalón azul, botas lustradas. Nos transmitió automáticamente su serenidad y, sin solemnidades, nos dijo que no podríamos continuar el viaje sino hasta la mañana siguiente, pero que podíamos alojarnos en la pensión Fujiyama esa noche y que todo corría por cuenta de ellos. Nos dio excusas por la incomodidad y se despidió cortésmente.

La deferencia pública con que fuimos tratados por Federico hizo que la presión que sentíamos se desvaneciera. Ello superó con creces la irritación que nos causaba la suspensión del viaje. La gente volvió a mirarnos. Su actitud cambió radicalmente. Ahora se dirigían a nosotros con respeto y con simpatía. El cantinero se nos acercó a ofrecernos nuevamente el servicio. Dos minutos después alguien nos ofreció aguardiente. El alma nos volvió al cuerpo.

A las siete de la noche nos dirigimos a la pensión Fujiyama. La atendía una mujer joven y desenvuelta. Nos pidió la cédula. Mi compañero, sorprendido y sarcástico, le preguntó si era para el registro de Corturismo. La mujer lo miró de arriba abajo y le dijo: «No, es para el comandante. El compañero manda todas las mañanas por el listado de pasajeros». Quedamos estupefactos. Tan estupefactos como cuando a la hora nos sirvieron la comida: pavo asado, ensalada, arroz y una copa de vino chileno, lamentablemente ácido.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, oímos una gritería. La gente corría hacia el río. En la red de un pescador había caído una pequeña tonina. Todo el mundo la quería no solo ver sino tocar. Era un suceso extraordinario. La gente quiere mucho las toninas y las respeta. No las pescan ni las comen y ellas responden siendo juguetonas, acompañando las canoas por trechos y, se dice, hasta ayudando a salvar a los niños que caen al agua. Con ellas se ha logrado establecer una comunicación, digamos humana, que produce una gran ternura.

2

De El Raudal salimos a las nueve de la mañana en una voladora de línea. El paso del estrecho es verdaderamente emocionante. La agitación de la partida dio paso a un silencio expectante y tenso. El agua corría con fuerza formando grandes remolinos que el piloto franqueaba con pericia. Los «muchachos» habían establecido un reglamento de tránsito que buscaba evitar accidentes. Las horas par eran para subir y las impar para bajar; toda embarcación debía salir con diez minutos de diferencia con relación a la precedente. La violación del reglamento implicaba sanciones que iban desde quince mil pesos hasta la retención temporal o definitiva del motor. Sobra decir que la autoridad vigilaba celosamente el cumplimiento de las normas. Con todo, los accidentes eran frecuentes y en invierno, cuando el caudal aumenta, el paso se volvía más peligroso. Decían que el número de ahogados iba en aumento. En este invierno pasado llegó a veinte. El tramo era corto y singularmente

bello. Pocos minutos después volvimos a encontrarnos un Guayabero lento y manso.

Tratábamos de hacernos una imagen física de Hermides. La monotonía del viaje nos llevaba a las más fantásticas divagaciones. Lo imaginábamos alto, flaco, con sombrero alón, barbado, tal vez con un pañuelo «raboegallo» al cuello, armado hasta los dientes: la imagen viva de Camilo Cienfuegos. Mientras tanto, a la orilla, la selva pasaba ininterrumpida. Los «abiertos» eran escasos. De trecho en trecho se veía un potrero con ganado. Contamos unas treinta casas. En contraste, nos cruzamos con no menos de cien naves, muchas de las cuales podían llevar veinte o veinticinco pasajeros.

Hermides es oriundo de la región del Caguán. Sus padres nacieron en Campoalegre (Huila), pero se casaron en Algeciras. Allí habían emigrado en la época de la Violencia, logrando hacer una buena finca que pronto debieron abandonar. Se dirigieron entonces al otro lado de la cordillera, a Puerto Rico (Caquetá), donde nació Hermides, sobre el río Riecito, afluente del Caguán. Sus tíos eran guerrilleros liberales y solían pasar por la casa de tarde en tarde. Hermides los admiraba y le gustaba limpiar sus armas. Sus padres perdieron una y otra vez las mejoras que habían logrado hacer. La primera finca, que ya alimentaba más de cuarenta reses, la vendieron a un doctor Jaramillo, quien les adelantó cinco mil de los cuarenta mil pesos. Pero después, ya posesionado, no volvió a pagar. El tiempo pasó y el nuevo dueño no cancelaba el saldo. Los padres de Hermides, que habían hecho un nuevo «abierto», decidieron retornar a su primitivo fundo, pero el doctor Jaramillo, alegando posesión, los hizo desalojar por la policía.

En el nuevo «abierto» la familia vivió del cacao y de la caza de tigrillos. Luego, poco a poco, hicieron potreros y metieron ganado. Entonces una nueva ola de violencia los obligó a vender a cualquier precio. Cuando no eran los guerrilleros, era el ejército el que llegaba. Cada bando los acusaba de colaboración con el contrario, hasta que la peligrosa inestabilidad los obligó a desalojar la región. Se trasladaron a Puerto Rico. Allí Hermides se ganó una beca gracias a los votos que su padre le consiguió al representante Turbay Turbay para salir electo a la Cámara. Después de las elecciones de junio de 1974 entró a estudiar en el Colegio Acevedo y Gómez. En seis meses aprobó primero de bachillerato y pasó a segundo. Era un joven estudioso y disciplinado. Sobresalía en todas las asignaturas y la dirección del colegio lo apreciaba grandemente, hasta el punto de que le ofrecieron una nueva beca para terminar los cursos. Pero cuando estaba empezando el cuarto año, la guerrilla de las FARC se tomó a Puerto Rico.

Miguel nos contaba estas historias de Hermides tratando de hacer más llevadero y agradable el viaje. A los lados, el paisaje no cambiaba: selva, pequeños «abiertos», selva, potreros, selva. El tráfico por el río se hacía cada vez más escaso y el ruido de nuestra voladora más monótono. Al atardecer desembarcamos en Puerto Nuevo.

El poblado no tiene sino ocho casas, cinco cantinas, dos restaurantes y una sastrería, pero llegan y salen cientos de personas. Los sábados y domingos hay ventorrillos donde venden baratijas, cosméticos, ropa. Veinte minutos después de haber dejado la voladora ya habíamos recorrido el pueblo y nos habíamos familiarizado con él. El comandante había abandonado el lugar una hora antes de

nuestra llegada. Durante las siguientes cuarenta y ocho lentas horas recorreríamos de arriba abajo este espacio, nos sentaríamos en cantinas, preguntaríamos por los precios de todas y cada una de las mercancías que se ofrecen, cambiaríamos alternativamente de restaurante y observaríamos el hilo y la aguja del paciente sastre. Hablaríamos con Miguel hasta la intimidad y oiríamos rancheras desde las siete de la mañana hasta las doce de la noche, hora en la cual se suspendía cualquier actividad en Puerto Nuevo, por órdenes superiores —nos aclararon—, disculpándose los administradores.

Salvo la extensa entrevista con Miguel, nos abstuvimos —por cortesía y precaución— de entrar en detalles con los «muchachos», hasta tanto no haber hablado primero con su comandante. Los «muchachos» tenían aquí, naturalmente, mayor presencia que en El Raudal. Sin excepción eran jóvenes entre dieciocho y veintidós años, fornidos, ágiles, bien vestidos, bien afeitados. Estaba prohibido llevar la camisa por fuera del pantalón. Tenían una estrecha y constante relación con los habitantes de Puerto Nuevo. El trato era amigable sin llegar a la compinchería. La gente los respetaba y los quería. Resolvían todos los problemas que pueden ocurrir en un pequeño pueblo, desde peleas de comadre hasta diferencias de linderos. Llevaban a cabo programas de salud pública y campañas de alfabetización, usando para tal efecto los materiales que el gobierno distribuye. Los precios de los artículos eran controlados y, por lo tanto, las ganancias; la acumulación de capital o de tierra tenían límites determinados aunque, dado el desarrollo de la región, generosos. Los «muchachos» entraban y salían del puerto continuamente.

Algunos se veían fatigados hacia la tarde; otros permanecían todo el día hablando con la gente. En la noche no pocos bebían aguardiente y oían, como todo el mundo, rancheras. Excepcionalmente alguno tomaba ron y pedía un vallenato. Compartían con la gente la mesa sin exclusiones y se divertían con temas intrascendentes. No oímos nunca una conversación abiertamente política. Sólo en una ocasión le llamaron la atención, pública y severamente, a un parroquiano que se había excedido en el alcohol. La reprensión incluyó un discurso político moralizante y pacato. En los bares el consumo de licor era continuo y desde luego había gente que se emborrachaba. Esto no era sancionable; lo que los «muchachos» reprimían era el hábito, nos aclararon.

Las relaciones entre «compañeras» y «compañeros» eran, nos pareció, muy cordiales. Algunas se tornaban con frecuencia, a veces temporalmente, amorosas. Había niños nacidos en la guerrilla. Nos contaron, por ejemplo, el caso de Abelardo, una criatura cuyos padres murieron en un combate, quedando huérfano a los cuatro meses. El niño creció prácticamente en un morral, de un lado para otro, oyendo las crónicas de los combatientes y soñando siempre con manejar un G-3. los noviazgos entre los «compañeros» son aceptados y respetados. Terminan, si hay interés mutuo, en lo que se llama una «socia», que equivale al matrimonio, y esporádicamente dan lugar a una familia común y corriente, habida cuenta de las circunstancias que rodean la vida militar.

Las primeras doce horas en Puerto Nuevo nos resultaron divertidas. Era la primera vez que estábamos en un territorio ampliamente controlado por la guerrilla. Obser-

vábamos con cuidado el movimiento del pueblito, tratando de no perder detalle alguno. A las 24 horas nos habíamos habituado a todos y cada uno de los personajes y a las 48 horas —desesperados— nos habíamos puesto un plazo definitivo que pusiera fin a nuestra espera.

Cuando éste se cumplía, llegó Hermides. No llegó —como lo esperábamos— montado en un caballo negro, ni traía cananas al cinto, ni fusil en bandolera. Tampoco usaba sombrero negro alón, ni era alto, ni delgado, ni cetrino. No usaba pañuelo «raboegallo» ni tenía movimientos felinos. Era un hombre pequeño, macizo; los brazos parecían salirle de las orejas, llevaba una gorrita con la propaganda comercial de Eduardoño (uno de los distribuidores de motores fuera de borda) y sus ojos miraban dulces y tímidos. Sonreía cada vez que hablaba. Barba no parecía salirle. Llevaba un bordón delgado que le daba una cierta agilidad y autoridad a su conversación, por lo demás fluida y sin estridencias. No empleaba términos militares ni políticos; discurría en lenguaje campesino, aunque se distinguía en él cierta ansiedad y compostura de niño aplicado. En síntesis, la imagen más alejada de lo que popularmente se puede esperar de un comandante guerrillero. Lo llamaban cariñosamente «El Cucho». Cumplía veintiocho años el día que lo entrevistamos. Tenía bajo su «jurisdicción» un territorio que iba desde Cachicano hasta el caño Makú y desde El Retorno hasta la margen derecha del Guaviare: 48.000 almas.

Puerto Nuevo, a diferencia de El Raudal, presenta poco movimiento fluvial. Las voladoras no se detienen siempre, y las falcas o botes de carga llegan cada ocho días trayendo cerveza y gaseosa, que se toma en grandes cantidades. Cuando las falcas suben son también almacenes ambulantes.

tes y venden a los ribereños toda clase de mercancías: cigarrillos, ropa, galletas, aceite, sal, panela, fríjol, periódicos atrasados y fotonovelas de amor. Cuando las falcas bajan, compran los pocos productos que se cosechan: plátano, unas arrobas de yuca, maíz y pescado seco. Los cerdos —que es el producto más comercial— y el ganado se venden a mercaderes especializados. El costo de transporte es excesivamente alto. Llevar una carga de diez arrobas de Puerto Nuevo a San José vale dos mil quinientos pesos. El precio de los combustibles, y sobre todo de la gasolina, es prohibitivo, dada la demanda de este insumo en todo el Guaviare.

La mayoría de los combatientes son jóvenes campesinos o muchachos del pueblo que han abandonado el colegio para unirse a la guerrilla. Hermides, por ejemplo, cursaba el cuarto año de bachillerato cuando una madrugada escuchó unos tiros. Creyó que se habían adelantado las fiestas del pueblo, miró por la ventana y vio el desarrollo de la toma de Puerto Rico (Caquetá). Los guerrilleros se apostaron en los sitios estratégicos, atacaron el cuartel de la policía, a la que redujeron sin dificultad, y luego congregaron a la población en la plaza. Allí escuchó por primera vez un discurso político diferente a los que le oía al representante Turbay cuando su padre lo llevaba a engrosar las manifestaciones electorales de este caudillo. Hermides no entendió mayor cosa, pero se le quedó grabada la imagen de una operación que con el tiempo se le volvería rutinaria.

Aquel día, una vez retirados los asaltantes, se decretaron vacaciones escolares. Los internos regresaron a sus hogares mientras los aviones lanzaban tropas antiguerrilleras en paracaídas. Cuenta Hermides que llegando a su casa se topó con los «muchachos» y que ellos le solicita-

ron colaboración para acarrear las vituallas obtenidas durante la toma. Él los ayudó e hizo varios viajes, pero en el último se encontró de manos a boca con el ejército. Huyó en medio de una lluvia de balas, mas la suerte lo ayudó y salió ileso. En ese momento —cuenta— deseó «tener por primera vez un fusil para responder». Tal fue su primer encuentro con la guerrilla y, al mismo tiempo, con el ejército. Pasaron algunas semanas y volvió al colegio, aunque mantenía relación con la guerrilla. Un buen día solicitó ingreso. Le contestaron que le daban seis meses para reflexionar y meditar sobre el paso que iba a dar. Cumplido el plazo lo admitieron. El día que llegó al comando, las FARC se habían tomado a Vistahermosa y en el ataque había muerto Hermides Lozano. Por esta razón adoptó el nombre de guerra con que es conocido públicamente.

El caso de Hermides no es excepcional. Los «muchachos» con los que hablamos nos relataron experiencias similares: amigos comunes, familiares, profesores, situaciones fortuitas, aventuras, son todos medios de acercamiento y enrolamiento en las guerrillas. Hay, sin embargo, un crecido número de guerrilleros cuyos padres, hermanos o tíos fueron combatientes en el Tolima o en el Sumapaz, y muchos participaron en la Columna de Marcha. Bien vistas las cosas, conforman una verdadera casta de guerreros que lleva años de lucha. Nacieron en ella y en ella se criaron. Son una tropa de élite que conoce desde la cuna todas las privaciones y secretos del combate. Su enemigo es el mismo de sus padres y hasta de sus abuelos.

No necesitan la teoría de la lucha de clases para justificar su enfrentamiento. Sus familias pelean y huyen hace cuarenta años. Para ellos, los pactos firmados con el go-

bierno no son la primera experiencia de paz y no quieren que sea la última, aunque muchos la ven como una táctica dilatoria que se derrumbará tarde o temprano. Hermides cree, por ejemplo, que mientras en las comisiones de paz y cese al fuego no esté representado directamente el ejército y se obtenga de éste un compromiso, las negociaciones están condenadas al fracaso puesto que los acuerdos se suscriben con personas que no tienen las armas.

Nos ilustró con múltiples anécdotas la disposición de las FARC hacia la paz, tema que quería subrayar ostensiblemente. Hacía tres o cuatro meses el ejército, acantonado en La Macarena, había comenzado a desplazarse siguiendo el rumbo del Guayabero. Al comando guerrillero las noticias llegaron antes de que la tropa hubiera recorrido los primeros kilómetros y se dio la orden de no obstaculizar el movimiento. Las guerrillas debían limitarse a vigilar de cerca al ejército. No obstante —nos aclaró Hermides—, la tropa no sabe conducirse bien con los campesinos y al día siguiente ya estaba haciendo desmanes y cometiendo atropellos. Al soldado —sostiene— no lo respetan los superiores. Lo humillan, lo ultrajan, lo tratan como a un ser torpe e inferior y, sobre todo, no lo alimentan, de suerte que a la primera oportunidad que se presenta se desquita con la población civil, maltratándola y robándole comida. Las guerrillas decidieron, entonces, detener el avance. «Algunos tiros fueron suficientes para que la tropa se enloqueciera. Eso sucede siempre —afirmó Hermides—. La tropa se desconcierta con facilidad y comete locuras».

En este punto nos relató varias historias de las que él había sido testigo o protagonista: los encuentros de Las Peñas, Loma Sola, La Travesía, El Tranvía. Cuando la gue-

rrilla obtiene un triunfo, el ejército responde con grandes operaciones de cerco y aniquilamiento cuyas víctimas, preferencialmente, son los campesinos colonos³⁰. El encadenamiento de encuentros que condujera a una operación de este tipo y que diera al traste con los acuerdos de paz fue lo que se trató de evitar con la primera toma de San José por parte de los colonos, que saben por experiencia que todo encuentro entre la guerrilla y el ejército desata acciones de gran envergadura. La Asociación de Juntas de Acción Comunal de Alto y Bajo Guayabero movilizó a sus afiliados. La magnitud y la disciplina de la marcha sorprendieron a los habitantes de San José una madrugada: catorce mil personas acudieron al llamado del sindicato. Llegaron en canoas, en voladoras, en carros, con niños y mujeres, gallinas y perros, para pedir la desmovilización del ejército y el apoyo del gobierno para desarrollar la región.

En el Guayabero predomina la colonización campesina. La colonización empresarial ha tenido poco éxito y el latifundio está prohibido por las organizaciones de labriegos. Todo colono —no importa su extracción— debe poner

³⁰ Las opiniones de Hermides coinciden en términos generales con las opiniones de Fedegán: «Un segundo factor de persistencia de la guerrilla es que tratada por medios estrictamente militares —como hasta ahora ha ocurrido—, a veces es peor el remedio que la enfermedad. Las guerrillas se presentan como la antítesis, para usar un término marxista, de las Fuerzas Armadas y en ocasiones, mal mucho mayor, pueden surgir a consecuencia de una dosis excesiva de remedios anti-insurgentes. El porqué de esta paradoja parecería encontrarse en el hecho de que la acción represiva de las Fuerzas Armadas se aplica en forma indistinta tanto a la población civil como a la guerrilla. Ambos sectores se convierten en objetivos militares». Fedegán, *op. cit.*, p. 6.

en producción la tierra que reclama en posesión. Los empresarios son admitidos con idéntica condición y los órganos de poder local se encargan de hacer cumplir la norma con rigurosidad. La coca es, ciertamente, el renglón de producción comercial por excelencia. Colonos y empresarios han aceptado sin protesta la decisión de las FARC y por cada hectárea de coca siembran tres de comida. Sin embargo, los costos de transporte impiden la comercialización de los productos agrícolas legales. Algunos han optado por la crianza y el engorde de cerdos, pero el resultado tiende a ser el mismo. Por ello, la petición fundamental del sindicato es la construcción de una carretera entre San José y Puerto Nuevo que rebaje el costo del transporte y contribuya a hacer rentable el trabajo del colono. El gobierno se ha negado a terminar la obra por considerar que ella se convertiría en un eje para fomentar la colonización de un área declarada reserva forestal, sin tener en cuenta que hoy existe una trocha casi terminada que une a La Macarena con Piñalito. Este *status* legal de la zona ha impedido el reconocimiento estatal de la posesión sobre la tierra y, por lo tanto, los programas de crédito y fomento, creándose un círculo vicioso difícil de romper. Sin embargo, la terminación de la carretera entre San José y el Guayabero, por la margen derecha, puede ser un principio de solución a largo plazo, al generar un foco de atracción colonizadora que alivie la presión sobre la reserva integral de la Macarena, como sostiene el sindicato. Por último, la cuestión de la falta de transporte fomenta, sin lugar a dudas, el cultivo de la coca y la tendencia a su ampliación, a pesar de las normas de las FARC y de la voluntad del colono de encontrar una alternativa productiva y rentable.

La primera movilización hacia San José asombró a la ciudadanía y aturdió a los políticos locales, que tuvieron ocasión de constatar la erosión de su poder electoral. Fueron catorce mil personas que observaron una conducta irreprochable durante doce días, a pesar de las dificultades y privaciones. Las Juntas de Acción Comunal mantuvieron un control absoluto sobre el movimiento y, para lograrlo, apelaron a todos los medios: cuentan que una tarde el ejército saltó la malla que rodea la concentración escolar de San José —lugar donde se alojaba la mayoría de los colonos—; al ser confirmado el hecho y ante la posibilidad de una reacción violenta, uno de los responsables de la movilización acudió al batallón y, presentándose al coronel, le dijo: «General, vengo a denunciar que se nos está infiltrando el enemigo».

Hermides nos relató la anécdota para finalizar la entrevista, celebrando toda la ácida ingenuidad de un hombre que había logrado movilizar una región entera. Esa misma tarde regresamos a San José, y a la mañana siguiente estábamos en Bogotá.

III PARTE

El cultivo de la coca en el Guayas no es el resultado de una improvisada explotación que emprendieron algunos empresarios del narcotráfico. Tiene, por el contrario, una larga e ininterrumpida evolución que ha ido pasando de a destripar a partir de numerosos testimonios que los protagonistas principales, los criollos, nos han transmitido. En un primer intento que está lejos de ser definitivo, pero que permite ya una aproximación a la historia del cultivo en su conjunto.

El cultivo de la coca cuenta con un fundamento objetivo vinculado intrínsecamente a la historia reciente del país, de la cual la orientación del movimiento agrícola y de la explotación de la Orinoquia y la Amazonia no es más que un resultado. Vergonzoso e incómodo, pero realista. No podemos hacer los pelos tratando de olvidar que el cultivo de la coca es una actividad legítima de la que todos los guayaqueños somos responsables. Cada uno de los actores involucrados en el drama tiene algo que decir, sus opiniones merecen ser escuchadas y tomadas en cuenta. No es una hora de silencio voluntario. Hoy debemos abrir los ojos para ver de frente lo que ha contribuido a formar.

El cultivo de la coca en el Guaviare no es el resultado de una improvisada y exitosa aventura que emprendieron algunos empresarios del narcotráfico. Tiene, por el contrario, una larga e intrincada evolución que hemos comenzado a desbrozar a partir de numerosos testimonios que sus protagonistas principales, los colonos, nos han transmitido. En un primer intento que está lejos de terminarse, pero que permite ya una aproximación analítica al fenómeno en su conjunto.

El cultivo de la coca cuenta con un fundamento objetivo vinculado íntimamente a la historia reciente del país, de la cual la colonización del piedemonte llanero y de la selva de la Orinoquia y la Amazonia no es más que un capítulo. Vergonzoso o heroico, pero nuestro. No podemos hacernos los pelos tratando de ocultar vanamente un proceso que es una criatura legítima de lo que podría llamarse nuestra «alma nacional». Cada uno de los actores involucrados en el drama tiene algo en lo que, silenciosamente, nos podemos reconocer. No es, pues, hora de sanciones morales. Hoy debemos abrir los ojos para ver de frente lo que hemos contribuido a formar.

La colonización rapaz que fue, como se vio, sangrienta y brutal, impuso al movimiento, desde sus comienzos, un espíritu que más tarde la coca simplemente retomó y utilizó. Ese espíritu se sintetizó en una institución que se llamó y se llama «el endeude». Ciertamente, «el endeude» no era una práctica exclusiva del negocio del caucho en el Amazonas. Se encuentra en todo proceso de colonización y para no ir hasta allá, hoy pueden observarse trazos suyos en las relaciones de cualquier tendero próspero con una clientela insolvente o, también, ¿por qué no?, en las relaciones de un gamonal con sus adeptos políticos. Lo que diferencia aquella forma de éstas es la institucionalización de la violencia como medio de garantía y sanción de la relación social. El «endeude» condensa y articula de una manera necesariamente coercitiva —puesto que los términos de la relación no son equivalentes— los medios y recursos de una economía natural con los fines y metas de una economía basada en el lucro privado. Es entonces un sistema de explotación abiertamente inequitativo y arbitrario, y contradictorio y contrahecho.

La coca comenzó a ser explotada mediante esta práctica económica y por ello no puede sorprender que la violencia acompañe al proceso en todos sus momentos y manifestaciones. Ella es el instrumento de esa forma de producción, y esto se vuelve aún más importante en la medida en que el Estado no puede entrar a mediar, ni a suprimir, ni a reglamentar una actividad reconocida por él mismo al margen de la ley. Dicha función, por lo tanto, la debe cumplir alguien, y en ese vacío se aloja y gesta un poder que desco-

noce y desafía al Estado con la complicidad tácita o explícita de toda la población vinculada al negocio.

La explotación de la coca no fue, sin embargo, idéntica a la del caucho. De un lado, el cultivo de la coca no era igual a la extracción de la siringa. El caucho, como se vio, explotó a una población indígena inerte material y culturalmente. Los empresarios de la coca, por el contrario, encontraron una población curtida y experimentada, familiarizada con la violencia, como todo campesino colombiano, y marginada de la economía central aunque aún no derrotada en su anhelo de ser libre. Esto la había conducido, precisamente, a la selva. Por tal razón, y debido a que la coca produjo desde el comienzo unos márgenes extraordinarios de rentabilidad, el colono logró retener en sus manos una buena parte de su trabajo como ganancia. El «endeude», entonces, no se perfeccionó, aunque su lógica presidiera el negocio y aunque la violencia lo sancionara. El colono, porque era arisco y quería a todo trance progresar, porque sabía manejar las armas y había adquirido sentido de la organización, fue un hueso duro de roer. Tenía un poder de negociación que no estaba al alcance del siringuero y ello le permitió participar en la bonanza en condiciones relativamente ventajosas, logrando una cierta acumulación que lo defendía del «endeude».

Por otra parte, el colono, por la condición anotada, pudo invertir directamente en el negocio, sembrar sus propios cocales, procesar la hoja, vender al mejor postor la pasta y reinvertir en un sector distinto, asegurando sus ganancias y sobre todas legalizándolas. Existen muchos colonos que llegaron a tumbar monte «solos con la hula» y hoy son dueños de ganaderías relativamente ricas, alcanzando la

meta que tan esquivas les había sido. En este aspecto, la decisión de las FARC de sembrar «tres hectáreas de comida por una de coca» responde, como dijimos, al más legítimo y astuto sentido económico campesino. Sin lugar a dudas es también uno de los fundamentos para declarar —como acaba de hacerlo el Séptimo Frente— su apoyo al plan gubernamental de sustituir el cultivo de la coca por cultivos legales, programa que, dicho sea de paso, había sido iniciado con éxito por la Corporación de Araracuara de tiempo atrás y se había convertido en su razón de ser y de actuar en la región. Los experimentos con el cacao, el maíz, las oleaginosas y el ganado han sido recibidos por las comunidades campesinas con los brazos abiertos, porque responden objetivamente a su situación y a su perspectiva.

La colonización rapaz inició también, ya que le era consustancial, otra práctica: la del soborno. Tampoco puede decirse que ella fuera exclusiva del negocio del caucho o del tigrilleo. Se sabe del inmenso peso que tiene en la vida del país de hoy, y del que ha tenido a lo largo de toda su historia. El soborno es en realidad una expresión del Estado Patrimonial, reflejo a su vez de una debilidad del poder central para imponer la voluntad colectiva frente a la voluntad individual; es un instrumento por medio del cual el particular pone a su servicio el engranaje del Estado. Cuando el ex presidente Alfonso López Pumarejo envió a los siringales del Vaupés inspectores de indígenas, como antes el rey de España mandaba Jueces de Residencia, no esperaba que a los pocos días esos empleados se transformarían en socios de los caucheros, como no pensaba el rey que sus funcionarios retornarían a España siendo propietarios de lo que habían ido a cuidar. Y cuando llegó la épo-

ca del caucho, la práctica del soborno presidió todo el negocio. Recuérdese que el acuerdo suscrito entre la Rubber y el gobierno de Eduardo Santos tenía más de soborno velado que de retribución contractual. Y así, a lo largo y ancho de la cadena.

Cuando el tigrilleo sustituyó a la siringa, las pieles se exportaban sin contraprestación de ninguna especie. Existía una reglamentación al efecto, pero ella era anulada por el soborno. ¿Acaso se ha olvidado ya que un viceministro de Agricultura era socio de una empresa exportadora de pieles de babilla, y que además se lucraba con la Ley Vallejo sacando clandestinamente las pieles para poder introducirlas legalmente al país y luego exportarlas como manufacturas? En nuestro medio, toda ley y toda norma se convierten inmediatamente en una ocasión para el soborno, y el cultivo de la coca, siendo una actividad ilegal, apeló desde el comienzo a la corrupción de las autoridades, llevándola a excesos alarmantes y haciendo solidarios con el narcotráfico a los agentes públicos encargados de combatirlo. Pocos, muy pocos funcionarios han escapado, desgraciadamente, a la tentación³¹.

³¹ Recientemente la revista *Time* publicó el siguiente comentario: «La guerra del gobierno de Bogotá contra la droga fracasará a menos que Barco supere lo que se describe como el debilitamiento de algunos sectores del ejército y la increíble corrupción de la policía. En Medellín hasta el 80% de la policía —se sospecha— trabaja para el narcotráfico. Actualmente 500 miembros de la policía (de Antioquia) se hallan bajo investigación acusados de estar envueltos en el tráfico de drogas. Entre tanto oficiales del ejército se resisten a unirse a la lucha contra el flagelo porque saben que oficiales y soldados mal pagados son fácilmente comprados por los barones de la droga para que no cumplan con la ley». *Time*, No.7, febrero 16, 1987.

Pero la coca no sólo logró corromper a ciertas autoridades sino que aprendió a utilizar en su favor la fuerza del Estado, transformando la represión al narcotráfico en un instrumento funcional para mantener las tasas de ganancia a niveles rentables: si los precios tendían a la baja, se dejaba caer en manos de la policía un cargamento o se desataba una ola represiva que lograba recuperarlos a la vuelta de unos días. Porque en el fondo, más que las buenas intenciones de los gobernantes, cuenta la voluntad del dinero.

El otro elemento histórico que contribuyó al proceso fue la colonización campesina, armada y espontánea. Señalamos que el colono no era siringuero. Buena parte de esa diferencia se explica por la colonización armada, que más que armada como un ejército era una forma de organización —muchas veces inerme— y de autodefensa que permitió a los campesinos del Tolima y del Huila salvar su vida y mantener su actividad durante la Violencia. La organización se conservó luego en la lucha contra la selva y posteriormente detuvo el avance acostumbrado del latifundio ganadero. Ello, sin embargo, tenía como condición la emergencia de un poder autónomo frente al Estado que acaudillaba reivindicaciones económicas o políticas que no podían sostenerse o desarrollarse sin armas.

Las guerrillas liberales dejaron también su legado: la contribución de guerra, forzosa o voluntaria. A diferencia de las guerrillas de autodefensa, las liberales no impulsaron un modo de colonización propiamente dicho. Su presencia en el Guaviare tenía una razón estratégica o logística sin otro alcance, y por ello las «contribuciones» les eran necesarias. El ejército nacional, que llegó por primera vez al Guaviare en la misma época, se vio obligado a imponer a la

población civil idénticas obligaciones. Las armas implican siempre los tributos, las requisiciones. En nuestra historia así se han organizado siempre los ejércitos: las expediciones conquistadoras, las campañas libertadoras, las guerras del siglo XIX y las del siglo XX.

A partir de las amnistías de la década de 1950 se inició en Guaviare la colonización agrícola propiamente dicha gracias al flujo de campesinos desplazados por la Violencia, fuente que permanece abierta con variaciones significativas hasta el día de hoy. Ellos constituyeron el grueso de la fuerza que colonizó —empujada por la bancarrota de la economía parcelaria de las cordilleras, por la ampliación de las haciendas ganaderas y por el desempleo en las ciudades— las tierras del Ariari y del Güéjar, del Guaviare y de Caño Grande. Se trataba de una población derrotada económicamente pero que mantenía el firme propósito de comenzar una nueva vida en un territorio baldío tanto en sentido legal como social y natural. En este período la colonización rapaz entraba en crisis y la colonización armada apenas se insinuaba, y poco a poco los campesinos, ahora colonos, experimentaron las dificultades de su empresa: la tierra no daba lo que prometía, el comercio los cercaba con «el endeude» y la carencia de vías cerraba el círculo de su bancarrota. A pesar de los ocasionales éxitos, el saldo era invariablemente negativo.

En ese momento llegó la coca: la gran sorpresa se re-nueva y a la colonización campesina se suma una abigarrada ola de inmigrantes de todas las condiciones sociales y de todas las regiones del país.

La coca abrió la posibilidad de una prosperidad ilimitada pero también introdujo las prácticas económicas de la época del caucho y del tigrillo y sobre todo su espíritu de pillaje y su condición de violencia. Los colonos comprobaron rápidamente que se trataba de un nuevo sistema de explotación y contra él reaccionaron, sobre todo aquellos que no habían abandonado sus armas, que no habían sido derrotados y que conservaban la vieja organización. Los fuegos entre la colonización basada en la autodefensa y los empresarios de la coca quedaron abiertos. Era el enfrentamiento de fuerzas absolutamente incompatibles por los principios y propósitos que los animaban, pero cercanas en la medida en que ambas desarrollaban actividades ilegales. La ambigüedad de esta relación hizo que el conflicto entre ellas fuera a veces abierto y a veces encubierto, pero siempre vigente.

La contradicción entre narcotraficantes y campesinos, habida cuenta del abandono del Estado sobre la colonización, fue la causa de la progresiva acogida que la autodefensa ganó en el conjunto de la población. Ésta veía —y ve— en las armas de las guerrillas la garantía de que la violencia del narcotráfico y sus prácticas de explotación no dominen el panorama y con ello arranquen de sus manos la bonanza. Pero, al mismo tiempo, la coca era —y es— vista como una verdadera reivindicación económica y social. Ella simboliza el sueño y la posibilidad de hacerlo realidad. Sus cultivadores no pueden abandonarlo, y por eso se oponen a los empresarios de la coca. Poco a poco el colono encuentra una salida: apoyar el negocio de la hoja por-

que éste equivale a la prosperidad, pero apoyar también a los insurgentes porque ellos representan su defensa frente al abuso del narcotráfico.

No obstante, las guerrillas se fueron topando con una dificultad mayúscula: no podían impedir que el colono cultivara la coca porque ella era su única alternativa económica, pero sabían que su enriquecimiento podía significar su corrupción política. De otro lado, los narcotraficantes debían afrontar sus propios problemas: necesitaban de los cultivadores pero éstos, a su vez, tenían un personero incómodo y peligroso en las guerrillas.

Cada gobierno es dueño de un estilo, unos objetivos y una estrategia que no sólo no son homogéneos entre sí sino que incluso pueden resultar contradictorios. El ejército —para hablar de la institución estatal con mayor «unidad del cuerpo»— tiene diferentes tácticas y conductas frente a un mismo problema. Cada entidad del Estado posee su propia fórmula para combatir el narcotráfico, para apoyar la colonización o para liquidar las guerrillas, y mientras la Caja Agraria de San José, por ejemplo, reporta millonarias utilidades por el servicio de giros, los helicópteros de la policía queman cultivos de coca; mientras un gobierno destituye funcionarios por complicidad con el narcotráfico, el siguiente los vuelve a nombrar. Todo ello crea desconcierto y abre resquicios a la acción delictiva y sobre todo quiebra la legitimidad del gobierno frente a los gobernados.

Con el tiempo, la contradicción entre colonos, narcotraficantes y guerrilleros va siendo envuelta por otra: Estado, guerrillas y narcotraficantes, según sea el momento político y económico que vive el país.

«Donde hay tres, hay dos», dicen los campesinos aludiendo a la formación de alianzas entre fuerzas rivales. En

el trípode formado por éstas, y sobre cuyo equilibrio descansa la paz y el futuro del Guaviare, se han presentado diversas situaciones.

La política de Estado ha sido ambigua con respecto a la producción de coca y, en general, frente al narcotráfico³². Ha tolerado el cultivo de la hoja en ciertos períodos y en otros lo ha perseguido; ha dilatado la entrega de nacionales a los Estados Unidos en determinadas coyunturas y en otras la ha acelerado. Frente a las guerrillas ha tenido una conducta similar. En ciertos momentos parece inaplazable que exija la entrega de las armas, y en otros evade esa responsabilidad por razones políticas; promete perseguir la justicia privada, pero la acción de la Procuraduría es detenida en algún puesto de investigación.

En estas circunstancias, los partidos políticos juegan un gran papel. No ven con buenos ojos el desarrollo elec-

³² Hace pocos días el periódico *El Tiempo* —cuya influencia sobre el actual gobierno nadie desconoce— publicó un editorial donde se lee: «López ve con claridad la lucha contra el narcotráfico. Comparte la posibilidad de investigar los fondos mal habidos, para golpear a los narcos. Y extiende esta medida a quienes en otros campos se han enriquecido en forma indebida. Pero advierte, con justicia, que es parcial la pretensión de crear una verdadera vindicta moral contra los partidos políticos, y de querer cubrir a las colectividades históricas con un manto de inmoralidad. Tiene razón el doctor López. Dentro de un «macartismo» peligroso, podríamos acabar con los instrumentos más preciados para luchar contra el narcotráfico. La batalla es cada día más firme, y serena, y decidida, para acabar o reducir a sus necesarias proporciones el tráfico de estupefacientes. La plantea López al proponer las medidas antes citadas, añadiendo un ingrediente nuevo: librarla con menos aspiraciones publicitarias. Y con más efectividad. Reta a los Estados Unidos a actuar con más decisión en esta lucha que a todos interesados». *El Tiempo*, 15 de febrero de 1987, p. 4-A, subrayados nuestros.

toral de la Unión Patriótica, ni la ampliación del radio de acción ideológico de las guerrillas. Buscan por todos los medios debilitar la influencia de unos y otros y en ese intento no escatiman su presión sobre las fuerzas armadas, ni sobre las instituciones o entidades gubernamentales, con lo cual confunden la acción del Estado propiamente dicho con la acción de las parcialidades políticas. El Estado es, naturalmente, diferente a los partidos políticos, pero en Colombia los partidos políticos tradicionales tienden a usar el poder del Estado como su patrimonio natural.

3

En este complejo panorama, ¿qué papel cumple el narcotráfico? Los negociantes de coca se enfrentan a las guerrillas porque ellas representan una limitación de su poder local y de su acumulación de capital. En este sentido los primeros pueden llegar a ciertas formas de cooperación y alianza tácita con el Estado, puesto que la subversión es su enemigo declarado. Pero, al mismo tiempo, el Estado los ha declarado al margen de la ley y entonces pueden conformar frentes comunes con las guerrillas para burlar la vigilancia del gobierno. En síntesis, cuando como ahora, después del asesinato de don Guillermo Cano, el gobierno necesita de las guerrillas para actuar contra el narcotráfico, lo hace bajando el nivel de conflicto con ellas; pero cuando los irregulares amenazan el orden social, no duda en disminuir la presión contra aquellos para caer con más fuerza sobre éstos. Por último, narcotraficantes y guerrilleros suelen actuar de común acuerdo contra el Estado por

ser la fuerza que se opone a unos y a otros, haciendo aparecer la célebre doctrina de la narcoguerrilla.

Las correas que unen el negocio de la coca y las guerrillas son muy complejas, y no sólo en Colombia. También en Afganistán los insurgentes que luchan contra los soviéticos financian su movimiento con el tráfico de opio y lo mismo puede decirse de los grupos que luchan en Nicaragua contra el régimen sandinista. Es natural que siendo la insurrección y el tráfico de narcóticos actividades ilegales, encuentren espacios comunes, tiendan a formas de organización similares y realicen negocios solidarios.

Ahora bien: mirando hacia el futuro, ¿cuál es la perspectiva de este conflicto, de este conjunto de contradicciones?

La estrategia del Estado contra los narcotraficantes, que ha oscilado entre la tolerancia y la represión, que reabre la ventanilla siniestra con la reforma tributaria un día pero apela al artículo 28 de la Constitución y entrega a la justicia penal militar a los «narcos» al otro, es la conducta que el negocio de la coca necesita. La producción y el mercado se encuentran en expansión. El cultivo de la hoja no sólo se mantiene en las áreas que ya ha abierto sino que se desplaza a otras, y al mercado de los Estados Unidos se agrega el de Europa y, como se comprobó hace algunos meses, el de la Unión Soviética. Mientras existan estos dos polos, la represión al narcotráfico lo fortalecerá, ya sea porque mantiene altos los precios o porque renueva permanentemente sus cabezas. El «cartel de Medellín» puede ser liquidado físicamente, pero ello no implica de manera alguna que los narcotraficantes desaparezcan. Por el contrario, nuevas figuras surgirán, y más sólidas aún porque cuentan con la experiencia y la fuerza de sus antecesores.

Los narcotraficantes son hoy un grupo social con profundas raíces en la sociedad y en la economía del país. Tienen no sólo el dinero necesario para rivalizar con la economía legal sino que poco a poco tienden a avasallarla. No hay proyecto privado de alguna envergadura que pueda darse el lujo de soslayar la «narcomoneda». Directa o indirectamente es necesario contar con su aporte. Socialmente, los narcos disponen también de un gran elenco y han ido formando una «comunidad paralela» con sus valores, sus mitos, sus normas y sus símbolos. La narco-cultura se ha ido desarrollando al lado y por debajo de la sociedad tradicional, porque ésta no le ha dado cabida. No ha sido capaz de integrarla, pero tampoco de acabarla, y en la oposición al narcotráfico hay muchos ingredientes de descalificación social a esa «clase emergente». El capital bien habido —que también tiene su historia— no ve con buenos ojos al recién llegado y castiga su osadía porque se siente desplazado. Pero esa cultura emergente que hoy cuenta con cuadros tan preparados o mejor preparados que la cultura tradicional; que educa a sus hijos en Londres, Nueva York y París; que trabaja con sesudos economistas que manejan buena parte del delicado y dinámico mercado mundial de la droga y que se burla de quienes acuden a ella para proponer negocios, esa cultura emergente —decimos— es expresión de una clase que compite con el poder del Estado y con el orden preva- leciente. Ella es producto de la historia del país; ha modelado lentamente una economía y preparado laboriosamente un escenario. No va a entregar todo por nada, y si llegaran a derrotarla... ¿qué pasaría?

¿Qué pasaría con los miles de brazos que encuentran empleo directo o indirecto en el negocio de la coca porque

la estructura tradicional no ha sido capaz de dárselo? ¿Qué pasaría el día de mañana si, por ejemplo en el Guaviare, para hablar sólo de una zona de cultivo, se acabara la coca? ¿Qué desequilibrios sociales, económicos y políticos no crearía ese descalabro? ¿Podría el país, su economía y su orden social, absorber esa masa enorme de gente acostumbrada ya a un cierto nivel de ingreso que no está dispuesta a golpear pasivamente en la puerta de las fábricas a ver si encuentra trabajo? No, ella irrumpiría atropelladamente, exigiendo el modo de vida que ha logrado, una especie de compensación social por lo perdido. La coca ha desencadenado un proceso irreversible que no se puede pretender echar atrás. O las fuerzas suscitadas por la estrechez estructural del antiguo modelo encuentran acomodo y logran ser integradas a una nueva sociedad, o ellas construirán su propia alternativa y el país tendrá que acostumbrarse a dos sociedades en permanente pugna.

4

En el Guaviare, concretamente, ¿cuál es la perspectiva? La represión violenta de los cultivos de coca ha traído como consecuencia el acercamiento de los narcos con las guerrillas. Y con un agravante: el de la corrupción de las autoridades legítimamente constituidas. La corrupción moral del ejército y de la policía, sobre todo, es sumamente grave en la medida en que ella implica de por sí la posibilidad de minar la unidad de unas fuerzas militares que deben enfrentarse a enemigos extraordinariamente fuertes.

Se han señalado las contradicciones entre las guerrillas y los narcotraficantes. Son profundas e insalvables a

largo plazo. Sin embargo, la represión de un campesino aliado a las guerrillas pospone esas contradicciones y facilita el acercamiento por el simple hecho de tener ambas fuerzas un mismo enemigo.

La sustitución de los cultivos de coca es, naturalmente, la opción, pero ello implica en primer lugar que los cultivos sustitutos garanticen al colono una rentabilidad igual a la de la coca o por lo menos aceptable en términos de la reproducción del nivel de vida que ha logrado. Ello supone cambios sustanciales en la estructura económica pero también, y sobre todo, en la estructura social y política. Las organizaciones campesinas deben ser reconocidas —y así lo exigen— como medio de garantizar su poder de negociación y de consolidar su control sobre las determinantes económicas del proceso global. Los agricultores saben que sería vacua una sustitución de cultivos si esa medida —como ya lo han puesto de manifiesto— no va acompañada de un programa de fomento sobre el cual ellos tengan injerencia.

Pero por encima de todo, las zonas de colonización requieren un programa de reforma agraria que limite legalmente las aspiraciones del latifundio o de cualquier fuerza de carácter monopolista. En lugar de una difícil reforma agraria de carácter nacional, el Estado podría entrar inmediatamente a elaborar leyes que impidan el desarrollo del latifundio en zonas de colonización.

Al efecto existe un antecedente jurídico en la legislación de baldíos emitida por el gobierno de Manuel Murillo Toro y un marco legal en la Ley 135 de 1961. La distribución de baldíos debería ser restringida a unidades familiares de explotación, impidiendo la venta de mejoras a terce-

ros y la acumulación de tierras más allá de un límite normalmente razonable. Se desactivaría de esta manera la causa principal de tensiones en áreas de colonización. Naturalmente, esta medida tendría que estar acompañada de programas de fomento a la producción y a la comercialización y sobre todo de incentivos a la participación campesina en la elaboración, gestión y administración del proyecto. Las zonas de rehabilitación, en una palabra, deberían ser objeto de un programa de reforma agraria radical que cerrara el paso a las fuerzas que atentan contra su estabilidad y progreso.

Otros títulos publicados en Punto de lectura

Ensayo sobre la lucidez
José Saramago

Las intermitencias de la muerte
José Saramago

Memorias de una geisha
Arthur Golden

La lectora
Sergio Álvarez

Siguiendo el corte
Alfredo Molano

La casa grande
Álvaro Cepeda Samudio

América Mestiza
William Ospina

Después de todo
Piedad Bonnett